EL OVILLO

O

EL NOVELO

NOVELA DE COSTUMBRES CANARIAS

POR

E. A.

IMP. DE SUC. DE M. CURBELO | LA LAGUNA

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

EL OVILLO O EL NOVELO

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

860-31

Literatura

J-I-29

El Ovillo o el Novelo

NOVELA DE COSTUMBRES
CANARIAS

POR

E. A.

107871

IMP. DE SUC. DE M. CURBELO
SAN AGUSTIN, 47.—LAGUNA.-TENERIFE

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

EL OVILLO O EL NOVELO

En mi tierra, y no hay tierra como la mía, dígalo el que lo dijere, al ovillo se le llama *novelo*. Si mis paisanos de reantaño le dieron este nombre al ovillo, porque de la escueta hebra del hilado, en fuerza de darle vueltas y más vueltas, se forma la pelota redonda, que parece pelota y no lo es, yo no sabré decirlo. Lo que sé es que novela llama impropiamente el Diccionario de la Lengua a una historia fingida, o como si dijéramos, de mentirijillas. Y he dicho impropiamente, porque la vida real es un *novelo* de los de mi tierra, y no digo nada si tirando del hilo llegamos a devanar tres o cuatro generaciones desandando o arrollando el *novelo* de una familia, o el ovillo, en términos diccionariles, para darle algo de gusto a la Real Academia, que si no limpia ni da todo el esplendor que piden los que con nada se contentan, por lo menos se empeña en fijar como clavo de carreta, según frase de mi difunto profesor de Geografía quien nunca pudo olvidarse de estos clavos carreteros.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

Pero sea lo que fuere de la etimología del *novelo*, en puro *guanche* moderno, yo voy a escribir, o mejor dicho, trato de narrar una novela que es historia, o una historia que es novela, porque tirando de la hebra del presente llego para atrás a fines del siglo XVIII; y si de allí no paso es porque el clavo del postigo de la Puerta Mayor de la Parroquia de Nuestra Sra. de la Concepción de La Laguna, me corta el hilo y me hace fijar en el histórico clavo más que el bueno del geógrafo mentado en el mapa de España, que él conocía por el tufillo como el ciego la morcilla, pues creo que por el olfato sabía de él hasta los cruces de las antiguas carreteras y caminos de herradura.

Y como con lo dicho creo te basta, ¡oh lector caro!, para saber de lo que trata esta novela o novelita, si quieres saber como está devanado el hilo que la forma tómate el trabajo de leerla, y si no quieres hacerlo porque te parezca cursi y ramploncilla, déjala, que no faltará algún tonto que te acredite la verdad de que otro, recoge las yerbas que tú arrojas y desprecias.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

UN JALLO

El Domingo tres de Febrero de 1786, ya cerca del día, unos fuertes golpes dados en la puerta del cuarto del Sacristán de la Parroquia de la Concepción de La Laguna, Domingo Martín Mansito, despertáronle despavorido; vistióse a prisa, púsose la sotana, pues sin ella no se creía sacristán, y llegándose a la puerta, preguntó qué se ofrecía.

—¡Abre hombre, abre,—le respondieron—que hay que tocar el Alba y repicar!

—¡Ah! ¿eres tú, Pedro?...Pero señor, como me he dormido hoy. Nada; la dichosa Administración de tio Pascual me quitó el sueño anoche.

—¡Qué dices!, ¿qué a tio Pascual le llevaron anoche el Señor?...

—Sí, Pedro, sí.

—Pero si yo lo vide ayer tarde asentado en los poyos de San Benito, tan güeno y bromiando!

—Pues ya lo ves, Pedro, ya lo ves; quizá a la hora de esta esté ya muerto.

Interín decía esto *samariaba* a los monagos de guardia para que despertaran, porque a los chicos el Viá-

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

tico con la noche habíales hecho más impresión que al Sacristán, y ni por los golpes dados en la puerta ni por la conversación que Campanero y Sacristán sostenían junto a ellos, querían despertar.

Al fin puestos en pie por Domingo, y luego de restregarse los ojos, diéronse por entendidos, y tomando el Sacristán las llaves y los monagos unos cabos de vela de cera, todos cuatro, por la puertecilla de la Capilla del Sagrario fuéronse a la Iglesia, y después de santiguarse y hacer genuflexión ante el Tabernáculo, los chicos encendieron los cabos en la lámpara del Sacramento y mientras uno de ellos se fué con el Campanero a la torre, el que respondía al nombre de Miguelillo quedóse con el Sacristán para abrir las puertas del Templo y al efecto fueron primero a la llamada «Chica», en el umbral de la cual ya estaban tres viejas que con la idea de la Misa del Alba no habían plegado el ojo en toda la noche.

—Vaya, señor Domingo, que hoy se dejó dormir; cuasito no nos tullimos en esa puerta.

—¡Oh!... ¿es V., seña Hipólita? No la conocía. Que quiere V.; anoche me tuve que levantar a la una para la Administración de tío Pascual, y me vine a acostar cerca de las cuatro.

—¿Qué chó Pascual? ¿el Alabardero?

—El mismo, seña Hipólita.

—¡Jesús, Virgen Santísima, lo que semos! ¿No nye, comadre Petra?

—Pero si yo lo vide ayer güeno y sano. ¡Jesús, el Señor nos favorezca!

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

Y las viejas fuéronse a la pila del agua bendita en lo que sacristán y monago iban a abrir la «Puerta Mayor». Mientras las viejas metían en el agua el dedo pulgar hasta la primera falange, después de hacer una cruz de a tercia en la superficie del líquido bendito, el Sacristán, alumbrado por Miguelillo, metía la llave en la cerradura, y descorriendo el cerrojo abrió el postigo donde estaba la tranca; y tirando Miguelillo por el otro, aunque notó alguna dificultad, al fin lo abrió, sintiéndose al mismo tiempo el guañido de un niño chico que lloraba pues una ráfaga de viento, dando de lleno sobre la llama del cabo de vela, lo había apagado y no dejó ver donde estaba la criatura.

Asustado el Sacristán gritó al monago:—¡Quieto, Miguelillo, que lo puedes escachar!—; pero en el acto, guiado por el lloriqueo, por que todavía no aclaraba el día, al tiento dió con la criatura la cual, metida en una barquilla de asa, pendía del clavo de la puerta, al que estaba fuertemente atada.

Como con la impresión recibida no atinaba Domingo a deshacer el nudo del cordel que al clavo sujetaba la cesta y el crío, díjole al monago:—¡corre, Miguelillo, enciende el cabo!

Voló el muchacho, e interin encendía la vela gritó en alta voz:—¡*Cha* Hipólita, un *jallo*, un niño en una barqueta!

No alcanzaron bien las viejas lo dicho por el muchacho, pero como en aquel momento oyeran el *guañido* del niño, entendieron lo por Miguelillo anunciado; e instigadas por la curiosidad y quizás por las re-

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

membranzas de madre, levantáronse, y dejando a la mitad los Padre nuestros y las *Salvias*, fuéronse a la puerta del cancel por la que ya entraba el Sacristán con la sonora barqueta, porque en aquel momento la criatura subía bien potente el diapasón de su lloro o canto, pues todavía no se ha definido si es una ú otra cosa lo que hacemos al venir a la vida.

Alumbradas por Miguelillo, las viejas y otras mujeres que ya habían entrado rodearon al Sacristán, y a la luz oscilante del cabo pudieron ver una criatura envuelta en un lienzo bastante grande, abrigada con un pedazo de bayeta amarilla, que cerraba los ojitos encandilada por la luz que convulsivo agitaba el nerviosillo del monago.

Seña Hipólita, que si no era la más caracterizada era la más expeditiva de las concurrentes, tomó la barqueta, y sentándose en el extremo del cercano banco púsola sobre sus rodillas, y luego de examinar la ligadura de la vida (cordón umbilical), al fin, levantando la vista y mirando al Sacristán, le dijo:—Señor Domingo, jembrita, una jembrita; Dios la guarde, y a la muy puya de la madre que la botó, que el Señor no se lo tenga en cuenta; ¡baladronas!, ¡zurriagas!, que tienen jéito pa jacerlos y no pa criarlos!

En el furor de su coraje la vieja iba a continuar los apóstrofes, cuando la chiquitina, como si quisiera protestar de los dicterios de la vieja contra su madre, comenzó a llorar con más fuerzas que hasta entonces; y como sonaran en la sacristía unas palmadas, Domingo tomó apresurado la barqueta diciendo:—Bueno, des-

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

pues la verán mejor; ya estay don Francisco—, y se llevó la chica a la sacristía, no sin que lo siguieran algunos muchachos amigos y compinches de los acólitos.

En este dicho día festivo hasta los tardíos oyeron Misa entera, pues a causa de la novedad de la niña hallada en la puerta, el Capellán, don Francisco Pérez, salió a decirla ya claro el día. Y aunque el bueno del clérigo ponía toda su atención en la celebración del Santo Sacrificio, bien se le notaba una inquietud de la que también participaba el auditorio, porque a todo él llegó la noticia del hallazgo comunicada de oreja a oreja, porque el respeto al Templo impedía hacer en tono mas alto el comentario.

Luego que don Francisco acabó la Misa y rezó el *Pater Noster* por el alma del fundador que había establecido este servicio de misa del Alba para el vecindario pobre, no bien se quitó el *amito* llamó al Sacristán y le dijo:—Domingo,trae a esa y vamos a bautizarla, que el angelito puede morir y lo primero es lo primero—, y diciendo y haciendo tomó una sobrepelliz y fuese al Bautisterio seguido del Sacristán, que llevaba la niña envuelta en su pañal, y de los monagos que portaban todo el recado para la ceremonia.

Las mujeres, que a corro comentaban el hecho, todas con insultos para la pobre madre, cuando vieron que iban a bautizar la niña fuéronse a la pila y presenciaron el acto, no sin cuchicheos y conversaciones por lo bajo, pues ya conocían que el clérigo don Francisco, si bien era más bueno que el pan, en esto de la com-

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

postura en el Templo no transigía con nadie ni por nada y le largaba una fresca al más pintado.

Cuando el agua cayó sobre la cabeza de la chica ya se llamaba María de la Concepción Blasa, pues don Francisco dijo la ponía así porque a la Vírgen se la habían traido el día del Señor San Blas. Luego salió Domingo el Sacristán con su nueva ahijada en los brazos presentándola a las curiosas que la esperaban; pero como el clérigo advirtiera que en la Iglesia no se hacía bulla, lleváronsela a la sacristía hasta que llegara el Sr. Beneficiado y dijera lo que con ella se había de hacer. Allá se fueron todos, despidiéndose don Francisco, luego que dió gracias por el Sacrificio y Bautismo celebrados.

Entre las mujeres compasivas que en rededor de la chiquilla se quedaron, encontrábase una que estaba criando un chico, y caritativa tomóla en sus brazos, retiróse a un rincón, acercó la niña a sus pechos, y *acurrucándola* contra el seno, como sólo las madres saben hacerlo, a poco sintiéronse los chupeteos de María Blasa que tiraba por el hilo de la vida, ya que la buena suerte se lo deparaba excelente y barato.

Cuando la chica soltó el pecho ya harta y satisfecha, la pobre mujer llegóse al Sacristán y díjole:—Tome, señor Domingo, que ya de jambre no se muere. Yo tengo que dirme que ya es tarde; si por acaso no hubiere quien le dé de mamar antes que a la pobrecilla le jallen acomodo, llévemela que a mi Roquillo ya le doy *raleras*.

Despidióse la buena mujer y con ella fuéronse las

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

tres o cuatro que como más parlanchinas se habían quedado.

Cuando Domingo se encontró de nuevo con María Blasa en los brazos y rodeado de los seis monagos, el pobre hombre no pudo menos de decirse:—Pero, Señor, ¿qué me hago yo con este bichito?—; y como si una idea luminosa le hubiera venido a la mente, fuese a su cuarto seguido de los monagos, a los que mandó subieran y estiraran las ropas de la cama, y acomodando en ella a la pequeña, que se había dormido, puso a su cuidado a Miguelillo y regresó a preparar lo necesario para la Misa Mayor y a esperar llegara el Sr. Beneficiado para darle cuenta de todo.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

EL SR. BENEFICIADO

Aunque la Parrroquia de la Concepción de La Laguna tenía en aquella época tres Beneficiados Curados, el Beneficiado Jefe para los dependientes de la Iglesia y de sus feligreses, solo lo era el Sr. don Lorenzo González Cabrera anciano venerable no tanto por la nieve de sus años, sino por sus virtudes de sacerdote y de Pastor, y que como más antiguo de los tres, era el Rector de la Parroquia y el que la gobernaba con su dirección y vigilante cuidado, quien, bastante viejo y achacoso, cuando estaba de Misa Mayor permanecía algo más de lo ordinario en el lecho para poder resistir el obligado ayuno.

Cerca ya de las 8 y luego de haber entrado sus dos compañeros, llegó el buen viejo a la Parroquia. Pero como en el camino *seña* Petra la de la Plaza le diera la noticia de la niña encontrada, el Sr. Cabrera, al abrir la puerta de la sacristía y encontrarse con el Sacristán, le dijo:

—Conque, Domingo, a la vejez vinistes parido? ¡Va-

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

ya hombre, vaya! ¡Sea todo por Dios! ¿Y dónde tienes a esa criaturita?

Aquí en mi cama la tengo, Sr. Beneficiado.

Entonces Cura y Sacristán fuéronse al cuarto de éste, y cuando el viejo vió a la chiquilla tan dormidita y tan hermosa, no pudo menos que exclamar:—y qué guapita, Domingo, que guapita; Dios te bendiga angelito. ¡Pobre madre...! ¡pobre madre...!—y salió del cuarto con los ojos aguados.

Llegado a la Sacristía sentóse el Sr. Cabrera, y luego de pensar un poquitín alzó la vista, y fijándola en el Sacristán, le preguntó:

—¿El Sr. Acosta ha llegado?

—Si, señor.

—¿Y ha dicho misa?

—No, señor, está en el confesonario.

—Pues mira, Domingo: vete y dile de mi parte que si me hace el favor de decirme la misa Mayor, porque no pasé buena noche que digamos, y que yo haré la Plática; y si el compañero me hace este favor, vuelves para que me ayudes a celebrar.

Casi al momento regresó el Sacristán con la afirmativa, y preparado convenientemente el Sr Cabrera dijo su misa privada ayudado por Domingo, quien le había mandado por el desayuno. Cuando el viejo salió de la Capilla Mayor después de dar gracias al Señor, ya tenia preparado el chocolate sobre de una mesita que el Sacristán había colocado delante del sillón de baqueta que acostumbraba usar, agasajo que el Sr. Cabrera le agradeció mucho, diciéndole complacido:

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

—Vaya, Domingo, veo que no te olvidas de nada. Dios te lo pague... ya poca más guerra te daré.

—No piense en eso, Sr. Beneficiado. Esto es lo que debe hacer siempre el Sr., que ya su edad no está para misas mayores, y menos para predicar en ellas.

—Si, tienes razón, Domingo. Ya estoy flaquillo, pero no me gusta molestar a los compañeros con mis obligaciones.

—Señor, no diga eso su merced, que los señores tienen voluntad en servirle y de mucho corazón, que lo sé yo muy cierto.

—Sí hombre, sí; Dios se lo pague a todos; pero dejemos esto y cuéntame lo de la niña, hombre, cuéntamelo. ¿Como fué eso?

Entre tanto, el Sr. Cabrera se sentó, tomó una tostadita de pan, la mojó en el chocolate y se la ofreció a Domingo diciéndole:—en honor del señor San Blas que hoy es su día.—Sonrióse el obsequiado, tomó lo sopa como un chiquillo y preparóse a satisfacer los deseos del buen viejo.

—Pues señor,—dijo el Sacristán—como anoche me tuve que levantar a la una para la Administración de tio Pascual el Albardero...

—¡Qué me dices!, y ¿quién le llevó el Señor?

—D. Pedro de la Santa.

—El pobre Pascual ya es viejo, Domingo, pero yo soy lo menos ocho años más. El Señor le ayude en su agonía. ¡Señor, ten misericordia de Pascual!

Y como si la muerte de aquel feligrés le preocupara, quedóse pensativo el Sr. Cabrera, con la barba apo-

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

yada sobre el pecho. Al cabo, levantando la cabeza, dijo:

—Sigue Domingo, sigue; hay que trabajar hasta el fin. Tiemblo cuando pienso la cuenta que el Señor me ha de pedir por mis feligreses; pero La Santa es un buen sacerdote y sabe su obligación.

El Sacristán, callado el Beneficiado, continuó su relato:

—Pues como decía al señor Beneficiado, me volví a la cama cerca de las cuatro, y aunque hice el propósito de levantarme a mi hora, dejéme dormir, que si no es Pedro el Campanero que me toca, creo que todavía estamos durmiendo los muchachos de vela y yo. Me levanté, y mientras Pedro fué a la torre con Manuelillo, yo, con Miguelillo, me dirigí a abrir las puertas; lo hice en la Chica, donde ya esperaban tía Hipólita la Cordonera, tía Petra la Aguadora y tía Narcisa la de tío Perrengue, que parece que esas viejas no duermen; y luego que las alumbré para que entraran, fuimos a la Puerta Mayor, corrí el cerrojo, tiré del postigo de abajo y Miguelillo del de arriba; pero cuando el muchacho lo pudo abrir, un guañido me asustó, si señor, me asustó, y como nos quedamos a obscuras porque el viento apagó el cabo, creído que la criatura estaba en el suelo no fuera que el muchacho la escachara, le grité que se estuviera quieto. Al tiento y guiado por el lloro, la encontré colgada del clavo del postigo. Mandé a Miguelillo que fuera a encender la vela, pero como pude desamarrar el cordón con que sujetaron la barqueta que la contenía, la entré. Al lloro de la criatura vino tía Hipólita, y a la luz se conoció que era una niña.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

Había de oir Sr. Beneficiado a la tía Hipólita; la vieja se puso ensapada y con los ojillos que apenas se le veían; aquello eran sapos y plagas contra la madre; mas en esto llegó D. Francisco a decir la Misa y me la traje para la Sacristía. Después de la Misa la bautizó D. Francisco y la puso María Blasa, y esto es todo. Ahora... el Sr. Beneficiado dirá lo que se hace con ella, si se lleva al torno o adónde.

No contestó el Sr. Cabrera, y volviendo a descansar la barba sobre el pecho, quedó pensativo; pero como tardara en resolver, el Sacristán rompió el silencio y dijo:

—D. Francisco dudó si la bautizaría o no, pues no tenía licencia; pero al fin, se determinó y lo hizo.

—D. Francisco hizo bien, Domingo, y para casos como estos, todos los sacerdotes tienen licencia—y hablando consigo mismo repuso el Sr. Cabrera—pero ¿qué hacer con ella, Dios mío? ¿Qué hacer? Si yo estuviera en otra edad, pero... ¿qué amparo le puede dar un viejo a quien espera la sepultura?...

Y el Beneficiado volvió a su anterior meditación y a enterrar la barba en el pecho, por lo que el Sacristán creyó prudente retirarse dejando solo en sus cavilaciones al anciano.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

DESCONSUELO

Al toque de Primera, el joven labrador Domingo Díaz y su mujer Rita Hernández salían de su casa, situada en los fines de la Calle Empedrada, y por la del Adelantado (1) dirigíanse a la Parroquia de la Concepción para asistir a la Misa Mayor. Jóvenes ambos, guapo él y hermosa ella, era una pareja que llevaba los ojos tras de sí; además, su desahogada posición, la abundancia de su casa de labranza y el ser los dos de corazón de manteca, no sólo hacía que fueran queridos de los trabajadores de su casa, que eran muchos, sino de toda la pobretería de la Villa de Arriba, pues en estos dos esposos tenían alivio para sus penas y remedio para sus necesidades, principalmente en los tiempos del crudo invierno en que el granero de Domingo Díaz se convertía en pósito, ya para dar la fanega o la media a cuenta de trabajo, o ya para que Rita sacara como a hurtadillas el almud o el medio de grano para tapar una boca que pedía *gofio*, no sin una sonrisa de satisfacción por parte de Domingo si sorprendía en estos escamoteos a su

(1) En la fecha de estos hechos, se llamaba de Los Perdomos o Laisequilla.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

querida y estimadísima Ritilla, no luciendo en el cielo de esta feliz pareja más nubecilla que algo de desconsuelo en Domingo porque Rita no le daba un chico, desconsuelo que él sabía desimular tan bien, que apenas si se le notaba, y que a ella, pasándole de la marca llegaba a producirle algunas lagrimitas, que sin querer se le escapaban al ver a otras jóvenes con sus crios tan orondas y satisfechas.

Cuando llegaban como a la mitad de la calle, otra pareja, ataviada con su ropita dominguera los alcanzó; y cuadrándose el hombre algo a lo militar, se quitó el sombrero, y dijo:—santos y güenos nos los dé Dios, Sr. Domingo y la compaña.

—¡Oh! Antonillo, buenos nos los dé el Señor, y a tí también, Tomasa.

—Güenos, señor Domingo y seña Rita—replicó la aludida.

—¿Donde vais, muchachos, con la cría?—preguntó señora Rita.

—Pues vamos a misa, que esta quie llevarle el bicho a la Vírgen de Concepción, a la de los cachetitos gordos, para que lo criye güeno, que se lo aprometió cuando estaba parida, y hoy es diya de San Blas, para que también lo libre del mal de ajogo que dicen anda picando en los chequetines—, contestó Antonillo.

—A ver, enséñame el niño, Tomasa—dijo señora Rita. Y Tomasa, que era una muchacha altona, blanca y bastante gruesa, antítesis de su hombre, que si bien era dobladillo y espaldudo le faltaban dos o tres dedos para llegar a una mediana talla, habriendo el sobretodo

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

que traía por la cabeza presentóle un robusto chiquitín de ojitos claros, vestido con pobrísimo ajuar, pero limpio y oliendo al poleo de la colada, formando todos cuatro un hermoso grupo en medio de la calle.

—¡Qué bonito Tomasa, y qué hermoso; Dios lo guarde!—díjoles seña Rita, añadiéndoles—¿cómo lo pusísteis?

—Juan Avangelista, que se lo ganó por sus puños pues vino al mundo el segundo diya de la Pascua, cuando repicaban a las doce—contestó Tomasa.

—No ves, Domingo, que bonito es,—exclamó seña Rita, queriéndole asomar una lagrimita de desconsuelo, a lo que el preguntado, para desecar aquella nubecilla que también a él lo sombreaba, replicó con su peculiar gracejo:

—Tienes razón Rita; no sé como este retaquillo de Antonio ha sabido hacer este chiquillo tan bonito—, y dirigiéndose al aludido:— dime, hombre, ¿cómo lo hicistes?—a lo que Antonillo, con cara de páscuas en la que dejaba ver todos los dientes blancos como el nácar contestó:—Pues ¡ello...

—Cá; ¿no lo dije yo? No lo sabe,—añadió Domingo.—Puede que Tomasa lo sepa. A ver, dí tú Tomasa.—Pero Rita, ya repuesta del desconsuelo, levantó la mano y dándole a su marido una palmada en el hombro le dijo:

—¡Anda, desvergonzado, malicioso! ¿No te da reparo, que está pasando la gente?—, a lo cual, Domingo Díaz contento porque le quitó a su Rita el pesar, le replicó:—No seas boba, que en esto no hay malicia, y

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

Dios lo sabe,—y quedando un paso atrás añadió:—váyanse las mujeres delante y tu, Antonillo, dime: ¿has visto los manchones? ¿Cómo vienen de yerba?

—Pues como mucha, mucha no hay, señor Domingo, pero lo que jase a crecencia, da mil gustos veria.

Mas dejemos a los hombres, que ellos llegarán a la Iglesia cuando lleguen, y sigamos al lado de la señora Rita y de Tomasa para oir lo que platican; y a fé que llegamos a tiempo.

—¿Con que saliste bien Tomasa? Vaya, que me alegro, mujer. ¿Y tienes leche?

—¡Jesús, seña Rita!; no la abastece Juanillo, y cuidado que es un tajulo pa tragar que aveces me dice mi Antonio que lo jarto mucho; pero el maldito, aunque me dice que lo jarto, no lo puede sintir *berraquiando*, (1) pues como esté en casa, malmito lo siente me dice: dale la teta, Tomasa, dásela que se puede quebrar el angelito.

—Sí, mujer; Antonillo siempre fué bueno y encariñao, y de seguro que te ha de estimar.

—Yo, seña Rita, en buen hora lo diga: mejor que mi Antonio...si lo viera acostado en la estera cantándole al jijo cuando llega del trabajo...es pa riyir.

—¡Ay! ¿Pero no traeis vela para la Misa?

—Como lo que yo le empromeí a la Virgen fué trayírselo pa que lo viera y le echara la bendición, y amás, como no tenía pa mercarla, dije: ella todo lo sabe y la güena veluntad.

---

(1) Llorando fuerte.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

—¡Pero mujer!, si me lo hubieras dicho yo te la hubiera dado.

—¡Güa!; ¿entoavía le parece poco, seña Rita; las dos gallinas y el chocolate que me mandó, que Dios se lo pague?

—No, mujer, que yo las tengo en casa, que todos los años me manda una el Beneficiado, a más que tengo las del altar de la Cruz.

—Yo bien lo sé, seña Rita, que las tiene, que bien las vide, que si hubiasido pa otra cosa que Dios no premita, se las pido; pero pa esto, ¡Dios me libre!

En este diálogo llegaron al Templo las dos mujeres; adelantóse señora Rita a abrirle la puerta a Tomasa para que entrara con su carga, y después de tomar agua bendita, la primera invitó á Tomasa á que la siguiera y fuese a la Sacristía, preguntó por el Sr. Beneficiado, y como le contestaran que allí estaba, entró decidida llegándose al Sr. Cabrera que se hallaba rodeado de otros sacerdotes; saludólos a todos en general y dijo al viejo:—Padrino, aquí vengo a que me preste o me venda una velita para esta muchacha que trae su niño a la Virgen Santísima y no tiene ninguna, que yo la devuelvo de las que tengo en casa o doy lo que ella valga.

—Vaya, Rita, vaya; y quieres tu que la Iglesia te lleve dinero, o tu Padrino, por esa miseria. Más te debe la Iglesia, y a tu marido, por lo que no soló te doy la vela para esta tu protejida, sino que se hará la presentación de la niña como Dios manda, que veo con disgusto que ya no hacéis esta ceremonia tan piadosa, o por lo menos, no la hacen todas

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

—Bueno, Padrino, Dios se lo pagará; pero no es niña que es niño, y se llama Juan Evangelista.

—Tanto que mejor, Rita, tanto que mejor; pero si te dije niña es porque tengo metida en la cabeza la pobrecita que esta mañana pusieron a la puerta de la Iglesia. ¿Qué; tú no lo sabes?

—No, no señor, ¿y qué fué?

—Que nos pusieron una niña en una barqueta colgada del clavo de la Puerta Mayor.

—¡Jesús, Dios mío, y qué madres!

—Cállate Rita, cállate, que no sabemos como fué o que causa tuvo la desdichada para hacerlo así.

—Sí, tiene razón, Padrino, ¿pero ya la mandaron al Torno?

—Nó, mujer, todavía la tengo ahí en la cama del Sacristán.

—¡Válganos la Vírgen Santísima!

Levantóse el Sr. Cabrera y dirigiéndose a uno de los sacerdotes allí presentes:—D. Francisco, hágame el favor de efectuar la Presentación de este niño en lo que se canta la Tercia, y tú, Rita, ven para que veas la criaturita.—En tanto que el Clérigo con Tomasa y un monago fueron a practicar la ceremonia, el Beneficiado y señora Rita dirigiéronse al cuarto del Sacristán, sobre cuya cama dormía muy a gusto María Blasa cuidada por Miguelillo y otros chicos que hablaban y enredaban en voz baja para no despertarla.

Acercóse Rita a la cama, y aunque no había sido madre, con ese instinto propio de la mujer, viendo que la chiquitina quería despertarse, pues se rebullía,

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

adivinó que la molestaba alguna pulga sacristana, de lo que no se engañó, porque abierto el lienzo donde estaba envuelta descubrióle una bastante gorda en el pechito que le había levantado una gran roncha.

—¡Pobrecita huerfanita, mi pobrecita!; bien te picó esa pilla pulga—, y cuando esto decía Rita ya había tomado el insecto entre los dedos, restrególo, echólo al suelo y poniéndole el pié encima, sintiólo estallar con cara de placer.

—¡Ay! Padrino. Vuesa merced dice y bien dicho está, que no sabemos por qué la madre hizo esta perrería a esta inocente; pero mire, Padrino, que a uno se le parte el corazón. ¡Jesús, mi Dios! Tu, aunque no tuviste más que pajas, tenías a tu madre a la vera y al Patriarca San José, amén de los angelitos y los pastores; pero esta pobrecita... ¡ay! ¡Señor, ten compasión de ella!—y Rita, no sin que las lágrimas se le vinieran a los ojos, continuó dirigiéndose al Beneficiado:—¡Ay!, Padrino, lo que son los juicios de Dios: unas abandonan sus hijos y el Señor se los da, y otras que no los abandonarían, Su Divina Magestad se los niega... Cúmplase tu voluntad, Señor, y no la de los que no sabemos lo que decimos.

Como si el llanto sólo esperara a que le abrieran esta puerta, Rita comenzó a llorar, abandonando la habitación seguida de su Padrimo que murmuraba:—¡Gracias, Dios mío, gracias, ya empiezo a ver la luz!

De la Sacristía fuese Rita a la Iglesia arrodillándose junto al banco que está bajo el púlpito, donde ya la esperaban su marido y Tomasa, que con su chico en los

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

brazos y la vela encendida, hacían tiempo a que diera comienzo la Misa.

Cuando Rita se creyó bastante serena y con los ojos secos, levantóse, y sentada que estuvo al lado de su hombre, preguntóle:—¿No sabes, Domingo, como anoche pusieron una niña en la puerta de la Iglesia?

—Sí, ya me lo dijeron antes de entrar, y ahora también me lo acaba de decir Tomasa.

—Si vieras que linda es y que calladita.

—Bueno; vamos primero a oir misa, que después hablaremos.

En este momento salía el Celebrante con los Diáconos a entonar el *Asperge*, a cuyo tiempo Domingo Díaz y los demás hombres que estaban sentados se pusieron de pie y las mujeres de rodillas.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

LA MISA MAYOR

La Misa Mayor de la Parroquia de la Concepción en los días festivos tenía algo de exposición o feria de vestidos y personas, allá por los años de 1780; en las mujeres veíase desde el tontillo, la cofia y la manteleta, hasta la mantilla de bayeta amarilla y el humilde pañuelo por la cabeza, con sayas y mantos o sólo sayas de cordón con listas de colores como arco iris, o azules y blancas o blancas y negras, cédulas personales de las solteras y de las recién casadas, o de las casadas de años y de las viudas. Si este *potpourri* de indumentaria y colores se daba en el sexo aficionado a las variantes, en el que se dice feo no era menor la algarabía, porque las casacas y pelucas empolvadas y los altos bastones de puño de oro y plata mezclábanse con las capas, capotes y mantas y las cayadas de palo de membrillo o duraznero, lustrosas y pulidas por el uso, amén de que los primeros llevaban el pelo entrenzado en rabitieso, que les caía por la espalda, y los segundos tendido como melenas de disciplinantes, entreverado con algún cañoncillo de paja, muestra de que en el pajar había sido el último

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

sueño; todos de media a la rodilla, bien fuera de seda, de hilo de la tierra o de lana blanca o negra, que esta prenda y la campesina y típica polaina, asemejaba a nuestros respetados abuelos a desordenadas bandadas de grullas.

En el día a que nos referimos en el capítulo anterior, terminado el *Asperge* y la procesión claustral, comenzó la Misa, y terminado de cantarse el Evangelio, salió de la Sacristía el Sr. Cabrera, con su ámplia sobrepelliz que le llegaba hasta las rodillas; y aunque le habían preparado el sillón para que desde él explicara el Santo Evangelio, el bueno del viejo pidió la bendición al Celebrante y se fué al púlpito, ayudándole a bajar las gradas del Altar Mayor y a subir la escalera de la Cátedra, Domingo el Sacristán, quien, aunque hombre ya bastante maduro, quería con cariño de hijo al anciano Beneficiado.

Cansadillo llegó el buen viejo al término de su ascensión; y descansando un *poquitín para coger resuello*, rezó el Bendito y persignóse en alta voz con el fervor y unción que tanto le distinguía, guardando el auditorio el mayor silencio, porque al respeto al Templo unían la veneración y amor que a su Beneficiado profesaba.

Sin más preámbulos el Sr. Cabrera, alzando la voz, algo balbuciente, expresóse de esta manera:—«Mis amados feligreses: bien estoy en creer que no esperábais que subiera ya a este púlpito, pues no he podido ocuparlo, *y sólo desde la silla os he predicado la palabra de Dios*, al fin de conduciros por la vía recta a la Patria Celestial para que fuimos criados. Pero viendo que las fuerzas me van abandonando, quise despedirme de todos mis hi-

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

jos desde este sitio, para que los presentes que me escuchen lleven a los ausentes mi último adiós, mi bendición y el ruego del perdón por el mal ejemplo que os he dado, porque ¡ay!, hijos míos, el cargo de Pastor es de mucha responsabilidad, y la cuenta que hay que dar de él por extremo grave y delicada. Mas no quiso el Señor que fuera sólo el ruego del perdón que yo hiciera a mis hijos; tengo otro que pediros en nombre de Ntra. Patrona la Stma. Vírgen: Ya sabéis que esta mañana apareció en la puerta de esta casa de la Stma. Señora una niña recién nacida. Tapemos con el paño de la misericordia a la desventurada madre, imploremos del Señor el perdón para la desgraciada, y al mismo tiempo abramos las puertas de la compasión cristiana para la inocente criatura que vino a refugiarse bajo el manto de la Vírgen nuestra Patrona, pidiédole el calor y abrigo que su infortunada madre no puede darle.

Ya lo veis: la Ciudad tiene Cuna en que se recogen estas criaturitas con toda caridad, pero la madre de esta prefirió entregársela a la Vírgen; y acordándose que ese clavo que está en la puerta lo pusieron nuestros abuelos para que en él y no en el suelo se pusieran estos desgraciaditos niños, porque antes de existir Cuna sucedieron tristes casos,—pues a veces fueron comidos de cerdos y de perros,—allí metidita en un cestillo apareció esta mañana. ¡Ay!, mis amados hijos; no sabeis lo que esto me aflige y cuánto lamento el verme tan viejo en este momento, pues si tal no estuviera yo cuidaría de que esta niña que se le confió a la Virgen, a su abrigo y calor se criara; pero ya veis. Latierra me está pi-

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

diendo a voces y quisieraque este desconsuelo no entristeciera mi agonía; quiero dejarle algún arrimo, y a vosotros amados hijos, acudo. Hacedme este último favor; no permitais que este angelito vaya a mermar la leche de los otros pobrecitos que se crian en la Cuna; tened compasión de esta huerfanita; hacedle a vuestro Cura este último agasajo, y yo os prometo que si el Señor lleva mi alma a su seno, como por su misericordia espero, que rogaré por todos vosotros y en particular por la que haga esta obra de caridad, para que el Señor le conceda lo que más desee si fuere para su mayor gloria y bien de su alma.

Y ahora, hijos mios, ¡adios! Ya no he de volver a dirigiros la palabra desde este púlpito. ¡Adios, templo querido, donde he cifrado mis delicias y desvelos! Adiós!, santas imágenes que le adornais, en las que he puesto mi devoción desde niño y que mi buena madre me enseñó a veneraros...¡Perdón, hijos mios!, perdón por el mal ejemplo que os he dado. ¡Perdón!, amados compañeros y sacerdotes todos que me habeis ayudado a cantar las Divinas alabanzas. Perdónenme también todos los ministros de la Parroquia, presentes y pasados, por las molestias que les he proporcionado, y como lo último que me queda es mi buena voluntad, recibidla con la bendición que os doy con el corazón, en el Nombre del Pa...»

Y hasta aquí se le pudo oir, pues el llanto impidióle continuar y al auditorio oir, porque desde el Celebrante hasta el último de los fieles, todos tenian las lágrimas en los ojos.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

Señora Rita, hecha un mar de aflicción cuchicheó con su marido; pero éste, que no estaba para muchas palabras, contentóse con hacerle dos o tres signos afirmativos, que fueron lo bastante para que Rita se levantara y acercándose al oido de Tomasa la hablara de algo, de cuya conversación sólo pudieron percibir las vecinas más cercanas las palabras «cuatro fanegas de trigo.»

Terminada la Misa, la gente comenzó a salir, menos Domingo Díaz, Rita y Tomasa, que con otros feligreses más se dirigieron a la Sacristía, donde encontraron al Sr. Cabrera rodeado de sus compañeros y de algunos caballeros que procuraban distraer y consolar al viejo del mal rato que había pasado. Después de los saludos obligados a las personas que no habían visto, por parte de los visitantes, Rita, dirigiéndose al Sr Cabrera, expresóse en esta forma:

—Padrino: yo vengo a llevarme la niña, que esta muchacha—aludiendo a Tomasa—me la cría Ya puede estar contento; pero no olvide que prometió cuando esté en gloria, pedirle al Señor me conceda lo que deseo.

Levantóse el viejo con un movimiento nervioso, y conmovido, dijo:

—Ven acá, Rita; ven, Domingo.—Y cuando los tuvo juntos tendió los brazos sobre la pareja, estrechándolos contra su pecho:—¡Dios os lo pague! ¡Dios os bendiga, hijos míos! Bien me lo decía el corazón. El Señor os conceda lo que deseais.—Pero como si una nube pasara por la frente del viejo, añadió:—Mi-

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

ra, Rita, que un favor muy pedido suele traer sus espinitas,—a lo que la aludida contestó,—Padrino, sea lo que Dios quiera—,encaminándose luego al cuarto del Sacristán para recoger a María Blasa, tomándola en brazos y llevándosela a su casa juntamente con la madre del recién presentado Juan Evangelista, y seguidas de Domingo y de Antonillo, que, enterado de la resolución de señora Rita, mostróse orgulloso de que su costilla fuese mujer capaz de hacerle un favor a los amos, y más como a los que Domingo y seña Rita eran tan buenos para sus serviciales.

Cuando algún conocido encontraba a Rita con el bulto del niño debajo del manto, deciale a Domingo:—Pero hombre, ¿qué es eso?—, a lo que él, con el buen humor que siempre le acompañaba, contestaba,—nada, que a esa bruta de Rita le apretó la gana en la misa y allá me echó esa muchachilla, que fué suerte no fuera en medio de la calle.

Luego que las dos parejas llegaron a la casa de Domingo Díaz, Rita pudo a su sabor contemplar a María Blasa. Al verla desnudita, con lágrimas en los ojos colocóla sobre de la cama, llamó a una criada hízola traer aguas caliente y fría y un lebrillo, y abriendo una caja de cedro sacó de ella una petaca de paja donde tenía unos atavíos de recién nacida por ella labrados a ratos perdidos y con esperanzas que nunca llegaban a realizarse.

Puesto todo en orden sentóse en el suelo, echó de las dos aguas en el barreño, lavó la chiquitina, vistióla, hizo que Tomasa, la diera la teta, y acomodándola

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

sobre su misma cama, en la que también puso al chico de Tomasa, colocando antes una sábana doblada debajo a toda precaución se fué a la cocina y dispuso la comida para amos y criados, diligencia que ya tenía medio prevenida y ordenada desde antes de ir a la Misa.

Interín la comida se cocia fué al granero, llamó a Antonillo y le hizo bajar una cuna que colgando de un tirante tenía, en la cual ella había sido arrullada, dispuso la limpiara y condujera a la cocina con objeto de colocarla su correspondiente paja de cebada, hecho lo cual encaminó con ella a cuestas en dirección a su casa al orgulloso y satisfecho marido de Tomasa, recomendándole regresara enseguida, abriendo por último cajas y alacenas y formando un regular lío de ropas.

Cuando todo lo tuvo pronto sentóse junto a la cama a observar a los dos chiquillos, y al verlos tan hermosos y vivillos deshízose en llanto, y de sus labios salió una oración caldeada por la fe y por los anhelos de ser madre. A la hora de la comida ya estaba repuesta y alegre, y feliz sentóse a la mesa en la cocina, frente a su marido, que, decidor y expansivo, bromeaba con Antonillo, Tomasa y los sirvientes de su casa, que todos rodeaban al matrimonio y le daban tertulia mientras comían. Luego que terminaron los amos y rezaron, levantáronse, y puesto otro mantel y menaje se sentaron los criados y con ellos Tomasa y Antonio. Como todos estaban de buen humor comieron hasta rellenarse, entre risas y fiestas, pues los amos les hablaban con sencilla familiaridad y la propia Rita sirvióles parte de las viandas y un vaso de vino por bar-

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

ba, agasajo que siempre hacían a sus serviciales en los días festivos y en otros que los trabajos de la labranza lo pedían.

Dado fin a la comida, Rita hizo que Antonillo cargara el lío de ropa. Después de dar instrucciones a Tomasa púsole su hijo en los brazos, y llamando a una criada para que condujera a María Blasa, viólos a todos marchar camino de la casa de aquellos.

Durante la lactancia, Juan Evangelista y María Blasa casi todos los días eran llevados a la casa de señora Rita, la que pasaba con ellos largos ratos, sobre todo cuando con las piezas de la costura en las manos comtemplaba embebecida como se revolcaban, gateaban, y a su modo y manera se halagaban y reñían; pero cuando ya llegaron a andar y a balbucear algunas palabras, María Blasa fuese insensiblemente quedando en la casa de Domingo Díaz, formando parte integrante de los domésticos y serviciales de la misma.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

EL PREMIO

Ocho años contaba ya María Blasa, y cerca de once de casado Domingo Díaz; y como María era buena, obediente y trabajadora, el bueno de Domingo profesábala gran cariño y predilección, por lo que un día le dijo a su mujer:

—Sabes, Rita, que estoy mirando que la muchachita ha salido buena, y que ya que Dios no nos ha dado hijos debíamos criarla con más mimo.

—Eso sí que no, Domingo. Tu no la querrás más que yo; pero pasarla de su clase, ni soñado, porque en lugar de hacerle un bien le hacemos un daño. Yo quiero criarla como pobre que es; no quiero hacerla señorita sino trabajadora y mujer de gobierno, de forma que ningún trabajador honrado tenga reparo en casarse con ella, si Dios quiere.

—¡Pero mujer!...

—¡Pero hombre!, ya te he dicho que quiero no sea desgraciada.

—Bueno, bueno; has lo que tu quieras.

—*Además, Domingo no, creas que tengo perdida* mi esperanza de darte un hijo.

—¿Quién te lo dijo, Rita?

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

—Quien me lo dijo me lo dijo, que Dios lo tenga en gloria, que si él no está en el Cielo no sé quien estará—, y mientras decía esto levantó los ojos y los fijó en un pequeño cuadro de la Santa de su nombre.

—¡Vaya, ya se quien te lo dijo!

—¡Tú qué sabes! ¿Y quién fué quién me lo dijo?

—¿Quién? El Sr. Beneficiado.

—Pues sí, él me lo prometió. Cierto es que cuando recogí a María Blasa, por lo bajo me dijo: «Rita, Dios te pagará lo que haces con esta niña: estoy casi seguro que el Señor te ha de dar un hijo»; y como mi Padrino me lo prometió, así sea más vieja que Sta. Isabel, lo espero, porque Padrino era un santo, y cuando él me lo dijo razón tendría para ello.

A pesar de que Domingo tenía genio bromista y de que esta conversación íntima se prestaba á ejercitar su festivo carácter, sin pronunciar más palabra dejó a su mujer y se fué a sus ocupaciones.

No habían transcurrido dos meses de esta conversación del matrimonio cuando Domingo y todos los servidores de la casa notaron que señora Rita estaba asaz contenta y bien humorada, más de lo que en ella era natural, y que su salud, algo delicada, se fortalecía visiblemente, pues además del buen apetito que gastaba, un hermoso color dábala más realce a sus simpáticas facciones, llevándola al apogeo de su hermosura. Aunque a Domingo no dejó de pasarle por la imaginación algo de cambio de estado en su esposa, no quiso decirla nada no fuera cosa que su indiscreción renovara en su mujer el sinsabor que la afligía; pero a poco

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

tiempo más, en las intimidades de la alcoba, Rita, emocionada y con rubor, hizo partícipe a su esposo de la felicidad que la inundaba porque se sentía madre, a lo que el buen hombre, lleno de dicha manifestóla abrazando con efusión a la mujer amada que había unido a su suerte, colmándola de cariños y halagos, hijos del *mucho amor* que la tenía; y si hasta allí siempre la había atendido y cuidado, en su nuevo estado extremóle el bondadoso labrador sus atenciones y desvelos.

Pronto corrióse por la familia y amigos la dicha del caritativo matrimonio, y todos esperaban ansiosos la hora en que Rita saliera de su cuidado, lo cual se realizó con toda felicidad el día dos de Octubre de 1794, dando a luz una preciosa niña, a la que ella quiso se le pusiera por nombre Angelica Lorenza de la Concepción, porque los Santos Angeles la habían traido al mundo en su día, y porque Lorenzo se llamaba el santo varón de su Padrino, el Beneficiado que se la había prometido en premio de haber recogido a María Blasa.

Discutióse entre las mujeres de la familia a cual de los dos consortes se parecía Angelica, pues mientras unas decían que a Domingo y otras que a Rita, esta, que había examinado con todo cuidado a su hija, interrumpió:—No se cansen ustedes; es a mi Domingo, que es más guapo que yo siete veces; y para que no les quede duda alguna—añadió—, ven acá, Domingo—, y desabrochándole la camisa llamó la atención de los circunstantes diciéndoles—¿ven ustedes estos tres lunares encarnaditos que este maldito tiene en la raiz

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

del pescuezo?; pues véanselos también a la hija, que parecen cabecitas de alfileres.

—¡Pues tiene razón!—, exclamaron las presentes, y desde allí quedó asentado que Angelica era el retrato de su padre, cosa que acabó de llenar de satisfacción el corazón de Rita y que le valió más de un efusivo beso del santo y cristiano amor de su Domingo.

Pero si para todos fué alegría el nacimiento de Angelica, para María Blasa fué el delirio, pues cuando la dejaban entrar en el cuarto de señora Rita, no sabía separarse de la cuna y todo se le iba en mirar y remirar a la pequeña, deshaciéndose en agasajos y caricias, llamándola *Amita*, cosa que agradó mucho a los padres de Angelica.

Como nada corre tanto como el tiempo. Angelica fué creciendo bajo la sombra del techo paterno y de los cariños de María Blasa, que hecha ya una mujer, ponía gran diligencia en cumplir exactamente todo lo que se confiaba a su cuidado, identificando su vida con la de aquella familia, a la que todo lo que era se lo debía.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

Veinte y tres años después

En 1817, al frente del honrado gremio de labradores de La Laguna encontrábanse dos grandes casas de labranza: la de Sr. Francisco Rodríguez, en la Villa de abajo, y la de Sr. Domingo Díaz en la de arriba. Los dos jefes de estas casas estaban unidos por la amistad y el compadrazgo; y si la casa del primero era más rica y hacendada, la circunstancia de no tener Domingo Díaz más que una sola hija dábale en muchas ocasiones más proporción para desempeñarse con garbo. Así, que su era en tiempos de trilla tenía fama de agasajar espléndidamente a los visitantes de la aristocracia que la honraban con damas y galanes, pues en aquellos tiempos las faenas del campo eran el solaz y diversión que se permitían las clases alta y baja de la sociedad lagunera. En esa época del Estío, como que en toda casa, por muy encopetada que ella fuera, se comía a las dos a más tardar, desde las tres y media veíanse animados grupos de señoras y señoritas, que acompañadas de sus padres, hermanos o de familias amigas se dirigían a las eras de los conocidos con objeto de pasar la tarde, razón por la cual lo primero que

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

en toda era se armaba eran las chozas que en forma de emparrado construían con palos, ramas y paja, artefacto que resguardaba del sol al dueño de la labranza y le servía de sala de recibo para los visitantes, la que adornaban con sillas de poco alto, bancas de tres pies y una mesilla también de poca estatura, para el servicio de los huéspedes.

Bajo el sombrajo poníanse los barriles del agua para que el sol no la caldeara, y allí el labrador acomodado, bien por sí o por su mujer e hijas, hacían los honores de la casa, o de la choza, a los visitantes, agasajando a las señoras, a los graves sacerdotes y a los reverendos frailes que tampoco se desdeñaban de asistir a estas campestres fiestas, con el asiento y el refresco de ponche o sangría de gusto delicado, propio de la estación, pues para los trabajadores el barrilete de vino sin ninguna clase de bautizo repartíase a las horas reglamentarias, sin que aquellas gargantas secas y ardorosas por la faena se vieran satisfechas del refrigerio.

Cuando el sol quería declinar era la hora crítica de la fiesta y algazara, porque barridos los trillos, las señoritas ocupábanlos, y el trillador puesto casi sobre el amarre de la correa, aguijoneaba los bueyes, los cuales, dejando su tardío paso, por el escozor de la puya tomaban un trotillo, que si alegraba a los gañanes no dejaba de producir en las asustadizas mozas agudos gritos y chillidos al verse con los belfos de otros bueyes sobre sus cabezas al cruzarse unas yuntas con otras en el redondel. Este momento álgido de la escena, que a lo

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

más duraba media hora, terminaba con la suelta de los bueyes, que fatigados se dirigían al establo, y con la operación de los peones arrebañando con horquetas y *belgos* las orillas del tendido con objeto de dejarlo preparado para las faenas del siguiente día.

Pero así que los trabajadores se retiraban y el sol se escondía por detrás del cerro del Púlpito, las muchachas, brincando sobre la paja a medio trillar, corrían, caían y se festejaban, no faltando alguna traviesa, que al considerarse solas, sujetándose las sayas a los tobillos daban sus vueltas de carnero, no todas afortunadas en el atadijo de las sayas o faldas, percances que ocasionaban francas rizotadas explosivas del buen humor de las muchachas mozas.

También contribuía a la preferencia de la era de señor Domingo Díaz por parte de la gente joven, la gentil hermosura de su hija Angelica, y más que todo su bello carácter, pues nadie podía tratarla sin quedar prendado de la discreción y encantos de aquella hermosísima joven, tan honesta y de trato tan dulce y circunspecto, por lo que aristócratas y plebeyos distinguíanla con sus atenciones y respetos, pues si los primeros le ofrecían su consideración, los segundo mirábanla como una esperanza en sus miserias, y desde el primero al último trabajador de la casa se hubiera dejado matar por la niña Angelica, como le decían, distinguiéndose entre todos María Blasa que no se sentía bien si no la tenía al alcance de sus ojos.

En esta época, María Blasa, con sus 30 años, alta, bien proporcionada y mejor parecida, con su desarro-

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

llo muscular extraordinario, era todo una mujer de trabajo y la persona de confianza de aquella honradísima familia, pues por más partidos que se le presentaron todos los desdeñó porque preferia el abrigo de aquella casa a toda otra conveniencia.

Entre los pretendientes que se le presentaron a María Blasa contábanse dos Juanes: uno Juan Evangelista, su hermano de leche, y otro Juan Cruz. El primero, mediano de cuerpo como su padre Antonillo, pero sano como una manzana, fué despedido por Blasa en su pretención delante de los amos, a quienes el muchacho había acudido en la demanda, en la siguiente y expeditiva forma:

—Mira, Juan—le dijo: -yo te quiero como mi hermano que eres, y a tu madre la miro como si fuera la miya. Por todos bustedes estoy pronta a lo que quieran, pero para marido no te apetezco ni a ti ni a naidie, y no porque creyas que me tengo por más, pues no olvido que fuí botada a la puerta de la Iglesia; si los amos no me quieren en su casa, yo no me voy, porque si por una puerta me echaran me entraba por otra, y si no por la pared de la huerta. A ti no te conviene casarte sino con Petra la de tio Ambrosio, que yo sé que te quiere y es mujer formal, y malmito le digas envido te dice «quiero». Yo siempre seré tu hermana.

Callóse el muchacho y callaron señora Rita y señor Domingo, y al fin este último rompió el silencio:—Juanillo, ya ves: si uno no quiere dos no se casan; María Blasa no quiere; toma el consejo que te da y cásate con Petra, que también es guapa y muchacha de trabajo.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

Al fin, el muchacho, resignado y no sin que los ojos se le aguaran, levantóse, y despidiéndose se fué.

El segundo Juan era todo un Juan: alto como un trinquete, fornido como un hércules; con la azada, si era preciso araba; con la hoz era un huracán, y pocos árboles resistían mucho tiempo sin caer a los golpes de su hacha; para sus brazos nada eran un par de fanegas de trigo, y no todos los novillos se libraban de las tenazas de sus manos si los agarraba por el cuerno.

Tanto hombre con tanto poder era tímido como un niño y bonachón y honradote como el que más; pero si el vino llegaba a caldearle los morros, había que huirle porque el sumo de parra quitábale la albarda y las enjalmas y dejaba a la bestia humana en toda su hórrida y hermosa ferocidad, bien que la cantidad de vino necesaria para estos efectos en el bruto de Juan Cruz, si nadie la había medido, a buen cálculo estimábase en una botija; ¡y para tal cuerpo de máquina! ¿qué menos combustible?

Este Juan, sabida la derrota de su tocayo Juan Evangelista, trató de probar fortuna cerca de María Blasa, cuyo álito sudoroso en la faena hacíale dilatar el ventanal de sus narices si la garrida moza pasaba junto a él; pero como el tipo de Juan Cruz era desmayado y María Blasa tratábalo desde niña, al primer embite despidiólo con la fuerza de su voluntad como a saca de paja, y como Blasa no lo hiciera en silencio, enteráronse de la repulsa no sólo Sr. Domingo, que estaba al frente de la faena, sino los demás peones y peonas que la hacían, por lo que el pobre Juan fué objeto de la rechi-

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

fla de todos, pesada broma a la que señor Domingo puso término con su autoridad.

Estos desdenes de María Blaza no fueron obstáculo para que la moza dejara de tratar con la amabilidad de siempre a los dos Juanes; y si el Evangelista pronto se curó del desvío casándose con Petra y renaciendo en su pecho el cariño de hermana que María Blasa le ofreció, Juan Cruz, que como en despecho también se había casado con Gregoria, mocetona de la misma labranza, nunca perdía ripio, no para requebrar a María Blasa, pero sí para hacerle conocer su desconsuelo, de lo que ella no poco se reía, dándole buenos consejos y haciéndole presente los méritos de Gregoria, que efectivamente los tenía, y a quien María Blasa estimaba en mucho por su carácter leal y francote.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

EL GAVILÁN

Entre Francisco Hernández, labrador de Tacoronte, y Domingo Díaz, también existía estrecha amistad de clase, cultivada desde la juventud por la circunstancia de tener sus padres contiguas dos suertes de tierra del Cabildo de la Isla, rayanas a las jurisdicciones de ambas localidades.

Casi al mismo tiempo que Domingo Díaz, Francisco Hernández contrajo matrimonio con Dionisia Peñafiel, y la amistad que se profesaban fué causa de que el Hernández ofreciera al Díaz el padrinazgo de su boda, y esta circunstancia hizo fuera Domingo Díaz el padrino de pila del primer vástago de su amigo Francisco, a quien, usando del derecho que le asistía impúsole el nombre de Domingo, cuyo compadrazgo estrechó las relaciones de los jóvenes labradores y las de sus respectivas esposas.

Creció el pequeño Domingo, porque la planta que no muere crece y se desarrolla, y sus padres, cuando lo vieron adelantadillo, pusiéronlo a la Escuela de los frailes Agustinos de Tacoronte, donde al poco tiempo el rapaz, por sus raras dotes de inteligencia aventajó a

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

todos sus compañeros. A los tres años, cuando el pollo apenas contaba doce de edad, ya el fraile Dómine manifestaba no tenía más que enseñarle.

Orgulloso Francisco Hernández con la precocidad de su hijo, pensó que se hiciera sacerdote, a cuyo fin púsolo a la celda de otro de los frailes más graves del Convento, quien, prendado de la inteligencia del muchacho, enseñóle latín y lo que él sabía de otros conocimientos, en especial de matemáticas, o cuentas, como entonces se decía, y en lo que parece era bastante ducho el fraile maestro.

Aunque la ciencia de Domingo Hernández Peñafiel, sumada toda no era cosa, sin embargo, a su padre teníalo orgulloso, y su padrino Domingo Díaz no estaba menos satisfecho al contar con un ahijado tan leído, por lo que con bastante frecuencia pedíalo a su compadre para que pasara temporadas en su casa donde lo ejercitaba en el arreglo de las cuentas de la labranza y lo mimaban lo indecible.

Mas como el Diablo no duerme, aprovechándose de la parálisis que acometió a Francisco Hernández, propúsose sacar un satélite aprovechando de Domingo o Dominguito Peñafiel, como ya le decían sus coterráneos por lo sabido que lo consideraban, bien que lo que leía, escribía y contaba no le impedía a tomar la reja y la rabiza del arado, si era preciso, aunque esto sólo lo hacía por obediencia y con malísima gana.

La parálisis de Francisco Hernández fué causa de que su corta labranza se arruinara y de que su hijo Domingo, ya pollo de unos diez y ocho abriles campa-

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

ra por su respeto, entrando de día y de noche en la casa paterna a la hora que le venía a bien, pues al principio la disculpa de las atenciones de las labores del campo se las autorizaron, y más tarde su libérrima voluntad.

Hay que confesar que a pesar de la libertad que disfrutaba y de las parrandas a que se entregaba Dominguito Peñafiel, el vicio de la bebida no lo dominó; pero todo lo que le negó a este dióselo al libertinaje crapuloso, que segándole en temprana edad las fuentes del sentimiento, convirtiólo en un disoluto, sirviéndole su locuacidad y fácil palabra para la seducción femenina, de la cual hacía gala.

Bien es verdad que a estos fines contribuía su gentil figura, de verdadera belleza varonil, porque su esbelta talla, su sonrosado cutis, sus ojos azules y sedoso bigote rubio obscuro que cubría a medias sus labios rojos, airosamente plegados, dábanle un conjunto atrayente y venenosamente simpático para el sexo débil, sobre el cual su osadía hacía carnicera presa.

Este personaje, que por las cualidades de ahijado y amigo frecuentaba la casa y mesa de Domingo Díaz, era un peligro verdadero para la tranquilidad de aquel honrado hogar, peligro del que el Díaz no se daba cuenta, porque la admiración que sentía por su ahijado no le dejaba ver la realidad de lo que se escondía bajo aquella corteza de buen tipo locuaz y atrayente que la cubría.

A pesar de la benevolencia y cariño con que Dominguito Peñafiel era recibido en la casa de su padrino, no a todos los que la habitaban pudo sustraer sus in-

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

tenciones. Eran estos el viejo tío Manuel Cureña, trabajador jubilado de la casa, y María Blasa, que avispada siempre en el cariño de Angelica, más de una vez había sorprendido las miradas de buitre que a hurtadillas dirigía Peñafiel a la inocente joven mientras la adormecía con su cháchara insinuante y verdaderamente amena.

Pero como Peñafiel entendía que Angelica era un buen partido, por la riqueza de sus padres y por su belleza, temeroso de que su pretención fuera desechada porque él carecía de fortuna, buen estratégico pensó que para rendir la plaza, además de cautivar el corazón de Angelica necesitaba el favor del jefe de la familia, y a este fin encaminó sus pasos, solicitando del padrino le ayudara en el proyecto que tenía de hacerse Oficial de las Milicias. Domingo Díaz, que estaba fascinado por su ahijado, no sólo le proporcionó el influjo de los personajes sus amigos, sino que con gusto prestó la fianza para formarle el patrimonio militar, pues más de una vez cruzó por su mente la idea de que Domingo Peñafiel podía ser un partido razonable para Angelica, porque si era pobre, ellos tenían bastante que darle a su hija para formar una casa de desahogado pasar.

María Blasa, a quien nada de esto se escondía por sólo el instinto de mujer entendió que Angelica no era solicitada de aquel pillo ni por sus virtudes ni sólo por *su hermosura, sino por la riqueza de sus padres; y como* veía a su *Amita* prendada de aquel tuno, a pesar de todo lo que a esta le había dicho y aconsejado, de-

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

sahogaba su pena llorando a solas en su camarachón cuando a él se retiraba a descansar por la noche, después de las faenas del día.

Cierta noche cuando la buena Blasa, creyéndose sola y a todos los de la casa entregados al sueño, hallábase hablando a solas y anegada en su llanto, ofrecióse a seña Rita levantarse para llamarla porque a señor Domingo le había acometido un cólico que padecía de tiempo, y que sólo se le aliviaba con mantillas calientes; pero como al acercarse al camarachón de Blasa la oyeran llorar y hablar, curiosa al fin, como mujer, detúvose a escuchar, y si no percibió todo, entendió lo bastante para comprender de lo que se trataba.

Como María Blasa no se había acostado, pronto pudo avivar la dormida lumbre del fogón y llevar al señor Domingo las mantillas calientes que luego le aliviaron la dolencia y le permitió coger el sueño. No obstante, a prevención de que el paciente necesitara más ayuda, ama y criada retirarónse a la cocina para no hacer ruido al enfermo y esperar el resultado de la cura.

Tan pronto señora Rita se sentó, dijo a María Blasa:—aquí que estamos solas y que nadie nos oye, quiero saber porqué estabas llorando cuando fuí a llamarte.

Sorprendida Blasa por lo inesperada de la pregunta, púsose colorada como un pavo, y a su vez preguntó:—¿y el ama me uyó?

—Sí te oí llorar y oí algo de lo que decías. Así, pues, quiero saberlo todo.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

—¡Ay, ama, por Dios; no creya que es un capricho mío!

—Yo no he dicho eso, ni nada. Lo que quiero saber es lo que hay, y nada más.

—Güeno: si el ama lo quiere, sépalo, pero no se ofenda si por acaso es del mismo pensar del amo.

Callóse señora Rita, y como Blasa viera que la sitiaba por el silencio, bajando la voz, dijo:

—Mire ama: ya sabe lo que yo quiero a la niña, y el querer que le tengo me hace no dejarla de los ojos. Yo veyo que ella quiere a señor Dominguito con inocencia de niña, que no sabe del mundo. Pero ¡ay, ama! el Dominguito, aunque sea su ahijado, es un pillo, es malo, ama; créalo, que ya sabe que yo no digo mentiras. Si el amita se allega a casar con él, será muy disgraciada, porque ese pillo quiere cuantas ve, es muy sinvergüenza. A Frasquilla «La Cotorrita» la estrujado, y a Simona le jizo otro tanto. A María «La Coruja», a los pocos días de casada, se le metió en la casa, y gracias que ella se fué por el corral saltando en camisa al huerto de tio Pedro «El Foguetero»; y pa que lo sepa, hasta yo no me escapado, pues por dos noches, al salir al corral pa trair leña, me lo encontré allí y quiso echarme mano; pero lo amenacé con gritar y se fué; pero la otra noche cuando el amo me mandó a llevarle la cena a tío Manuel, como él estaba en la mesa cenando con ustedes y lo uyó, me fué a esperar al camino, pero llevó con que alumbrarse. Ya ve, ama ¡por Dios! que este hombre no conviene pa la niña, que la hará tragar muchas jieles, y como veyo que ni el amo

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

ni la amita me uyen, sino que están cieguitos, por esto lloro, *porque no quieren uir lo que les digo.*

Señora Rita oía todo lo que Blasa le decía sin interrumpirla; y si la claridad que se desprendía del fogón hubiera sido más viva observaríase en ella variar de color cuatro o cinco veces en lo que Blasa estuvo hablando. Luego que esta concluyó sus lamentaciones, en silencio quedóse pensativa un buen rato, y al fin, dando un suspiro preguntó:

—¿Y por qué digiste que Dominguito llevó con que alumbrarse?

La interrogada dejó ver una sonrisa, y dijo:

—¿No vido el ama el *belgo* que le dí a Luisillo para que lo llevara a componer casa del Ganiguín?

—Sí.

—Pues mire, ama: esa fué la suerte de Dominguito, porque si según fué el *belgo* es una jorqueta, crea que le achaco la cabeza.

—Pero ¿qué fué?...Dilo.

—Mire, ama: yo fuí a lera como le dije, a llevarle la cena a tío Cureña, que mire ama, el pobre viejo no le come la comida de balde, porque él, como yó, estamos en el secreto de espiar a ese pillo, porque cho Manuel es el que me puso a mi al asecho, porque una noche del invierno pasado, el viejo estaba acostado en la cueva del montón de leña de chochos, y estaba dispierto y vido a uno que saltaba la paré de la huerta y que verdino no le ladró sino fué a jalagarlo, y conoció a Dominguito, y luego lo uyó silbar bajito, y a poco rato vido que abrían el ventanillo de la tronja y que la

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

amita jablaba con él jasta que la jizo llorar el muy sinvergüenza, y dispués quiso entrar y la amita se afligió más y él fué a rempujar la puerta de la cocina, pero yo le había echado el palo por el viento, que si no, el velitre entra; y la probe amita cerró el ventanillo y se fué corriendo llena de miedo.

Me dijo cho Manuel, que cuando se vido chasquiado se tiró por los pelos, echó más maldiciones que un condenado y luego díjome que acerrando los puños y mirando al ventanillo dijo furioso.—¡P..., tú cais, tu cais!

Ya ve, ama, si estaré asustada con la amita y con ese demonio—, y levantándose cogió un leño en llama, fué a la puerta de la cocina donde se encontraban y añadió:—ve, ama, ahora atranco la puerta con estos dos palos y este clavo.

Señora Rita, que había oido lívida la nueva revelación de María Blasa, al fin, repuesta de la impresión, objetóle:

—Pero aún no me has explicado lo de que llevó con que alumbrarse.

—Tiene razón, ama. Cuando una en el conversar pega la jebra...Bueno; fí a llevarle a tio Cureña la cena, como digo, y senteme a conversar con el viejo en lo que se la comía, porque le llevé un poco de potage, que hacía dos días que no comía cosa caliente, me dijo: mira, Mariya, mira: tu cuida bien hora, que yo con el cuido de lera no puedo.

Cuando acabó de cenar recogió el paño y el cesto, y entonces—toma—me dijo—, lleva pa casa ese bel-

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

go, que una de las señoritas, en el juego esta tarde le puso una pata ensimba y le partió la espigu.—Yo puse el peine del belgo en el cesto y con el palo en la mano vine pa casa, pero al llegar a la serventiya de tío Nicanor, sáleme uno y abrazándome pu atrás me dió un beso; jalo patrás, tiro el cesto, y forcejiando con él vídeme libre; con la rabia que tenía tírole un palo, y tuve tan buen acierto que le dí por ensimba de la oreja y se quedó atontado; tírole dos más, otro en la cabeza y otro en el brazo, y túmbolo en tierra; pero tio Cureña, que me había uyido, vino corriendo, y aunque yo quería matar aquel perro que ya lo había conocido, cho Manuel me encaminó pa casa y se lo llevó a lera pa labarle la sangre que le echaba un piquetillo que le jise en los cascos; pero el palo que le dí en el mollejo del brazo fué el más fuerte, y por eso el ama se lo vido colgado de un pañuelo porque lo tenía jinchado, y aunque él dijo que lo tumbó la yegua de tio Lucas, no fué sino del palo que le dí.

No dejó también de sonreirse la señora Rita, a pesar de lo preocupada que se hallaba por efecto de las revelaciones de María Blasa; pero observando que ya era muy entrada la madrugada, exclamó:—María Blasa, ya es tarde, Domingo está aliviado y me voy a recoger. Ahora sólo te digo que ya somos tres a vigilar y cuidar.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

LA SIEMBRA

Como las operaciones del campo las unas se suceden a las otras sin tregua ni descanso, en la casa de labranza de Domingo Díaz, no bien terminada la época de la recolección cuando sin desarmar las carretas ya comenzaba la de la conducción de los abonos a los terrenos con objeto de dar comienzo a los barbechos que preceden a la siembra.

A fines del mes de Septiembre dispuso Domingo Díaz comenzar esta labor en sus tierras, y no siéndole suficientes las carretas de su propiedad, habló a otros dos labradores de menor cuantía para que le ayudaran con las suyas a jornal, pues lo obscuro y encapotado del cielo hacíale presagiar que las aguas se adelantaban aquel año. Pronto todo para comenzarla, al atardecer, las nubes, cargadas de agua, deshiciéronse en abundante lluvia por más de tres horas, dejando la tierra esponjada porque con la reseca y lo agostada que estaba ni una sola gota había rehusado de sorber.

Este inesperado acontecimiento hizo al rico labrador cambiar de propósito, y en lugar de acarrear los

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

estiércoles el día señalado, determinó dedicarlo a arar con el fin de aprovechar tan buena sazón; más como tenía hablados a los dos carreteros, no queriendo perdieran su jornal, dispuso emplearlos en la arada; pero como el viejo Manuel Cureña estaba enfermo y no tenía con quien enviarles recado para que concurrieran al campo con los arados en lugar de las carretas, empezó a impacientarse y a ponerse de mal humor, lo cual, observado por Blasa, que era dispuesta y varonil, díjole:—Acuéstese el amo tranquilo que yo voy y les aviso. Dígame donde han de dir y quien son.

A la oferta de María Blasa mirola señora Rita, que aún no se había levantado de la mesa donde cenaban, pero la sirvienta, previniendo la negativa del ama anticipóse:—si señor; yo voy en cuanto fregue la losa y deje todo arreglado.

Señor Domingo, que ignoraba lo tratado entre su mujer y Blasa, agradeciendo a esta su oferta, dijo:—les dices que en lugar de la carreta traigan el arado, y que vayan a la suerte de la Hoya del Camello, que por allá comenzaremos.

—Pero amo, ¿dígame quienes son?

—Tienes razón, mujer: son, Domingo Clavellina y Manuel Cañizales.

—Bueno: váyase a dormir tranquilito que por avisarles no quedará.

Los esposos Díaz y su hija Angelica se retiraron a sus respectivas alcobas, interín María Blasa y la otra moza de servicio cenaron, fregaron la vasija y arreglaron el fogón y los hornillos, no sin antes haber llamado

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

a tío Manuel Cureña y hacerle cenar unas sopas y dejarlo acostado en una tarima de la cocina, como lugar más abrigado para el pobre viejo que había pillado un catarro que no lo dejaba resollar, para lo cual pusiéronle un cabezal y una trapera conque se cobijara, atenciones que el viejo rehusaba admitir.

Las dos sirvientas, luego que terminaron sus quehaceres, sentáronse en dos bancas, y Blasa empezó a rezar el Tercio, que recitaba muy despacio para que tío Cureña pudiera seguirla; pero como esto atrajera el sueño de la moza, Blasa mandóla se acostara, permiso que la muchacha tomó inmediatamente.

Cuando María Blasa terminó sus rezos, se levantó y dijo a tío Cureña:—mire, cho Manuel: yo voy ahora casa de Clavellina y tío Manuel Cañizales para avisarles de parte del amo que no traigan las carretas sino el arado y que vayan a la joya del camello. Vd. se queda aquí, que la cocina está más caliente que la choza; se abriga con esta trapera, y atranque bien la puerta cuando yo me vaya; y sienta lo que sintiere y llame el que llamare no abre jasta que no me conozca la voz. Y ahora, deme su manta que güelve a llover y no quiero mojarme.

Entre la cena, el trajín y el rezo ya eran más de las once cuando Blasa salía por la puerta de la cocina a la huerta. Pareciéndole aún pocas las precauciones tomadas, llamó al perro e hízolo entrar en la cocina, diciéndole como si el animal la entendiera—adrento, verdino, y cuidadito si cho Manuel se duerme.

María Blasa, provista de la manta de tío Cureña y de un regular garrote, emprendió la marcha en direc-

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

ción a la casa de Domingo Clavellina y comunicóle la contra orden de su amo; pero como le costara llamar un buen rato a fin de cumplir su cometido, pues en dicha casa todos dormían a pierna suelta, cuando llegó a la calle de la Hiedra sintió daban las doce en el reloj de los Remedios, que así llamaban aún a este Templo, porque todavía el pueblo no se había acostumbrado a designarlo por su nuevo título de Catedral.

Desde que entró en dicha calle, que la había tomado por la orilla de la laguna, con la claridad del astro de la noche pudo distinguir el bulto de un hombre bajo las ventanas de los graneros del Escribano D. Francisco Galgo, y en una de estas ventanas la silueta de una cabeza que asomaba a la calle. Como el que pelaba la pava hablara un poco en alta voz, María Blasa quiso conocerla y su corazón le dió un salto, posándosele una sombra en la frente.

A causa de caminar Blasa sin calzado y por la acera de la sombra lunar, ni el enamorado ni la dama se dieron cuenta de ella, que, parada en la puerta del Cañizales, pudo enterarse de lo que platicaban los tórtolos, no quedándole duda sobre la identidad de los mismos, quienes al sentir los golpes que la moza daba en la puerta, interrumpieron el arrullo amoroso cerrando la dama la ventana y el galán alejándose apresuradamente.

Cuando el labrador Cañizales acudió y se enteró de quien lo llamaba, abrió la puerta, invitó a Blasa a que entrara, encendió el candil e hízola sentar no sin decir sus bromas a la garrida mujer, quien llana y jovialmente contestábaselas, pues era amiga de Tomasa, la

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

esposa de Cañizales; ésta, desde el lecho donde estaba acostada con un chico de pecho, llamóla, y Blasa, con la confianza que con éllos tenía introdújose en la alcoba y sentóse luego que Manuel llevó el candil y lo colgó de un clavo que en la pared había, a cuya luz viéronse las caras, desempeñando la primera su cometido y el segundo dándose por notificado.

Pero como Manuel era chancero, al ver la facha de Blasa con su manta y garrote, díjole festivo:

—Diablo de Blasilla; si se que eres tú, salgo y te doy un leñazo. ¡Pues no trai la condenada su garrote y todo?

—¡Vaya que si lo traigo!; y mira, ¡ganas me dieron de empliarlo en ese espantajo que estaba bajo la ventana del Escribano!

—Conque ¿lo viste?—dijo Tomasa.

—¡Vaya que si lo vide, el muy sirvergüenza!

—Tienes razón, Blasa: ¡vaya un hombre desbocado! ¿Pero no dicen que lleva amores con la niña de tus amos?

—¿Quién dice eso?—exclamó María Blasa poniéndose en pie.—¡El que lo diga miente!

—Pues hija, todos lo dicen, y que es a gusto de primo Domingo y de seña Rita; y que el mismo Dominguito lo dice es muy cierto, porqué a mi me lo contó la vecina.

—¿Qué vecina?

—¡Quién ha de ser!, Jasintita la hija del Escribano, porque diciéndole yo: ¡pero niña!, ¿para qué lleva amores con ese hombre, que dicen está comprometido

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

con Angelica?—y élla me contestó con tan poca vergüenza: «sí, cierto es que lleva amores con ella, porque Peñafiel mismo me lo ha dicho; pero como el dice que un hombre debe tener todas las mujeres que pueda mantener... ¿Qué te parece, Blasa?

—¡Grandísima sinvergüenza!... conque ¿te dijo eso, Tomasa?

—Como lo oyes; yo sentada en la ventana y élla por la calle, y mi Manuel asentado en las gradas de la Cruz, que bien lo oyó y no me dejará mentir, ¿no es verdad, Manuel?

—Si, mujer, cierto es, pero dejen a cada uno en su casa y no murmureis.

—¡Cómo murmurar, caray! ¿Es acaso murmurar descubrir a un pillo y a una pellieja?—gritó irritada María Blasa.

—Bien, bien; entendevos vosotras; yo me voy a echar de comer a los güeis—; y Manuel salió de la alcoba dejando a las dos mujeres ensarzadas en el pellejo de Dominguito Peñafiel y en el de la hija del Escribano.

Cuando Manuel se fué, Tomasa se sentó en la cama arrebujándose la camisa con un sobretodo que se puso por los hombros, y dijo muy quedito a Blasa:

—Y lo peor es que tiene otra novia en la plaza de los Remedios, la sobrina de dueña Antonia Manzano, Cecilita, y yo creo que si ese pillo se casa es con ella, porque le están saquiando la casa a la pobre vieja, que ya no se da cuenta de nada.

—¿Qué dices, Tomasa?

—Lo que oyes, Blasa, lo que oyes. Mira: cuando se

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

murió mi comadre Miquela Cabrera la del Tanque abajo, yo y Manuel nos hallamos al espirar; y como cuando Dios se la llevó aquello fué un laverinto, porque a las dos hijas, Antonia y Rosalía, les dió un mal muy grande, yo no me atreví a venir, aunque tenía la casa sola y a Manuelillo en ella; pero mandé a mi Manuel y yo vine a cosa de las dos con un chiquito de un vecino; al llegar por la lonja de la Cameja, frente al Consulado, vimos un bulto bajo las ventanas de dueña Antonia, y cuando estábamos un poquito más arriba, la que estaba en la ventana le abajó con una soga un bulto que dejó caer; y como al llegar nosotros no tuvo tiempo de desatarlo, ni esconderlo, se puso furioso y trasito nosotros nos dijo: «¡fulano, esto faltaba... peineta... si me dan ganas de matar a estas pasiantinas de calle a deshoras!» Yo, hijita, me quedé temblando, y en cuanto lleguemos a la esquina el chiquillo y yo, nos echamos a correr. Pero lo conocí muy bien y creo que él también me conoció, porque una noche estaba yo en la ventana, que Manuel no había llegado del manchón, y oí le decía a la de ay enfrente: «créete, Jacinta, que un día le corto la cabeza a una pasiantina de noche si no se come la lengua» y esto era por mí.

—¡Jesús, Jesús, qué hombre mas malo! Me voy, me voy, Tomasa, que ya es muy tarde.

—¿Pero mujer, y te vas sola?... aguarda que Manuel va contigo, que ese pillo, si te vió entrar, es capaz de darte un susto.

—¡A mí, susto!... ya sabe él con quien va a dar, Tomasa. Créete, que si viene a mí, ¡lo mato!—enseñán-

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

dole a Tomasa un cuchillo que llevaba a la cintura. Deseguida tomó el garrote, abrió la puerta y se marchó.

A pesar de la mala noche que Blasa pasó, no por eso dejó de levantarse al siguiente día a la hora de costumbre y trabajar en sus ocupaciones cuotidianas.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

Se rompen las hostilidades

Después de los sendos tres palos que María Blasa había recetado al guapo de Dominguito Peñafiel, este estuvo tres días sin ir a la casa de sus padrinos, temeroso de que la agresora hubiera contado a los amos el lance; pero como encontrara en la calle al padrino, le hablara con la amabilidad de siempre y le demostrara interés por el estado del brazo que tenía en cabrestillo, entendió que ni Blasa ni el viejo Cureña habían dicho nada al amo, y esto animólo a visitar la casa de sus padrinos para seguir galanteando a Angelica.

De la visita sacó el pleno convencimiento de que de su tentativa amorosa para con María Blasa ni señora Rita ni Angelica sabían nada, y en esta seguridad siguió frecuentando la casa, según tenía por costumbre. Pero como a poco del *arrechucho* del cólico de señor Domingo notara que su madrina Rita no le demostraba el agrado de siempre, sino que por el contrario, lo trataba con sequedad, y que no dejaba sola a Angelica ni un segundo, *en su mucha sagacidad comprendió que su madrina* ya tenía el judío en el cuerpo, como decirse suele.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

Y no pareciéndole que el viejo Cureña fuera el del chisme, toda su ira reconcentróla en María Blasa, asechando la oportunidad de podérsela demostrar.

Como señora Rita se encontrara algo decaida e inapetente, su esposo Domingo Díaz, que a pesar de los años, la amaba con delirio, preocupado con el padecimiento de su costilla hizo la visitara el Dr. Saviñón, quien, entendiendo que en aquella buenísima mujer sólo había una causa moral que determinaba el decaimiento de fuerzas, recetóle paseos y distracción.

En cumplimiento del precepto facultativo, quieras que no, Domingo Díaz ordenó una comida en el campo a la cual llevó a su mujer y a su hija. Mas como la casa, por el trajín de la labranza no podía permanecer cerrada, Blasa quedó al cuidado de ella como la persona de confianza que podía desempeñar la momentánea ausencia de sus dueños.

Luego que los amos salieron a celebrar la comida, María Blasa, que tenía que sembrar unas coles en la huerta por pedirlo así el tiempo, para estar más descuidada atrancó la puerta de la calle, y ayudada del viejo Manuel, con su cesto lleno de colino empezó el plantío; pero a poco, unos golpes que daban en la puerta obligaróla a confiar la ocupación al tío Manuel Cureña y fué a ver quién llamaba con tanto brío.

Abierta la puerta encontróse con Peñafiel que de rondón habíase colado dentro de la sala, y como ella le dijera que los amos habían salido, él contestóle que ya lo sabía, pero que teniendo una cuenta que cobrarle por eso había venido.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

Blasa, que a más de su ánimo varonil contaba con la ayuda del verdino que tenía a su lado, pues el fiel perro no la abandonaba un momento cuando sola se encontraba en la casa, echóse a reir y con bien marcado sarcasmo replicóle:

—Si piensa que entodavía me debe algo, me alegro que haya venido para que verdino y yo lo cobremos.

Arrugó Peñafiel el entrecejo e hinchó la nariz, cosa que a Blasa no afectó en nada; sentóse ésta cerca de la puerta, y con toda calma hablóle de este modo:

—Ni yo tengo cuentas con usté ni usté conmigo, y como los amos no están aquí, jaga el favor de dirse que tengo que jacer en la huerta.

—¿Cómo irme?; esta casa es de mi padrino y aquí estoy lo que me da la gana.

—Si; la casa es de sus padrinos cuando ellos están en ella, pero ahora estoy yo y no me da a mi la gana de que esté usté, y así, ¡largo de aquí!

Levantóse Peñafiel airado y dispuesto a castigar a Blasa; pero esta, puesta en pie, serena y sin asustarse, sacó el cuchillo que tenía en la cintura, y le dijo:—¡atrévase si es guapo!—y como la acción de María Blasa fuera acompañada de los gruñidos de Verdino, contúvose Peñafiel, aunque sin deponer la ira que lo dominaba.

—Mira, animal: tu, contándole a madrina lo de Las Eras, me has puesto a mal con ella. Ten entendido, que si no quisistes ser mi querida, algún día lo serás de otros; no te figures que yo creo en honradeces d

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

mujeres: todas son iguales; tu estás defendiendo a Angelica, pero ten también entendido que esa será mía aunque de mi no quede pelo; y por último, te prevengo que como te pongas delante de mi camino, me he de vengar y te escacho como a una araña.

Fuera de si María Blasa, ciega, arrogante, abrió la puerta, y con mandato imperativo—¡salga, salga de aquí el muy sirvergüenza..., bandido!... ¡Cuénte que a mi no me da miedo el muy cobardón, que se dejó castigar de una mujer!... y agradezca a que la amita me tiene cortadas las manos y ni jablar puedo; pero guárdese de tocarla en un pelo, porque si tal llega a suceder, donde lo coja lo mato, ¡bandido!—y con los ojos en blanco por la ira, se llega a él, y sujetándolo por un brazo lo forzó a salir, pues a Peñafiel, aunque fuerte y vigoroso, infundióle miedo y respeto el aspecto de hiena de la furiosa mocetona, valiente por sí y por la ayuda del perrazo que, plantado delante de María Blasa parecía no esperaba más que la orden de acometer.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

Criada y ama

Esta borrascosa escena dejó el ánimo de María Blasa en tal estado de excitación que no le permitió acabar el plantío de colinos que tenía empezado, faena que ocupó al tío Cureña toda la tarde, pues aunque el viejo la había requerido para que le ayudara, la pobre mujer se disculpó con un dolorazo de cabeza que se le había levantado que la tenía enloquecida.

Cerca de las Oraciones llegaron los amos de su excursión; y como la señora Rita algo que se había distraido, y en la comida, haciendo un pequeño esfuerzo, parece que dominó el desgano, señor Domingo estaba muy contento, alegría de la cual también participaba Angelica, que tenía mucho amor a su buena madre. Esta, al llegar y encontrarse a María Blasa con un pañuelo arrollado a la cabeza y el rostro y los ojos encendidos, preocupóse bastante; pero como a la hora de la cena la dijera que estaba mejorada de la indisposición, tanto que les sirvió la mesa como lo tenía por costumbre, la bondadosa Rita, que consideraba mucho

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

a Blasa, mandóla se acostara pronto, ofreciéndose ella a presidir la faena de cocina hasta su terminación, cosa a la cual se opuso María Blasa y en un momento que tuvo oportuno, deslizó al oido de su ama la advertencia de que tenía que hablarla.

Preocupóse aún más en esta vez señora Rita por el misterio de María Blasa, y fingiendo enfado, manifestó, recobrando sus prerrogativas de ama, que ella mandaba en su casa y que en aquella noche sería la última que se recogería a dormir. Como todos conocían su enteresa de carácter, pues aunque buena más que el pan, cuando mandaba quería ser obedecida y sabía hacerse respetar, nadie se atrevió a chistarle, sino que cada mochuelo, según terminaba su cometido se iba retirando a su olivo, quedándose solamente en la cocina ama y criada, que de propósito fué retardando el fregado de la basija que se empleó en la cena.

Cuando Blasa terminó de secar el último plato y arregló el fogón cubriendo el rescoldo con la ceniza para que el fuego se conservara hasta el siguiente día, enjugóse las manos y se sentó en una banca que estaba frente a la esterada y ancha tarima donde se hallaba su ama, quien, no bien la vió ante ella preguntóla:

—Vamos a ver: ¿para qué me quieres?

María Blasa, después de exhalar un grande y hondo suspiro que le desahogó el pecho, tomóle una mano a Rita y mirándola con ojos llorosos--¡ay, ama de mi alma!—exclamó.—¡cuánto me duele disgustarla; pero bien sabe Dios que no tengo otro remedio!...

Asustada Rita con aquel preparativo, replicóla:

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

—Déjate, déjate de preludios; al grano, María!

—Bueno, pues seya—, y Blasa contóle todo lo que había visto y sabido la noche que fué a dar contra orden a Manuel Cañizales, y lo que con el ahijado le sucedió aquella tarde.

Luego que terminó preguntóle Rita:

—¿Y por qué no me habías dicho lo que supiste casa de Cañizales?

—¡Ay, ama, perdóneme!; yo no quise dicirle nada por no disgustarla.

Rita, que cuando estaba preocupada era harto seca y autoritaria, solamente objetó:

—Mal hecho, pero muy mal hecho; ya sabes que te dije que éramos tres a vigilar—y sin darle tiempo a que le hablara más añadió:—nada, vete a acostar que yo determinaré—, marchándose luego a su alcoba.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

Madre e hija

Al siguiente día, aunque bastante desfallecida por el insomnio que pasó en la noche, la señora Rita se levantó y dispuso las faenas de la casa. Cuando luego de terminado el almuerzo vió que su marido se marchó al campo, dirigióse al cuarto donde cocía, en el cual ya estaba Angelica ocupada en el bordado de una pechera de camisa que quería regalar a su padre en el día de su santo.

Sentóse señora Rita en su sillita baja, tomó una sábana de tela tejida en el país cuyos lienzos unía, y con la mayor naturalidad del mundo habló así:

—Hace ya dos o tres días que no veo a Dominguito; ¿sabes tu donde anda?

—No, madre, no lo sé.

—Tal vez estará ya ocupado en las diligencias de la boda.

—¡De la boda?—exclamó Angelica, que se puso roja como una amapola.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

—Si, ¿pues tú no sabes que lleva amores con Cecilia, la sobrina de doña Antonia Manzano?

Angelica, a quien lo dicho por su madre la había dejado estática, al oir esta última revelación dejó escapar de entre sus dedos la aguja de bordar, y sin poderse contener preguntó:

—¿Pero quien dice eso?

—Pues hija, todos; eso es público en la Ciudad.

De pálida que estaba entonces Angelica, tornóse lívida, turbósele la vista, y ya iba a caerse de la silla en que se hallaba sentada cuando su madre, que la miraba con fijeza, abalanzósele e impidió que cayera, diciéndola al mismo tiempo —¿pero qué te pasa? ¿qué tienes?—Por más que la preguntaba no obtenía contestación, pues había perdido el conocimiento, visto lo cual *dió un grito* llamando a *María Blasa*, que acudió, y entre las dos lleváronla a su cama donde la acostaron cuidadosamente. Aunque Blasa, llorando quería quedarse junto a Angelica, la orden de señora Rita hízola retirar, y cuando esta se quedó sola con su hija, aunque temblorosa desabrochóle el saco del cuerpo del vestido, y aflojándole el cordón del justillo y desciñéndole la cintura del atadijo de las enaguas dejó que el cuerpo de la joven se ensanchara cuanto lo pedía lo sofocado y anheloso de la respiración.

En efecto, las precauciones de señora Rita diéronle el resultado apetecido, porque libres los pulmones de la opresión del vestido, *infláronse* en una profunda inspiración, que al emitirla dió un suspirado ¡ay, Jesús¡,

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

y abriendo los ojos, al fijarlos en los de su madre echóse a llorar.

Señora Rita, aunque persuadida de lo que pasaba en el corazón de su hija, haciéndose la nueva, díjola:—¿Pero qué tienes, hija? ¿pero qué es esto?—al paso que la estrechaba entre sus brazos.

Angelica, toda afligida y colgada del cuello de su madre, al fin dijo—¡ay, madre, yo le quería!...

—¿Pero tu sabes si él te quería a tí?

—¡Si, madre, sí!; él me lo dijo muchas veces, y me quería, y estoy segura que me quiere. Eso, madre, deben ser conversaciones de la gente; créame, madre: Domingo no le ha dicho nada a padre porque tiene miedo de que padre le conteste que no, y a mi me ha dado vergüenza de decírselo a ustedes.

—¿Pero si yo no te he visto enamorar con Dominguito?

—Sí, madre, sí; yo le he hablado sin que ustedes lo supieran. ¡Perdóneme, madre!

—Pero hija ¿y por donde le hablabas?

—Por el ventanillo de la tronja, y Domingo de la huerta.

—Pero ¿y el perro?

—Verdino no le ladraba porque lo conocía.

—¡Angelica!, Domingo no te conviene; ¡olvídalo!, es un hombre libertino.

—¡Madre, por Dios!, no lo crea; eso deben ser conversaciones de la gente ruin.

—No, hija, no; créelo. Yo lo sé por gente que nos quiere mucho.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

—¡Madre, usted quiere que me muera! ¡Ay, Señor! ¡Hasta mi madre en contra mía creyendo a gente ruin y embustera!—y rompió de nuevo a llorar sin consuelo.

Afligióse también señora Rita, y pensando un poquillo, abrió la puerta de la alcoba y gritó:—¡María Blasa!...

—¡No madre, no llame a Blasa!

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

Madre, hija y criada

Al llamado presentóse María Blasa; mas como nada le decían, todo se le iba en dirigir los ojos de señora Rita a su hija y de esta a la madre, preguntando al fin:

—¿Pero no me llamó, ama?

—Sí si te llamé, pero no sé por donde empezar.—Quedóse pensativa, y luego habló:

—¿No me has dicho que Dominguito habla con la hija del Escribano Galgo?

—Si, señora, cierto es.

—¡Ay!, otra...—interrumpió Angelica abriendo los ojos, y añadió—¿pues no me dijo madre que la novia de Domingo es Cecilita, la sobrina de Dª. Antonia Manzano?

—Sí, eso también me lo ha dicho Blasa.

—¡Madre, madre!, eso son mentiras de Blasa, que está enamorada de Domingo, que él me lo ha dicho.

Señora Rita, al oir esto, fijó su severa mirada en María Blasa, la cual, pálida como la muerte, miró al ama y a su hija, y exhalando un ¡ay! muy bajo, como

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

si las fuerzas se le hubieran cortado, dejóse caer en una silla diciendo —¡qué gofetón, qué gofetón!—, pero al poco levantóse como si un resorte la hubiera despedido, y salió de la alcoba marchando a la cocina a continuar su acerbo llanto.

Madre e hija continuaron en la alcoba hablando y llorando, y como la hora de la comida se acercara, procuraron serenarse para que el esposo y padre no echara de ver lo pasado.

Comióse en la forma acostumbrada, mas como Domingo Díaz notara que María Blasa, contra la costumbre que tenía de entretenerlos en tanto les servía, no hablaba nada, preguntóle:—Pero ¿qué tienes tú hoy, que estás tan callada?

—Nada, amo; que estoy mala.

Aunque la contestación no satisfizo a señor Domingo, creyendo que aquella seriedad sería efecto de algún pleito que Rita la hiciera, no le dió importancia al asunto y levantándose se fué a dormir su acostumbrada siesta en tanto que comían los criados; después de lo cual volvióse al campo, de donde regresó al atardecer, cenando y acostándose seguidamente, como lo tenía por costumbre, sin temor de hacerlo con el estómago lleno, ajeno e ignorante aún de la borrasca que entre las mujeres de la casa se había producido.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

Desengaño

Señora Rita, cuando se encontraba buena de salud, era una de las personas que más tarde se acostaban en aquella casa, pues casi siempre acompañaba a Blasa en las últimas faenas, y luego de darle la bendición que con filial cariño le pedía la inclusera, íbanse a recoger.

Aquella noche quedóse Rita presidiendo el trajín; y aunque desde la mañana no había dirigido a María Blasa más palabras que las necesarias, cuando vió que esta tenía hecho el fregado de la vajilla, la ordeno que no se acostara que iban a rezar, lo cual hicieron en la cocina, sentada Rita, de rosario en mano, en la tarima, y Blasa en una banca, sin que el largo recitado de los quince misterios, que son el completo de aquel, trajera el sueño a los ojos de estas dos preocupadas mujeres.

Terminado el rezo repitióle Rita a María Blasa que no se acostara; se fué al interior de la casa y a poco apareció con dos mantas plegadas de señor Domingo,

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

abrigos insustituibles en las faenas del campo; dióle la más nueva a Blasa mandándola se la pusiera, haciendo ella lo mismo con la otra más usada y por lo tanto menos pesada y abrumadora, encendió la candileja de un farol de mano, en la lumbre del fogón, entregándoselo a su sirvienta díjola —¡vamos!

Las dos mujeres salieron a la huerta, entornaron la puerta, y dirigiéndose señora Rita a la choza del tio Cureña *lo llamó, le encargó no dejara que el verdino* las siguiera y que cuidara de la puerta de la cocina, que quedaba abierta, y sin decir más encaminóse, seguida de María Blasa, por la vereda en dirección al portillo que daba salida al camino de las Pedreras de San Agustín, dejando al pobre viejo Manuel con la boca abierta admirado de ver al ama en aquel traje, y más que todo, de salir de la casa a aquella hora.

Cuando llegó al camino, con la misma sequedad nerviosa ordenó a Blasa marchara delante con el farol, y al llegar al Juego de los Bolos torció sobre la izquierda y mandóla lo escondiera bajo la manta, entrando luego por la calle de la Hiedra en dirección a la casa de Manuel Cañizales, recogiéndose cautelosamente por la sombra que proyectaba la luna en la acera de la izquierda; adelantando algo el paso, al subir el pequeño recuesto que comenzaba dicha calle, pudo divisar en la acera del Escribano el bulto de una persona que hablaba con otra que recatada sacaba la cabeza por una de las ventanas del granero.

Aunque los enamorados cesaron de hablar al sentir y ver a las dos mujeres que pasaron de largo estas

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

reconocieron en aquel hombre la persona de Domingo Peñafiel, no obstante lo que procuró embozarse en su capote.

Llegadas a la esquina de la calle del Remojo, señora Rita penetró en ella volviendo a tomar la orilla de la Laguna, seguida siempre de María Blasa, a quien su ama no decía palabra alguna; siguieron por las afueras en dirección a San Francisco por cuyos pórticos entraron prosternándose Rita ante la puerta del Templo, que estaba cerrada en aquella hora, permaneciendo allí de rodillas un buen rato, donde, desde que llegó y como si esperara este momento, comenzó a gemir en amargo llanto, hasta que, cansada de estar arrodillada se sentó en la gradilla de la puerta sin que cesara en su aflicción.

Blasa, que la había acompañado en la misma posición en lo que estuvo de rodillas, en el momento que la vió moverse para sentarse, creyendo se quería retirar ya, púsose en pie; pero observando que se sentaba y continuaba en su llanto, arrimóse a la jamba de la puerta sin decir palabra ni derramar una lágrima, pues sus ojos secos y ardientes sólo despedían fuego.

Más de una hora permaneció Rita sentada en la puerta de la Iglesia y Blasa a su lado. Al fin levantóse y siempre con expresión seca—¡calle del Pino abajo!—dijo a Blasa, quien se colocó delante haciendo lucir con la claridad del farol en la penumbra de la noche el piso de la calle harto escabroso por los altos y bajos del empedrado. Poco antes de llegar a la calle de Moya la voz de Rita se dejó oir nuevamente diciendo—¡dobla a la derecha y guarda el farol!

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

La obscuridad era entonces algo densa porque la luna ya se había puesto.

Como señora Rita, al pasar por la casa de doña Antonia Manzano no viera a nadie, dió un suspiro y a media voz murmuró—¡quien sabe!—, expresión que pudo oir María Blasa que iba a su lado en este momento. Pero cuando llegaron a la esquina de Casalón, señora Rita, que marchaba con la cabeza baja ensimismada en sus tristes pensamientos, tropezó con un hombre que plantado allí se hallaba y que no habían visto por estar su sombra embutida en la de la faja de negruzca cantería de la esquina. Al darse el empellón, señora Rita dió un grito, y el atropellado, vomitando un taco, dijo—¡¡animal!!, ¿no puede abrir el ojo?—, a lo que señora Rita ya iba a contestar, pero Blasa, sin pronunciar palabra, con las grandes fuerzas que tenía agarróla por un brazo y la llevó en vilo calle arriba sin que el sucedido tuviera otras consecuencias. Así como a los veinte pasos, Rita, que temblaba cual vara agitada por el viento, exclamó—¡suéltame, suéltame!—, y apoyándose en la pared dió un prolongado suspiro. Al poco, como si despertara de un sueño, añadió—¡todo es cierto, todo!

Y para que aún no le quedara duda sintió los pasos de aquel hombre que se alejaba, que como el lector entenderá no era otro que Domingo Peñafiel, el cual se paró bajo una de las ventanas de doña Antonia Manzano; pues aunque la noche estaba obscura, distinguíase bien la silueta de él sobre el blanco fondo de la pared, dándole completa certidumbre el ruido del cuchi-

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

cheo que sostenía con la persona que estaba asomada.

Señora Rita, cada vez más temblorosa y afectada, sintiéndose desfallecida, pidióle el brazo a Blasa; y ésta, callada, sin hablar palabra, creyendo sería mejor abrazarla por la cintura, así lo hizo, llevándola, casi suspendida, por las calles del Olivo, San Agustín y Juego de los Bolos adelante, hasta la parte trasera de la casa, por cuya cocina entraron ambas rendidas y cansadas: el ama, por el desfallecimiento que sentía, y la criada por efecto del esfuerzo que para ayudarla había hecho.

Al siguiente día, señora Rita no pudo dejar el lecho y en él permaneció algunos más, hasta que repuesta, debido a los cuidados de Angelica, al fin pudo abandonarlo no sin que se le notara un gran desaliento para todo. María Blasa continuó en sus diarias faenas, pero no dejaba de hacer ostensible, con su obstinado silencio, el mal humor que la dominaba y que no procuraba disimular mientras no sentía en la casa al amo Domingo Díaz.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

Explicaciones y desilusión

Algo repuesta ya Sra. Rita, aprovechando un rato en que su esposo no estaba en la casa, llamó a su hija al cuartito donde cosían, y sentadas ambas en sus taburetes, díjola:

—Mira, Angelica, no te vayas a creer que la enfermedad que he padecido tiene otra causa que tus amores con Domingo Peñafiel, y no por él sino por tí, que eres mi hija.

—¡Pero madre!, ¿y qué le he hecho yo?

—No, hija, tu nada me has hecho, porque el que quieras a un hombre que te ha atontado con su labia, de ello no tienes tu la culpa; la culpa, si la hay, es mía y de tu padre que lo creimos un hombre honrado y agradecido, y no es más que un pillo sin corazón ni sentimientos.

—¡Jesús, madre! ¿También usted cree eso de Domingo? ¡Aseguro a que son cosas de Blasa!

—No, hija, no son cosas de Blasa; esa es otra infamia de ese hombre, que te quiere hacer odiosa a la mujer que más te ama después de tu madre, y a quien

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

en ley de Dios debes pedirla perdón por el mal juicio que haces de ella. Yo no creo sino lo que veo y mis ojos no me han engañado.

—Pero y usted ¿qué ha visto?

—Mira, aunque tengo en María Blasa toda la confianza que se puede tener en una persona, el amor que te profeso me hizo desconfiar de la honradez de esa más que perro fiel, porque por más que poseo la prueba de que despreció a Juan Cruz y a Juan Evangelista, que los dos querían casarse con ella, al fin es mujer y podía caer en debilidad; y creyendo y dudando a un tiempo, para salir del infierno en que tenía mi cabeza, la noche del día en que te pusiste mala, a las once me fuí con Blasa, y abrigadas en nuestras mantas, pasamos por la calle del Escribano y lo ví y oí hablando con aquella loca; marchamos luego a San Francisco, y allí, en la puerta del Señor lloré, pero lloré mucho, primero por tí, porque ese pillo te engaña miserablemente, y después por lo ruin que yo había sido al desconfiar de Blasa. Más tarde, dadas ya las doce, bajé por la calle del Pino, y por casa de la Cameja salí a la Plaza de los Remedios; y cuando no ví a nadie bajo las ventanas de doña Antonia Manzano, algo como que me entró una esperanza; pero hija, al llegar a la esquina de Cazalón dí un tropiezo con él porque no lo veí en la obscuridad, y por poco no me pega el muy desbocado, de lo furioso que se puso. Yo no chisté ni Blasa tampoco.

—Después lo sentí marcharse, y al volverme para

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

observar, ya estaba bajo las ventanas de doña Antonia hablando con Cecilita.

Callóse un momento la atribulada mujer y luego preguntó: —¿crées a tu madre?—, y quedóse mirando fijamente a su hija, que, pálida, con una palidez cadavérica, no hablaba palabra alguna, pero que con los ojos quería penetrar hasta lo interior del pecho de su bondadosa y amada madre.

Al poco rato, Angelica se levantó, y abalanzándose a señora Rita, que se había también puesto en pie, arrojóse en sus brazos y sin derramar una sola lágrima—¡madre!—la dijo—, no hay que disgustarse... todo se concluyó; que padre no sepa nada...Domingo es un perverso. Dios le perdone el mal que me ha hecho y le pague a usted, madre, que me lo ha dado a conocer. ¡Que ruin sería yo si no le supiera agradecer el que me haya librado de este daño, madre mía!

Angelica abrió luego la puerta y gritó—¡María Blasa, ven acá!

Esta, enjugándose las manos en el delantal, se presentó ante ellas seria y grave, como hacía días estaba:

—¿Pa qué me quiere, niña?—preguntó al momento.

Angelica se acercó a ella, y poniéndole las manos en los hombros, con voz temblorosa la dijo:

—María Blasa... te llamo para decirte que estaba ciega...pero el Señor y madre me han hecho la caridad de quitarme la venda. Mal aconsejada te ofendí, María...—Entonces se le colgó del cuello y sollozando y

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

al oido—¿no es verdad que me perdonas?...—besándola en tanto con gran cariño y efusivamente.

María Blasa que no estaba preparada para este ataque y menos para las armas empleadas, estrechó a Angelica contra su pecho y rompió a llorar como una niña; y aquella fornida mocetona desmayóse en sus energías como un trapo, y de puro quebrantada que estaba, temiendo dar con el cuerpo en tierra, dejóse caer sobre una silla, cosa que también hicieron Rita y Angelica, todas tres desahogando en lágrimas sus respectivas penas, permaneciendo así un buen rato, hasta que Blasa, más animosa y fuerte, se levantó, besó a Angelica en la frente y en la mano a su ama, y rompiendo aquel sentimental silencio dijo:—Aquí no ha pasado nada; todos a vivir. Tu, hijita, (era la primera vez que llamaba así a Angelica) no te entristezcas; los hombres honrados no se han acabado, y más vale uno feyo y formal que un sinvergüenza petrimetre. Yo no sabré jacer las cosas finas, pero sabré cuidarte como hasta aquí—, y como si lo que acababa de decir la hubiera puesto en movimiento la última celdilla del órgano del querer, tomó casi en vilo a Angelica y la estrechaba y besaba con frenesí al mismo tiempo que repetía—sí, sí; a vivir y a ponerte rozagante, que ya quisiera el muy sinvergüenza el verte triste. Cuidadito con que yo te veya amortiguada; cantando y tocando *una vigüela es como te quiero, que mire el muy ladrón* que le damos gracias al Señor con fiestas porque nos ha librado de la pestilencia del muy jambrón.—Volvióse luego a seña Rita y continuó—y vusté ama, ya

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

puede ponerse güena, que yo me feguro que ese padrino santo que vuste tuvo y del que me ha contado tantas cosas, desde el Cielo vigileya su casa; porque mire que era traidor este satanás que se nos metió por la puerta.

Paróse Blasa creyendo que sus palabras habrían puesto término a aquella escena de lágrimas, mas como observara que señora Rita continuaba llorando, dejó a Angelica, y colocada de rodillas ante el ama la tomó las manos, besándoselas, e increpóla cariñosamente—¡güá, madrina!... ¿qué es eso? A Dios las gracias, naidie se ha muerto, y amás es tiempo de riyir y no de lagrimeyo.

—No Blasa; yo no lloro de pena sino de agradecimiento a Dios Nuestro Señor, a la Vírgen y a Padrino y además de dolor...

Quedóse Blasa algo suspensa al oir las últimas palabras de su ama, y luego añadió: —eso si que no lo percato, porque yo, cuando me jallo agradecida, me pongo contenta como unas Pascuas y maldito el dolor que se me pega...

—Pues ¿quieres saber por qué es mi dolor?...porque te ofendí, Blasa, porque pensé mal de tí.

—¡Ay, madrina!...¿y por eso llora?...

Ama, no seya bobita! ¿Vusté no ve a Verdino que débala o no la deba, cuando yo lo castigo siempre viene a lamerme, porque sabe que le pego de cariño?... pues yo soy lo mesmo.

Aunque señora Rita sabía lo agradecida y fiel que era aquella criatura, nunca creyó llegara a tanto e

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

amor que las tuviera, porque no se había presentado el momento de poderlo apreciar; pero en esta ocasión pudo comprender cuanta era la abnegación de esta mujerona de rústica corteza. Enternecida por las francas y nobles expontaneidades de Blasa, como la tenía de rrodillas ante ella fácil le fué abrazarla y besarla cuanto su bondadoso y agradecido corazón lo pedía. Luego de mirarla unos momentos con maternal cariño la dijo:—Hasta hoy no sabía yo, Blasa, lo mucho que nos querías—; puestas ambas en pie continuaron abrazadas, y entonces Angelica, al verlas en aquella situación, instintivamente unióse a ellas, mezclando sus lágrimas con las de su madre y de su sirvienta, formando las tres un simpático y hermoso grupo, cuyo lazo de unión y cohesión sólo el Dios de las Alturas podía apreciar en su verdadero valor.

Blasa, que se ahogaba por efecto de la emoción de dicha que experimentaba, para distraer algo a su ama, con toda suavidad, en un esfuerzo sentó a señora Rita y a Angelica en sus respectivas sillas, y después de secarse los ojos y tomar resuello en un prolongado suspiro, habló de esta manera:

—¡Muy güeno debió ser su Padrino, ama! Si vusté supiera que no me amaño a rezarle como a un muerto.

—¿Entonces, cómo le rezas, mujer?—, le replicó señora Rita sonriéndose.

—Pues a un decir, a otros muertos les rezó yo como si les jiciera una regalía o una limosna; pero a su Padrino no; más bien me parece que lo jago pa quel me dé algo a mi.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

—¿Entonces le rezas como a un Santo?

—*No; talmente como a un santo, no; es decir,* le rezo con un aquel como si no estuviera muerto y él me pudiera jacer un favor si yo se lo pidiera.

—Ya, ya te entiendo, mujer. Padrino era todo un *santo, y si favores le debí mientras vivió, muchos* le debo después que el Señor se lo llevó, y si no que lo diga el que acaba de hacerme a la hija de mis entrañas...—y aquí comenzó de nuevo a llorar y jimotear.

—¡Güa!... ¡ya *no se llora más!*—, exclamó María Blasa—; ¡pues yo se lo dije pa que se alegrara!...

Gritando «¡Jesús, si la comida se me pega»!, salió Blasa del cuarto de la costura, dirigiéndose apresuradamente a la cocina.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

Despéjase el horizonte

A los dos días de acaecidos los sucesos que narrados quedan al final del anterior capítulo, a la hora de la comida presentóse Domingo Peñafiel en la casa de sus padrinos en el momento en que estos y su hija Angelica se sentaban a la mesa; y aunque señor Domingo, como siempre, lo invitó a que les hiciera compañía, no le pasó desapercibido que ni señora Rita ni Angelica lo convidaran a que tomara alguna cosa, según ellas también acostumbraban hacer con este huésped; mas Peñafiel no le dió importancia al caso creyendo fuera aquella falta efecto de una distracción

Concluída la comida y después del obligado rezo, señor Domingo dijo:—muchachos, quedaos por ahí que me voy a echar la siesta.

Al poco rato salió también señora Rita, y cuando Peñafiel creyó que Angelica se quedaría en la mesa para darle conversación, a presencia de los criados que comían en la suya, vió con asombro que aquella, seria y ceremoniosa, se fué en dirección a sus habitaciones, despidiéndose con un grave y seco ¡Adiós!

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

Contrariado en extremo y no queriendo dar su brazo a torcer, Domingo quedóse en la gran cocina hablando con los criados y peones que ayantaban, según ellos decían. Cuando estos fueron desfilando y sólo quedaron Blasa y la otra criada, dirigiéndose a esta última preguntó Peñafiel:

—¿Sabrásme decir, Rosalía, lo que pasa en esta casa?

Antes que la chica contestara, Blasa, cuya ira no pudo contener, le dijo:

—¡Que los que no son honrados están de más en ella!

—Eso el que no lo sea...

—¡Pues como usté no lo es, con usté va el cuento, señor gallo cantador!

—Yo no hablo contigo, Blasa, y sábete que eres muy mal criada cuando te metes donde no te llaman.

—Aquí no hay quien conteste más que yo. V. puede irse cuando guste, porque todo se sabe; váyase a casa del Escribano o a la Plaza de los Remedios, que aquí no hay ya gente a quien engañar con mieles y embusterías.

Ciego por la ira se levantó Peñafiel para acometer a Blasa, pero ésta echó mano al hachuela de la cocina, y despidiendo furor por sus ojos esperó bravia la acometida; mas como la otra sirvienta comenzara a dar voces, Peñafiel retrocedió y se contentó con amenazar con los puños cerrados a María Blasa, marchándose por la sala en busca de la puerta de la calle, maldiciendo en baja voz al cancerbero que se interponía entre él y Angelica.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

El tiempo estaba apacible y la temperatura deliciosa, pues un hermoso y límpido sol de Enero iluminaba los campos de La Laguna que ya se encontraban adornados de exuberante vegetación en sus sembrados.

Peñafiel, cuya ira le cegaba y que la cabeza habíasele encendido por el acaloramiento, para refrescar la mollera y planear la venganza que su ardiente rabia pedía para María Blasa, aprovechando la esplendidez del día dirigió sus pasos hacia Las Gabias, tomando el camino de Las Eras arriba. Cuando llegó al altosano donde comienza la subida del mismo, paróse para tomar resuello y no pudo menos que fijar la vista en la dilatada y fertil llanura de la Vega, cuyas suertes y trazos se dibujaban perfectamente tanto por los distintos tonos de verdura de los sembrados cuanto por las hormas de paredes de piedra seca que los deslindaban de los caminos y de los terrenos colindantes, pues aunque hacía pocos años que se había repartido el extenso prado comunal, la actividad de los nuevos propietarios hizo que en poco tiempo sacaran a la vida de producción el antiguo y erial llano de La Laguna, que sólo para pastar ganados dejaran los fundadores de la Ciudad a las mismas puertas del poblado; claro indicio del abolengo legislativo castellano, de donde arrancaron los conquistadores y pobladores de Tenerife que sacrificaban en aras de la comodidad e indolencia proverbiales las bellezas de la estética y las fuentes de la riqueza y de la abundancia, dejando eriales los contornos de las poblaciones, como si aún esperaran las talas y las algaradas de los moriscos.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

Como a Domingo Peñafiel, entre las pútridas fiebres en que se le abrazaba el alma contábase la de la ambición, al ver aquel esplendoroso panorama no pudo menos que admirarlo, y dando tregua a los proyectos de venganza que por allí lo llevaran, viósele dibujar en el semblante una sonrisa de satisfacción, entenebreciéndoselo luego la sombra de la codicia que le descubría el gran desconsuelo que sentía al contemplar tanta riqueza agrícola como se extendía a sus plantas. Suspiró fuertemente, y sentado en una piedra, siempre con la vista extendida en la hermosa Vega, musitó el siguiente monólogo:

—¡Cáscaras, qué tarde llegué a esta maldecida Ciudad!... ¡Sí: si yo hubiera llegado a tiempo, de seguro saco una gran tajada y no se reparte entre tanto bruto que no hace otra cosa que deshuesarse sobre cada terrón!...¡Vaya al Diablo con la hora tardía en que nací!... ¡Cuidado que está hermoso el campo este año, y cuidado que será aún más hermoso y bonito de aquí a treinta o cuarenta años cuando el arbolado crezca y se fabriquen casitas en todo eso!... Vaya, que los viejos estaban unos marranos!... Pero... no haya cuidado; yo no he de morir pelado, no; para pelado bastó con mi padre... Cómo me haré rico, yo no lo sé, pero que hago la diligencia..., ¡vaya que si la hago!...

...¡Pues no se me pasaba esa... de Blasa!... ¡No; tengo que vengarme de ella, porque no cabe duda que esa p... es la que me ha soliviantado a la palomita de Angelica y a la santularia de mi madrina! Esto ya está perdido, pero... ¡ó de mi no queda pelo... o esa...—

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

aquí, Peñafiel, irguióse y con los puños cerrados y en actitud fiera y amenazadora, miraba con ira los tejados y la huerta de Domingo Díaz que desde el sitio donde aquel se hallaba se dominaban perfectamente—o esa... se acuerda de mí para lo que le dure el resuello!...

Luego, con la vista extraviada y en el paroxismo de la rabia, diabólicamente, como si hablara con alguien invisible, exclamó:

—¡Oye, tú, el de los cuernos y rabo!: ¿no dicen que tu ayudas a los que quieren vengarse?... pues ¡ea!, ven y ayúdame, que yo seré tu amigo como me vengues!

Entonces, como si la ira lo hubiera enajenado y quebrantado, se dejó caer en el asiento, pálido, alelado y fuera de si.

Cuando unos peones que de retorno a sus casas por allí pasaron y a fuerza de sacudidas lograron despertarle de aquel accidente, encontróse con que atardecía sin poderse dar cuenta de lo que le había sucedido, pues nada le dolia en su cuerpo; al fin despabilado ya, con aquella buena gente regresó a la Ciudad, aunque poco comunicativo y dicharachero para lo que era su carácter.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

Miedo y cinismo

Angelica, que había escuchado la disputa entre Peñafiel y Blasa, cuando sintió que aquel se había marchado se acercó a la puerta de la cocina, llamó a la valiente mocetona, se la llevó a su cuarto, y toda temblorosa la dijo:

—¡Ay, Blasa, si Domingo te castiga!

—No, niña; ¡qué me había de castigar! Créame que si llega a dar un paso derecho a mí, con la jacha de la teya ¡le parto la cabeza!

—¡Jesús, Dios mío!, ¿y te atreverías, para que te llevaran a la cárcel?

—La cárcel, niña, no se jizo pa burros, y como de dir no diría por ladrona ni por puya, ni por borracha, ni por alcagüeta, sino por matar a un pillo bandido sinvergüenza, eso no afrenta, amita.

—Pero si te llevaran a la cárcel me moría de pena, pues sé que era por mi causa.

Enternecióse Blasa al oir esto, y abrazando con todas sus fuerzas a Angelica, en un arrebato de que-

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

rer: no tengas cuidado niña,—la dijo—, que si me ajorcan, yo no valgo nada; lo que yo no quiero es que me la toquen ni en un pelo—, colmándola de locos y frenéticos besos en la frente y en las mejillas.

Asustada Angelica porque con el instinto de mujer comprendió todo lo que Blasa sería capaz de hacer en su defensa, se apresuró a advertirle:—pues porque sé lo mucho que me quieres, si es verdad, yo te mando que nunca más te pongas con Domingo ni le digas nada.

Blasa reflexionó un instante y le dijo:

—Si la amita lo quiere, ¡seya!

—Sí, Blasa, por Dios; yo lo quiero para que padre no sepa nada, que si él lo llega a saber tendrá un disgusto, y tu sabes que todos nos miramos en padre.

—Tiene razón, niña: el amo no debe saber nada. Pierda cuidado que más que yo coma de mis tripas no le diré nada a ese pillo.

Como si Peñafiel hubiera adivinado el empeño de las mujeres de la casa de Domingo Díaz en ocultar a este lo ocurrido, se propuso mortificarlas y al siguiente día, a la hora de la comida volvió a casa de sus padrinos so pretexto de tomar parecer con Díaz sobre la cobranza de los tributos del Marqués de Bélgida, de los cuales le habían encargado y pensaba sacar un gran negocio.

Con la charla del ahijado perdió el padrino la siesta; y como Peñafiel manifestara la necesidad de un hombre de poder y valor que le acompañara para intimidar a los censatarios, señor Domingo le dijo:

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

—Pues si quieres eso, te recomiendo a Juan Cruz; le das un cuartillo de vino y luego que esté alumbrado ya tienes hombre para todo lo que se te ofrezca.

—¿Y él querra ir conmigo, padrino?

—Creo que sí, pero ahora lo sabremos de fijo—, y llamando al tio Cureña que andaba por la cocina, le ordenó:—tío Manuel, vaya a dar con Juan Cruz, que debe estar en la casa, y dígale que venga acá—, volviendo a la conversación con el ahijado:

—Pero eso ¿te dará algo de provecho?

—Vaya que sí, padrino; son cien fanegadas de trigo de tributo al año, pagadas por muchos; y si bien algunos tienen al corriente su prorrata, otros deben diez y hasta veinte años. De lo corriente me dan la cuarta parte de la cobranza, y de los atrasos la mitad, aunque los gastos de justicia son de mi cuenta; mas como lo que deben pica de ochocientas fanegas, yo quisiera que sin Justicia me las pagaran, y para eso quiero llevar uno que les meta miedo, pues sé que hay más de un par, los Rojas, los Perianes y otros, que dicen que al que les llegue a cobrar se la cobran ellos en costillas.

—Vamos, ya te entiendo: tu quieres llevar un perro de dos patas que enseñarles para que sepan que tienes quien te guarde la espalda.

—Ciertamente, esa es mi intención.

—Pues mira, Juan es muy apropósito para eso, pero ponle collar y no le sueltes la cadena de la mano porque te puede dar un disgusto.

En esto se presentó Juan Cruz, diciendo:

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

—Santas y buenas tardes nos dé Dios, señor Domingo y la compaña; aquí estoy a su llamado.

—¡Oh! Juan; ante todas cosas saluda a la botella—, exclamó señor Domingo; quien en un vaso que le trajo Rosalía, la sirvienta, escancióle de la del vino hasta rebosarlo, añadiendo:—yo no sé si tu lo bebes.

—¡Las cosas del amo, que no sabe si yo bebo vino! El amo lo que no sabe es si me beberé un barril porque nunca ha jecho el espermento; pero una botija si sabe que me la pongo drento del payo.

—Sí, ya sé que te la bebes, pero ten cuidado, Juan, ten cuidado.

—Yo, amo, sabe qué no le quito un maldecido cuarto a mi Grigoria pa beberlo.

¿Qué culpa tengo yo de que me lo den? Me gusta, y por verme beber me lo dan, ¡pues que lo paguen y no pierdan las mañas!

—Bueno, hombre, dejemos esto, Domingo necesita uno que le acompañe a cobrar unos tributos de trigo; como tu tienes una buena burra que lleva muy bien un par de fanegas, si quieres acompañarle, el trato es este: tu, dos riales plata de jornal, otros dos por la burra, y comido; ¿te gusta?

—Lo que el amo diga bien dicho está, que pa la borrica no faltará quien dé un puño de paja.

—No, que la burra tiene su almud de cebada— interrumpió Peñafiel.

—¡Güá, señor Dominguito!, si es ansina jaga porque dure toda la vida,

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

—Bien, pues convenido; mañana a las seis estás en la puerta de casa.

Padrino y ahijado continuaron algún tiempo más, en su charla, abandonando ambos la casa del Díaz, pues este dijo tenía que salir a unas diligencias propias.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

La lumbre de Satanás

A la mañana siguiente, Domingo Peñafiel, caballero en un jaco bien dispuesto, y Juan Cruz escarranchado en su burra, que era fuertísima, pues soportaba su gran humanidad, a lo don Quijote y Sancho iban por el camino de la Orotava en dirección a los bajos de Tacoronte donde tenían que hacer la cobranza, departiendo amigablemente, el escudero dando razón al amo de quienes eran los propietarios de las suertes de tierra por que iban pasando.

Al llegar a San Lázaro, viendo Peñafiel que Juan Cruz, sacando pelotas de gofio de un zurrón que a prevención llevaba engullíaselas cual menudas avellanas, en un ventorro de chochos y moscas que estaba situado por arriba de la Ermita apeóse, pidió un cuartillo de vino que en aquella época sólo valía cuatro cuartos, y tomando de él una copa ofrecióle el resto a su acompañante, quien, no haciéndose de rogar, por la misma medida que la ventera lo sirvió y sin tomar resuello mandólo a dar con el gofio embaulado, restregándose los labios con el dorso de la mano y dando luego las gracias como última ceremonia.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

Vueltos a montar en sus respectivas cabalgaduras, al poco trecho habló Juan Cruz:

—Mire, señor Dominguito, mire que hermosas están las coles del amo en esa joya; a güena fe, que ella es de lo güeno del Rodeyo y que está estiercolada que da gusto; pero también le jiso mucho la mano de Blasa que las plantó, porque mano la de Blasa pa plantar, ¡carayta!... ¡vaya mujer que se me escapó!

—¿Pero Blasa fué novia tuya?

—Como novia tal, nó, pues si digo otra cosa mentiriya; pero... vamos, que yo le tenía echado el ojo y que me gustaba como unas mieles.

—¿Y por que no te casastes con ella?

—¡Güa!... porque la muy puya no me quiso:

—¿Que no te quiso?

—Cómo mesmito ustê lo uye, señor Dominguito.

—Entonces es que queria a atro.

—Eso sí que no, porque Juan Evangelista que es hermano de leche de ella, también le jabló pa casarse, delantre los amos, y como a mí lo mandó a frir espárragos.

—Pues entonces está amachinada con alguien.

—No señor, mi alma pa Dios; Blasa es de las mujeres formales si las hay. El ama la ha crivado con toda cristiandá.

—No seas animal, Juan. Créete que es formal porque no le han andado por el pie.

—¡Va! Las cosas suyas, señor Dominguito.

—Pero no seas borrico: si no se casó contigo fué porque no te dió la gana.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

—¡Puñales! ¿y qué jase un hombre cuando una mujer no lo quiere?

Pues, alma de cántaro, se la coje como a una cabra salvaje, y quieras que no... ¿entiendes, pedazo de bruto?

—Si entiendo, pero eso no lo jase nengún cristiano.

—¡Animal!, qué cristiano ni qué ocho cuartos. Yo tu, ni hoy se me escapaba, si me gustara.

—Como gustarme Blasa, hay que si me gusta, pero Dios me libre; soy hombre casado, y como vusté ve, a un decir, si yo jiciera una perrada a mi mujer no podría pagarle, y ¡puñales! Juan Cruz será un animal y se beberá una botija de vino, y si está borracho le romperá una costilla a otro, o los cascos si a mal no viene; pero en sus cabales no le jase mal a una *jormiga*, cuánto más a una criatura de Dios.

—Mira, cochino: lo que es yo, tomo todo lo que me gusta si me dejan, ¿entiendes?, y si no puedo pagar quedo a deber.

Como ya se acercaban a la casa de Pedro Casimiro, uno de los censatarios, cortaron la conversación y echaron pie a tierra.

Saludó Peñafiel alegremente al dueño de la casa mientras Juan Cruz ataba la burra y el caballo en una pared de piedra seca y les ponía las cebaderas. Cuando Domingo vió a Juan a su lado dijo al Casimiro:

—Pues vengo a darte un mal rato, porque soy el encargado de cobrar los tributos del Marqués; pero como te conozco y soy amigo no trato de atropellarte sino de salvarte.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

Casimiro, que de pronto había palidecido y lleno de ira arrugado el entrecejo, al oir las últimas frases algo que se tranquilizó y variando de actitud contestó.— Pues entremos.

Penetraron en la casa, pero como Juan Cruz se quedara fuera, Peñafiel díjole:—entra tú también—, y el gigante, cual si fuera un perro entró y se sentó sobre una caja que estaba cerca de la puerta; sacó su cigarrera, deslióla y cargando la cachimba prendióla fuego con la piedra y el eslabón, chupando con fuerza y largando humo como una chimenea.

Entre tanto, Peñafiel, sacando unos papeles examinolos y dijo:

—Casimiro: yo, si he tomado esta comisión, es porque no he podido menos, pues debo favores a la persona que me habló en nombre del Marqués. Además, ví que si esto lo tomaba otro mataba a medio Tacoronte, y yo, que amo a este pueblo, no quiero que lo perjudiquen, y por eso me hice cargo de esta cobranza.

Tu debes pagar todos los años una fanega y cuatro almudes de trigo; como no has abonado nada, con la última paga adeudas ya diez y ocho años completos que hacen veinte y cuatro fanegas. Si yo te las sacara te dejaba sin gofio y quizás sin semilla. Para evitar esto te propongo lo siguiente: me das dos fanegas y ocho almudes, que es la paga de dos años, y lo que restas yo lo pagaré por tí al Marqués; pero me haces un papel de lo que me quedas a deber para que me lo pagues en cinco años, en dinero, a razón de cinco pesos la fanega. ¿Qué te parece el trato?

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

Casimiro quedóse pensativo y al fin dijo:

—Me abonas dos almudes que llevé de más en la última paga, y lo que te quedo a deber no se ha de contar a razón de cinco pesos fanega sino a cuatro y dos riales, y estoy convenido.

—¿Pero tu estás loco, Casimiro? ¿Quieres que yo adelante por tí cuatro pesos limpios para que solamente me des dos reales? No, hombre, eso no; bastante favor te hago con adelantártelos y no ajusticiarte como me dice el Marqués.

—Bueno: pues no sean dos riales; que sean cuatro, pero a más ni un cuarto pago, y el que quiera cobrar que venga, que la escopeta entoavía está güena.

—No debiera aceptar, pero como te estimo, lo haremos así—, contestó Domingo, encargando a Casimiro que fuera a medir las dos fanegas y ocho almudes de trigo que pagaba en especie, y a Juan Cruz que le acompañara y las condujera en la burra a un granero que cerca del Calvario tenía alquilado y del cual le dió la llave.

Sacó luego un tintero y pluma que a prevención llevaba y se puso a escribir el documento de deber, el cual terminado lo firmaron con testigos que llamaron al efecto, guardándolo Peñafiel luego de echarle arenilla que proporcionó la parte baja del tintero de cuerno, que cerró y se guardó también con la pluma usada, despidiéndose de aquella familia satisfecha de la operación realizada, pues no echaron de ver que Peñafiel les dejaba clavado el anzuelo de la usura por el cual,

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

cuando quisiera, podía llamar a si los terrenillos que aquellos poseían.

Alegre Peñafiel por lo bien que le había salido el primer envite, montó en su caballejo, y seguido de Juan Cruz que ya había regresado de su mandado, dirigióse a otro de los principales censatarios, donde con la misma astucia y peripesia más o menos, sacó el mismo partido que en casa de Casimiro. Así pasaron el día, recogiéndose a la noche en la casa de la madre de Peñafiel, donde acomodaron las bestias y él quedóse en su cama durmiéndose pronto en sueños de felicidad y proyectos de grandeza, mientras Cruz roncaba en el pajero trasudando el vino que en el día había bebido, pues casi todos los censatarios acabaron por ofrecerles un brindis del que Peñafiel solamente tomaba el que podía probar en los labios, pero del cual Cruz nunca dejó de catar por lo menos con un par de vasos.

Esta excursión de los nuevos don Quijote y Sancho, duró diez días, y si Peñafiel apuraba para terminarla pronto, a Juan Cruz oscureciasele el alma al considerar que la buena vida tocaba a su fin y que tenía que volver a La Laguna a coger la azada o lo que mejor viniera a mano.

Por fin pusiéronse en camino de retorno una tarde a cosa de las cuatro, después de haber comido abundantemente, según sus respectivos calibres, en casa de un amigo de Peñafiel que como despedida los había convidado para celebrar la muerte de un hermoso cerdo que mató.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

Satisfechos por la excelente comida dejáronse venir al paso de las cabalgaduras, atizando el fuego de las pasiones de Cruz con lascivas conversaciones que lo exaltaron hasta el frenesí, pues ya sabemos que el pobre gigante, cuando tenía vino en los morros, perdía la razón.

Cerrada ya la noche y cerca de La Laguna, cuando Peñafiel lo creyó oportuno, le dijo:

—Oye, Juan: ¿si ahora te encontraras con María Blasa la dejarías escapar?

—¡Puñales! si ahora la encontrara, le digo, señor Dominguito... le digo... que me la comía a bocados.

—Pues no te olvides de los consejos que te he dado. A la primera, ¡leña en ella!, a ver si tienes fuerzas.

—¡Puñales! yo tengo fuerzas no digo pa una sino pa cuatro.

Llegados a la Ciudad, Juan Cruz se fué a su casa medio alumbrado y contento, porque a más de unos duros en la bolsa y el buche lleno de sólido y líquido, llevaba por agasajo media fanega de trigo acomodado en las alforjas, que almud de aquí y cuartillo de allí había recogido de regalo en los graneros que visitaban.

Pero contra todo lo que esperaba Peñafiel, pasada la noche y dormida la mona Juan Cruz despertóse con la facha y fuerzas del gigante, pero con su natural condición dócil y sufrida cual la de un niño de quien hasta los chicos hacen gato y zapato.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

Un nuevo personaje

Pocos días antes de las Navidades, un «Rancho de lo Divino» recorría a la prima noche las calles de la Villa de arriba cantando las coplas y el «estribillo» con que la gente joven de las llanuras del Aguere suelen anunciar el aniversario del Nacimiento del Niño-Dios, y al ruido concertado de guitarras, bandurrias, triángulos y castañuelas y del indispensable bombo, uníase el de las voces claras y argentinas de jóvenes de quince a veinte años que melodiosas dejábanse oir en las puertas de las novias con la esperanza de un aplauso, o en las de una casa labradora por la de un rosario de castañas, una docena de huevos o un cesto de higos pasados, no faltando tampoco la *fisca* o los *dos de plata* con que se reponía la bota de lo bueno que más de una vez se la veía rugosa y estrujada por efecto de los repetidos besos que le daban los cantores para fortalecer la garganta y los tañedores los dedos, si no era que alguno de ellos bebía por dos alegando que hacía los dos oficios, pues si tañía mal, no cantaba mejor.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

Pero en la noche a que hacemos referencia el Rancho, sin tener más tañedores que los de costumbre había casi duplicado los cantores; y si bien no estaban tan afinados como otras veces, notábaseles más animación y entusiasmo, y sobre todo un concurso numeroso de público que los seguía, porque terminado el «estribillo» recogido el donativo, acompañando solamente las tres guitarras cantábase un nuevo canto que embelesaba a la gente, y principalmente a la joven que vestía faldas, pues la cantinela hablábales que eran bonitas y otros arrullos que ellas no habían oido todavía, con cadencia que entre heridas y satisfechas les hacía salir las lágrimas a los ojos.

La cantiga ejecutábanla Ramón Patricio, Pedro Amador y Esteban Landín, jóvenes indianos que en aquellos días habían llegado de Cuba con fama de traer muchas onzas ganadas en ruda brega en la Gran Antilla. Decían ellos que aquel canto se llamaba *güaracha*, pero si todos tres lo cantaban bien, cuando Ramón Patricio lo hacía solo a todos dejaba suspensos, porque a la hermosura de la voz, el guapo muchacho unía un oido finísimo y mucha delicadeza en el decir, modulando la voz como y cuando quería.

Al llegar a la casa de Domingo Díaz salieron a las ventanas todos los que en ella estaban, y como por la novedad de los indianos el Rancho llevaba en astas aquella noche dos faroles de las luminarias de los Tercios, los muchachos que los conducían colocáronse junto a la ventana que ocupaban las mujeres en la cual encontrábase Angelica, que ya repuesta de las

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

pasadas borrascas había entrado en la placidez de los encantos de su atractivo semblante.

Aunque Angelica, por efecto de la oscuridad de la noche no descubría de los indianos más que sus grandes sombreros de jipijapa, en cambio ellos, a la poca luz de los farores pudieron contemplarla a su sabor.

Rompió la música pastoril con el canto de las coplas, y terminado el «estribillo» los indianos comenzaron las «guarachas», ya solos ya juntos, pero cuando iban a terminar Ramón Patricio canto él sólo:

«Que viva señor Domingo
y también mi tía Rita,
todos los buenos amigos
y mi prima más bonita.»

Celebróse la improvisación y la turba de jóvenes retiróse alegre y bulliciosa entretenida en pelar y comer las castañas que en abundancia les había dado María Blasa por orden de señora Rita, además de un *tostón* para vino que les mandó señor Domingo.

Al siguiente día, señor Domingo creyóse en la obligación de visitar a los indianos. Después de estar en casa de los Amadores y los de Landín fué a ver a Ramón Patricio, porque el muchacho, si con él no tenía parentesco directo, era al fin sobrino de su Rita por ser hijo de una prima hermana de ella, razón por la que Ramón, en el canto de su *guaracha*, la había llamado tía.

Ramón Patricio, que contaba a la sazón treinta años, era todo un guapo mozo, alto muy blanco y son-

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

rosado, y sin ser una verdadera belleza varonil tenía en la cara un no se qué de simpatía franca y buena.

Muchacho de quince, para librarse de las frecuentes palizas que por pequeños descuidos le daba su padre ausentóse de la Isla, pues Pedro Patricio, que era un rico labrador, honradote y formal, era también bruto como un arado y en extremo codicioso; preocupándole poco la educación de la familia, solamente pensaba en agenciar para comprar tierras y más tierras, y a este fin explotaba a sus hijos en el trabajo de la labranza al igual que a sus yuntas y caballerías.

Ramonillo, como él le decía, uno de aquellos días en que recibió un pie de paliza soberana porque dejó ir los bueyes a un sembrado, enfurruñóse, y tomando en la noche las ropas de su uso que pudo hallar, se fué a Sta. Cruz y en un barco de contrata que estaba para salir, con lágrimas en los ojos embarcóse para la Isla de Cuba.

Llegó sano a la Gran Antilla, pues lo que más tenía era salud, y como un amigo de su padre supiera por un su sobrino que con Ramón hizo viaje, que este se encontraba allí, fué a la Casa consignataria, pagó su pasaje y sacándolo libre llevóselo a un ingenio de su propiedad donde le dió ocupación.

Con alientos para el trabajo, en poco tiempo papagóle Ramón a su principal lo que le debía y aún pudo juntar algunas onzas que guardó con amor por haber sido muy sudadas. Joven y expansivo no tardó tampoco mucho tiempo en adquirir amistades en los ingenios

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

vecinos, donde, en las tardes de los domingos, único tiempo de que podía disponer para ello, recorrílalos a caballo provisto de gran sombrero y machete al cinto, para divertirse y solazarse, pues aunque en las noches de los demás días también podía esparcir el ánimo, este tiempo empleábalo en aprender a leer y a escribir con el Maestro de Azúcar, quien, hombre de edad y bastante instruido prestóle este inmenso favor con bastante buena voluntad al ver la gran aplicación del muchacho que luego que supo leer devoraba todo libro que en sus manos caía.

En uno de estos paseos domingueros, al llegar al Ingenio «La Rosita» vió que en la «Plaza del Batey» un negro amarrado a un palo recibía del amo una cuerada de látigo, sin que el infeliz diera un solo grito; y como el irritado amo, al soltar el zurriago dijera: «si hubiera quien me diera una onza por este perro lo vendía», Ramon, que montado en su briosa potra observaba compasivo aquella inhumanidad, exclamó: «mío es el negro; aquí está la onza».

El amo, al oir esto, volvióse airado diciendo:—Bueno; palabra es palabra. Lo dije y lo cumplo. Venga mi onza, pero te advierto, Ramón, que si se te huye al monte como a mí me lo ha hecho ya con esta seis veces, no me reclamas nada.

Apeóse Ramón, y atando su potra al tronco de un árbol se acercó al negro, lo desamarró y le dijo:—Te he comprado para que no te peguen; ahora, si te quieres ir al monte, vete cuando quieras que yo no he de ir por ti—, y sin decir más entró en la casa del Inge-

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

nio, donde, tomando café, bailando con las criollitas, cantando guarachas y fumando cigarros mal torcidos se pasó la tarde y un poco de la prima noche. Se despidió luego de aquella familia, montóse en la «Canela», que así llamaba a su caballería, y púsose en marcha sin acordarse del pobre esclavo.

Al llegar al camino presentósele delante de la yegüa un negro, que tomando de la brida al animal preguntó:

—¿Mi amo, dónde voy yo?

—¡Ah, hombre!, yo te creía en el monte... ¿pero qué voy yo a hacer contigo?... ¿cómo te llamas?

—Felipe, niño Ramón.

—Mira: tu debes estar muy dolorido, y Canela es fuerte y nos puede llevar a los dos. Monta a la gurupela.

—No, amo, no; sucio a niño Ramón, tengo sangre.

Soltó Ramón una lágrima, y conmovido dijo a Felipe:—ven acá, pobre Felipe... ¡caramba!, bien te pegaron. Monta, monta, yo te lo mando.

—Bueno, niño; después si te sucio no castigues Felipe.

—No, Felipe, yo no castigo.

El negro, no sin dificultad, se escarranchó en el anca, abrazándose a Ramón, que así se lo ordenó, y picando espuelas a Canela, esta rompió al trote como si hubiera entendido que tomaba parte en aquella obra de caridad.

Llegados al Ingenio donde Ramón estaba empleado condujo a Felipe a su cuarto, y trayendo vinagre,

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

unos trapos y unas braguillas limpias le lavó las heridas, ordenándole se acostara en la estera que allí tenía. Desprendióse él de las prendas exteriores de vestir, tendiéndose en la hamaca después de dejar puertas y ventanas abiertas porque el calor era mucho.

Este fué el principio de la fortuna de Ramón Patricio, porque curado el negro, que era joven y fuerte y le había puesto cariño, destinólo a la roturación de un trozo de monte que había pedido y del cual formó la pequeña finca que dedicada al cultivo del tabaco dióle la fortunita que a la edad de treinta años trajo a Islas después de haber dado libre y casado a Felipe con *Meregilda*, negrilla simarrona por la que el negro se huía al monte cuando estaba en la casa del otro amo.

Cuando Ramón había tomado el portante abandonando la casa paterna, Pedro Patricio rabió y pateó, no por el hijo que perdía sino por la falta que este le hacía para el cuidado de los bueyes y por el gasto que tenía que hacer al tomar un gañán para sustituir a Ramonillo. Mas al poco tiempo olvidólo todo porque las ocupaciones de este las repartió entre sus hijas.

Ramón, en cuanto supo hacer unos garabatos escribió a sus padres pidiéndoles perdón y contándoles de su vida; pero Pedro Patricio no le contestó, no porque no le perdonara, que esto ya lo había hecho, pues en su interior bien entendió que el muchacho tuvo razón para huir de su lado, sino porque no podía perder tiempo ni dinero en pagar a quien le escribiera la carta, cosa que él no sabía hacer.

Volvió a escribir el desterrado y obtuvo nueva ca-

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

llada por respuesta, y al fin, convencido de que su padre no quería escribirle, limitóse a saber de su familia por los emigrados que de su pueblo llegaban a Cuba, y a remitirles algún recuerdo de tabaco o conserva de guayaba con los que retornaban a la patria.

Realizada la fortunilla y llegado a su país, dudó si iría o no iría a la casa de sus padres, pero al fin, resignado a un mal recibimiento fuése a ella, y aunque la madre y las hermanas lo acogieron con transportes de júbilo, Pedro Patricio, después de darle la bendición lo primero que le hizo entender fué que le venía bien porque con el aumento de la riqueza había mucho que trabajar.

Con la perspectiva de lo que en la casa paterna le esperaba, para disipar la impresión que esto le había producido echóse a la calle a ver gente y renovar sus conocimientos, y de la conversación, las copas de saludo y la alegría, salió el ingreso en el Rancho de lo Divino y el canto de las guarachas.

Pero como la vista de Angelica, aunque a la poca luz de los faroles, lo había encandilado—pues él, a su partida, la dejó niñita—por más que se acostó en buena cama, cosa que hacía por primera vez en la casa de sus padres porque nunca conoció otra alcoba que la gañanía, lo cierto fué que durmió poco y mal, a causa de que la imágen de la primita, que no obstante la oscuridad de la habitación veíala ante sus ojos, no sabía donde ponerla, porque su enamorada imaginación tan pronto colocábala señora en una silla o reina en un trono, como recostada en el lecho la cabeza apo-

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

yada en su misma funda y hablando con ella cosas de amores interín la miraba sus hermosísimos ojos.

Con estas dulces ilusiones y siguiendo la costumbre de Cuba, levantóse antes de aclarar el día, y como su padre, al salir de su cuarto lo encontrara ya en pie, alegróse mucho diciéndole:—ponte la otra manta mía que vamos hoy a arar a Gonzaliánes, que si tu vas yo me marcho al Rodeo—, a lo que Ramón le contestó que se encontraba malo y que ya iría cuando estuviera bueno.

No satisfecho señor Pedro con la contestación de su hijo, añadió:—Pues ponte pronto bueno, porque aquí el que come trabaja—, y mal humorado abrió la puerta y fuese al campo.

Con todos estos antecedentes ya se hará cargo el lector del estado de ánimo en que se encontraba Ramón cuando vió entrar a visitarlo a su tío Domingo Díaz. Así que este llegó dirigióse a él su disgustado sobrino, lo abrazó, y queriendo disfrutar solo de su conversación, pretextando la enfermedad que había mentido llevóselo a su cuarto.

Ramón ofreció a señor Domingo el asiento de la única silla que allí tenía, y sentándose él en la orilla del catre de tijera que su madre le había puesto, sacando un cigarro del bolsillo convidóselo a su tío.

—Mira, Ramón—dijo Domingo—, no es por despreciarte, pero yo no fumo; lo que suelo es gastar, y eso no mucho, es un polvo—, y sacando una caja de plata presentósela.

—Carambita, tío; yo no lo gasto, pero si V. gasta le voy a regalar un tabaco nuevo que ahora se fabrica

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

en Cuba, que, ¿entiende V.,? es muy delicado, es cosa de señoritas, porque huele a rosas, ¿entiende V.?

Dirigióse a uno de los dos grandes cofres que había traido de América, sacó de él un maso de cigarros y dos tarritos de cristal, abrió uno de ellos con la punta de una navaja, pidió al tío la caja de plata, cuyo tabaco derramó sobre un papel, llenándola luego del que contenía el tarro destapado y diciéndole:—Pruebe V., tío, y verá es cosa hermosa, caramba.

Señor Domingo introdujo los dedos en la caja, tomó un polvo que se llevó a la nariz, y aspirándolo exclamó:—tienes razón, muchacho; vaya cosa buena; de esto si se puede gastar.

Ramón encendió un cigarro y continuó:

—Oiga V., Sr. tío: ¿y cómo están tía Rita y la niña Angelica?

—Pues mira, hombre: Rita está ruineja de poco tiempo acá, y Angelica también estuvo malucha en estos últimos días, pero ya está buena, a Dios las gracias.

—¿Y la labranza, señor tío? ¿ha comprado más tierras?

—Hombre, algo se ha comprado, no tanto como tu padre, que parece tiene una botija de dinero enterrada, pero en fin... algo, algo.

—Si; padre es muy codicioso. Si yo me hubiera quedado aquí hoy fuera un animalito como mis pobres hermanas, ¿entiende V.? pero, mi tío, bueno es trabajar y ganar, aunque el tener no vale nada si uno es bruto, porque lo que ahorra en un año se lo come un pillo que lo engaña a uno en una hora, ¿entiende V.?

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

¡Si V. supiera lo que yo lloré y la vergüenza que me dió cuando en el Ingenio me preguntaron si sabía leer y tuve que decir la verdad, que no sabía!

Pero carambita, cuando un hombre tiene vergüenza hace lo que otro hombre, ¿entiende V., tiito?; me puse y aprendí, y hoy sé leer de corrido letra de molde y de carta, y escribo no como un escribano pero que se entiende, si señor, y más mi poquillo de cuenticas, que todo se necesita pa entenderse un hombre en tierra de Cuba, ¿entiende V., tiito?.

—Bien, hombre: yo me alegro mucho. Pero también tocas la biguela y cantas güarachas:

—Eso, tiito, son cosas de gente nueva; allá también se necesita, porque las mujeres son muy señoritas, no hacen naitica; la negra hace todo lo de la casa. La blanca baila, canta, fuma y en la mecedora espera al marido o a la visita, pero tiito, para mujer no sirve. El isleño que se casa allá está perdido. Ni pega un botón, ni sabe planchar una guayabera. Vamos, ná, ná, y está dicho todo.

A todo esto, señor Domingo, que entusiasmado con el nuevo tabaco ya había metido los dedos en la caja cuatro o cinco veces, dándose cuenta de ello guardola en el bolsillo exclamando a media voz y como hablando consigo mismo:—¡Caramba!... me lo voy a gastar todo y no le llevo a Rita...

—¡Cá, tiito—le interrumpió Ramón—, gaste, gaste, que este tarrico es pa V. y este otro pa tía Rita, ¿entiende V.?, y este maso de cigarros, aunque V. no fuma, pa que lo guarde y dé un purico al señor Marqués o al señor Conde, o a esos caballeros sus amigos, que

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

quiero yo que sepan que el sobrino se acordó del tío, ¿entiende V.?

—Ramón, no tanto, no tanto, que tienes otros amigos y otras atenciones.

—No, tiito: mis mejores amigos y mis principales atenciones son ustedes y mi primita... pa la que traigo un regalico...—aquí Ramón hablaba algo afectado—pero se lo quiero llevar yo mismo esta tarde, que Dios mediante voy a ver a mi tía Rita, ¿entiende V.?

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

El primo

La mañana de este día, luego que señor Domingo lo dejó libre, empleóla Ramón en tomar disimuladamente datos de la situación de Angelica con respecto a amores, y aunque alguien le dijera que los llevaba con Dominguito Peñafiel, otros contradecían este aserto, no faltando quien sonriera maliciosamente creyendo que entre Peñafiel y Angelica había habido algo más que simples y honestas pretenciones. Pero como Ramón encontrara a María Blasa, la saludó, y suponiendo que ella mejor que nadie podía darle los informes que necesitaba, trató de meterle los dedos en la boca, a lo que Blasa, aunque rústica discreta, sólo dijo lo que decir podía, y no más, sacando Ramón en limpio, de esta conferencia, que si Peñafiel llegó a tener miras para Angelica ella lo había despedido por su mal proceder, y que en la casa, fuera del padrino, que ignoraba el comportamiento de su ahijado, todos le tenían mala voluntad, de lo que Ramón se alegró sobremanera.

A las cuatro de la tarde Ramón sacó de sus arcas los mejores trapitos, y acicalado a lo cubano con una

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

ropa que aún lucía la plancha americana y con grandes anillos de oro en la corbata y en los dedos de las manos, fuese a la casa de Domingo Díaz, a quien no encontró pero si a su tía Rita y a su prima Angelica, besándole la mano a la primera y estrechándosela a la segunda que se la ofreció con la naturalidad, gracia y agasajo que tan simpática y atrayente la hacían.

Por el parentesco, por la confianza y quizá por aquello de que te conocí naranjo, señora Rita recibió a su sobrino en el cuartito donde cocía.

Luego que se sentaron y lo observó con toda atención, al verlo tan acicalado y oirlo tan pulido en el hablar no pudo menos de exclamar.

—¡Jesús, Ramonillo! nadie al verte diría que eres tu.

—¿Y por qué, tiica?

—Pues mira: clarita como tu sabes que soy yo, porque te fuistes un animalito y vienes hecho un petrimetre.

—Tiene razón ía tiica: yo mismo pienso como salí de casa de padre. Pero... que quiere V. Muchas veces el dejar la casa perjudica y otras favorece, porque cuando no se tiene malas ideas y se encuentra uno solo y no ve delante más camino que el que se puede abrir en la manigua con el machete, no hay más remedio que trabajar, ¿entiende V., tiita?, trabajar y sudar para encontrar salida.

—Pero cuenta, hombre, cuéntame; ¿qué ha sido de tu vida?

—Pues mire, tiica: ya sabe que me fuí de contrata.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

Cuando llegamos nos metieron en el almacen, pero don Blas González supo por el sobrino Pepe Lucero, a quien mandó a llamar, que yo estaba allí, y como él con padre llevaba satisfacción, ¿entiende V.?, fué al almacén y pagó ciento veinte pesos fuertes y me sacó de aquella prisión, y me dijo: «¡muchacho!: me debes ciento veinte pesos fuertes; si quieres pagármelos trabajando conmigo, bien; si no quieres trabajar en mi Ingenio, vete donde a ti te de la gana, y si me pagas me pagas y si nó me lo debes». Yo tiica, me eché a llorar y poniéndome de rodillas le besé la mano y le contesté que si quería tenerme en su compañía hasta de burro le serviría.

Me colocó ganando veinte pesos, lavado y comido, pa cuidar la negrada en el campo. Quince días me bastaron pa saber mi obligación. No tomé un cuarto, y a los seis meses le había pagado lo que le debía, y al año tenía seis onzas mías. Al segundo año me pagó dos onzas mensuales porque yo le cuidaba los negros y sin grandes castigos trabajaban y me querían. Al tercer año me dió un peso fuerte por cada caja de azúcar, y a los cinco años tenía un negro mío que lo mantenía con los demás y me trabajaba en un roce de monte que me dió don Blas, y luego compré otro negro que le faltaba la mano izquierda, y entre los dos negros y yo plantamos de tabaco el roce. Nada, tiica: sudar mucho y poco gastar moneda. Saliva y conversación era mi gasto, y aquí tiene.

—Pero de misa y cosas de Dios con seguridad que no te ocupastes...

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

—Pues mire, tiita: cierto es que poco hice, pero yo tenía siempre mi corazón pa Dios. Misa, no eran tres al año porque la Iglesia estaba a ocho leguas de allí; confesar, una sóla vez, cuando fueron dos frailes y predicaban por la noche en el Ingenio y pusieron un altarico en el que decían misa y daban el Señor a los que confesaban, y bautizaron más de veinte chiquillos entre negrillos y mulaticos y casaron a unos doce negros y al mayoral que estaba viviendo mal con una mulatica cuarterona.

Pero voy a contarle: ¿no sabe como teníamos nuestros repiques de la Concepción?

—¿Pues y cómo, si la Iglesia estaba tan lejos?

—¡Quiá!... en el Ingenio, tiica. Todo Ingenio tiene campana pa llamar al trabajo a la negrada, y a la recogida, y pa tocar a fuego cuando se prende la caña.

Como allí no hay bodega ni viña, las noches de San Andrés no hay más que cena y café y chicha pa beber, y yo acordéme de los repiques de aquí y ¡lo creerá tiica!, a la madrugada, con ese recuerdo lloré como si se me hubiera muerto madre. Al segundo año, como ya tenía más crédito con don Blas, pedile licencia pa repicar la campana a la madrugada, y la repiqué y se levantó toda la gente, y les dí chicha a los negros y nos fuimos pa el trabajo. Pero lo bueno fué que al cuarto año ya teníamos dos campanas colgadas de un cedro primoroso que estaba en el patio del Batey, porque se quemó el Ingenio «El Loro» y vendieron todo y yo compré la campana, y teníamos nuestras fiestas con repiques los ocho días, antes de dormir y a la madru-

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

gada, y D.ª Mónica, la mujer de D. Blas, y las niñas Rosita y Quilla hacían un altar con la Vírgen, muy bonitico, con mucha candelilla y flores, cosa primorosa, y como lo hacían en el tinglado delante de la casa, todos lo veían, y del Ingenio «El Pilar» venían las niñas y se cantaban guarachas y se bailaba, era un gusto muy bonito.

—Ya veo, Ramón, que no te olvidabas de la Vírgen—le dijo Angelica—¡Quién lo diría en ti!

—¡Angelica!... pero tienes razón: yo era y parecía muy bruto, pero créeme, primita; siempre quise y quiero a la Vírgen, y pa que veas, ¡mira el regalo que te traigo!—y metiendo la mano en un bolsillo sacó una cajita y de ella una medalla—Esta es la Vírgen del Cobre, que en Cuba es como aquí la de Candelaria. Está lejos de la Habana porque es más allá de Santiago. Yo fuí una vez a verla después que me encontré esta medalla, pues has de saber que tiene el mérito de que no la compré. Un día tenía un mal tan grande de cabeza que parecía se me quería partir; y como en el campo se estaba cortando la caña y yo estaba allí al cuidado de la negrada, para descansar fuíme debajo de una ceiba y echéme, y con el machete comence a escarbar el sisco y me encontré esta medalla que pesa un doblón de a cuatro. Contento beséla y guardéla, y fuera casualidad o que la Vírgen lo quiso, se me quitó el dolor, y por eso siempre la traje conmigo y creo fué ella la que me dió suerte.

—Pero Ramón, no está bien que te prives de tu defensa por hacerme el regalo.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

—Primita: lo que bien se quiere se debe regalar con lo que mucho se quiere. Yo te quiero bien y tengo gusto en que tengas esta Virgencica que tanto quiero; y como eres mejor que yo y la Vírgen te debe querer más a ti que a mí, tu le rogarás por los dos.

Ramón miraba a Angelica de modo tan tierno y afectuoso que ella, que también lo miraba con fijeza y asombrada, ruborizada bajó los ojos y sólo tuvo ánimo para tomar la caja con la medalla que él le presentaba en sus manos.

A señora Rita saltáronseles las lágrimas, y como era tan franca, admirada de que aquel joven fuera el Ramón que ella conoció, exclamó:

—¡Ay, Ramón; quien lo hubiera creído en tí!...

—Mire, tiita; ya no me quedan más que tres cosas que hacer: ir a Candelaria, que le debo una promesa a la Vírgen, y a San Francisco, que también le debo al Señor una misa cantada; la de Candelaria la hice cuando me dió el vómito negro, que si no es mi pobre negro Felipe y Meregilda, y sobre todo la Vírgen que me oyó, me muero, y la del Señor fué por una cosecha de tabaco que por la seca casi se me pierde. Pero antes quiero cumplir con la tercera, que es la mía, y la más difícil.

Aquí Ramón se sonrió, y Angelica:

—¿Y qué es, Ramón?

—Pues quieres saber, primita, ¡bay! pues te lo diré: que cuando nos vimos perdidos que creímos que el barco no llegaría, le prometí a la Vírgen de Concepción limpiar el costal.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

—¡Ay!... ¡vaya una promesa!... ¿y qué costal es ese?

—¡Boba!—interrumpió señora Rita, y dirigiéndose a Ramón díjole:

—Sí, Ramón; limpia el costal que algo debes tener en él, y esa es la mejor promesa porque es en tu provecho. Te recomiendo al Sr. Acosta, el Beneficiado, que es muy buen confesor.

—No conozco a ese clérigo, pero ya que V. me lo recomienda, tiita, con él cumpliré mi promesa.

Dióle la tía Rita las gracias por su regalo de rapé, hablaron de otras cosas más y ya cerca del anochecer abandonó Ramón aquella casa, feliz y lleno de ilusiones, soñando al dormirse con las delicias de un hogar pacífico donde Angelica fuera la Reina y él el Rey consorte y Ministro de Hacienda.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

Explorando voluntades

Mucho se había fijado en la mente de Ramón Patricio la imágen de su prima Angelica para dejar de procurarse pretextos que le permitieran remirarse en ella, y así iba con frecuencia a la casa de Domingo Díaz ya para ver a la tía o ya para charlar con el tío, según alegaba, con quien sostenía largas conversaciones sobre el cultivo de los campos cubanos o sobre otras materias que entendía eran del agrado del hacendado labrador. Y aunque en estas visitas procuraba ver a la que lo tenía loco de amores y cruzar con ella la palabra, el temor reverencial que sentía por Angelica y por sus padres, y más que esto, el miedo a una posible repulsa, impedíale manifestar a la joven amada sus honradas y nobles intenciones; pues no obstante la suerte haberle favorecido más de una vez proporcionándole oportunidades para el lance nunca se atrevió, y luego de desairar la coyuntura causábale tal cólera y desabrimiento para consigo mismo, que a solas y para sus adentros maldecía de su cortedad de genio y falta de resolución.

Pasados estos berrinches hacía propósitos los más

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

firmes de aprovechar la primera nueva ocasión que se le presentara; pero lo cierto era que éstas venían y que Ramón Patricio las dejaba pasar en blanco, pues para colmo de su propia desesperación y disgusto, el temor, en lugar de menguar iba en aumento.

El natural instinto de mujeres hizo que en aquella casa labradora fueran señora Rita y María Blasa las primeras personas que apreciaran los síntomas en que otras no reparaban y que penetraron las intenciones de Ramón Patricio. Y aunque a Blasa le salía el regocijo por los poros porque este honrado muchacho gustábale para su amito, y a señora Rita no le pasó inadvertida la satisfacción de María Blasa, una y otra guardáronse muy bien de comunicarse sus pensamientos, esperando a que el tiempo y los acontecimientos les quitara el veto que el respeto de la primera ¡y la dignidad de la segunda les ponía.

Tampoco dejaron de pasar por la mente de Domingo Díaz las ideas que preocupaban a las dos mujeres. Pero, hombre sano y sin malicias, procuró a partarlas de sí como malos juicios que hacía del sobrino de su mujer, a quien estimaba en mucho. Y así, antes al contrario, cuando se sentía aburrido dentro de su casa porque la lluvia o el mal tiempo le impedían salir a las faenas del campo que eran su obsesión, llamando al viejo Cureña le decía:—Manuel; vete casa de Ramón Patricio y dile que venga para arriba para charlar y tomar chocolate, que la tarde no está para otra cosa.— Convites que, como se supondrá regocijaban a Ramón y le habrían el ánimo a las esperanzas.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

En una de estas tardes de reunión casera, a poco de tener trabada la conversación con los padres y la hija, señora Rita dijo a esta:—Angelica, vete y arréglate que ya sabes quiero ir esta tarde a visitar a mi comadre Rosa por la muerte del hijito.—Luego salió también ella para ataviarse, y al poco rato presentáronse de nuevo a despedirse de los dos hombres.

—Vaya—dijo Rita—; ahora quédense ahí los dos en compañía, que ya Blasa les traerá el chocolate. Y ¡cuidado con murmurar!

—Si, que ustedes las mujeres no rompeis plato ni escudilla con la lengua,—replicó Domingo.

—Mira, Domingo; no seas parejero. Yo sé que no miento, y basta con lo que yo diga.

—Sí, mujer, sí; las sayas sois todas unas santitas, y los que llevamos capa, capote o manta unos diablejos.

—Ya lo dijiste, Domingo, ya lo dijiste; las verdades se vienen a la boca.

Rita, sonriéndose tomó del brazo a Angelica y añadió:—Vámonos, hija, vámonos, que si nos llevamos por esos no nos dejan salir.

Las dos mujeres desaparecieron por la puerta de la estancia a la calle.

Séase que el buen humor de la tía alentara a Ramón Patricio o que la vista de Angelica compuesta y aderezada le escarbara en la llaga que le dolía, que es lo más probable, lo cierto fué que, haciendo un esfuerzo sobre su natural harto apocado, aprovechando la buena coyuntura que se le presentaba, dijo:

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

—Pues... yo, señor tio... yo quisiera decirle una cosa... y es que...

Ramón no pudo continuar porque como si la palabra fuera de azogue escapósele garganta abajo sin que pudiera pronunciarla a pesar del mucho esfuerzo que hizo para echarla fuera.

Observado esto por Domingo Díaz, mirándolo asombrado, exclamó:

—¡Pero diantre de muchacho! ¿qué tienes que estás colorado como un pavo atarugado?...

Como si el mundo se le viniera encima, Ramón, con los ojos arrazados por las lágrimas dejóse caer en el espaldar de la silla, y cubriéndose la cara musitó—¡perdone, tio, perdone!...

Alarmado señor Domingo y entendiendo que a Ramón le pasaba algo grave, acercóse a él y apoyando cariñosamente una mano en su hombro, preguntó:

—¡Pero Ramón, dime lo que tienes!... ¿tú estás malo?...

—No, señor...

—¡Entonces tu padre te ha dicho alguna majadería de las de él! ¿verdad?

—¡Padre, sabe V., tio, como es; pero eso no es lo que me apesara!...

—Pues ¡caricio!; ¿qué? ¿nó soy yo hombre para saber lo que te pasa?... ¿nó sabré yo guardar un secreto?...

—¡No, tio, no es nada de eso. V. es la misma formalidad; pero yo no puedo decirle lo que pensaba, y de lo que dije me pesa como la muerte que a Dios debo, porque el ánimo me falta, y yo no lo sabía!...

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

Domingo, intrigado y mohino le dijo muy serio y casi con aire despreciativo:

—¡Yo me creí que un hombre que ha estado en Cuba y luchado, fuera más valiente. Pero ya veo eres un gallina, y así, guarda tu secreto que yo no soy hombre de confianza para tí!...

Domingo se sentó siempre serio y mal humorado.

Ramón, con el rostro encendido como una grana, replicó:

—¡Yo, tio, hasta la hora presente he sido hombre dara cualquier otro hombre, y bien sabe Dios que no lo digo por facha, que ni la tengo ni la quiero; pero como a V. siempre le he respetado temía y temo causarle disgusto con lo que le comunique. Mas no queriendo que V. se figure que yo lo tengo por hombre en quien no se puede uno fiar, hablaré, aunque tiemblo al abrir la boca, por mas que bien sabe Dios no es de miedo. El me ayude, y también la Vírgen Santísima y allá va, que «el mal paso andarlo luego.»

Sepa, tio, que yo estoy queriendo a Angelica aunque a ella nada le he dicho hasta ahora, ni nunca se lo diré así me maten si no ha de ser de gusto de V. y de tia Rita. Yo sé que no la merezco, pero tampoco merecemos la gracia de Dios, y todo pecador la espera. Así pues, V., señor tio, piense lo que le he dicho, y si no fuere de su agrado, basta que diga «¡no!», que yo no replicaré ni una palabra, y con tomar el primer barco pongo mar por medio; y aunque me muera todo queda entre hombres, sin disgusto de ustedes, que es lo que yo siento...—, e inmediatamen-

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

te tomó el sombrero y se encaminó a la puerta para salir.

Aunque Domingo Díaz quedó alelado, pues no esperaba tal salida, hombre de gran serenidad púsose sobre sí a tiempo e imterrumpióle la "salida" diciendo:

—Bien, hombre; lo pensaré y te" daré la contestación. Pero yo también soy hombre para otro hombre aunque no me haya mojado los pies en agua salada. Conque así, no te vayas que tenemos que tomar el chocolate y hacer la tarde.

Como si nada hubiera ocurrido continuó la charla sobre otro asunto, y cuando observó que Ramón estaba ya sereno llamó a María Blasa, le pidió el chocolate y con buen humor apurólo.

De nuevo intentó Ramón marcharse y señor Domingo insistióle para que lo acompañara hasta que regresaran las mujeres, cosa que hizo aquel de buena gana, porque la actitud campechana del tio dábale un no sé que de esperanzas.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

El golpe de gracia

Cerca de las oraciones llegaron a la casa señora Rita y Angelica quejándose de lo fría y desapacible de la tarde interín se destrababan los alfileres que les sujetaban sus respectivos mantos.

—Pues si traes frío—dijo Domingo—, que Blasa os haga chocolate.

—¡Quita allá, que Rosa se empeñó en que lo tomaríamos y todavía lo traigo aquí—dijo tocándose la garganta.

—¿Y cómo está Rosa?

—¿Cómo quieres que esté?... ¡llorando a su Toribio!

—Pues mira; que le dé gracias a Dios que se lo llevó, pues el pobrecito, para verlo bobito como estaba... Fué una caridad que el Señor le hizo.

—Sí, hombre, sí; ella así lo conoce. Pero por lo mismo que lo veía tan sin razón dice que lo quería más, y al fin es su hijo.

—Tienes razón, mujer; Rosa es buena madre.

Por tercera vez quiso Ramón marcharse, y así dijo:

—Vaya; ya llegaron tía y Angelica. Ahora queden con Dios y pasen buena noche.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

—Buenas te... —iba a contestar señora Rita, pero no pudo terminar porque fué interrumpida por señor Domingo:

—Pues porque ellas han llegado es razón de más para que no te vayas. Lo que ha de ser mañana que sea hoy, y así mando que todos se sienten, escuchen lo que voy a decir, y clarito, como yo quiero las cosas, contesten con toda libertad lo que fuere razón.

Y como Ramón permaneciera aún en pie, extremadamente pálido, ordenóle imperiosamente se sentara, a lo que el muchacho obedeció no sin que se le notara estaba tembloroso.

Luego que todos se sentaron, Domingo, sin preocuparse poco ni mucho del recelo que se notaba en los oyentes, sacó con toda calma la caja del rapé, tomó un polvo, que saboreó gustoso, y luego habló:

—Has de saber, Rita, que tu sobrino Ramón Patricio, a quien tienes delante, como hombre de bien me ha tomado la venia para requerir de amores a tu hija y mía, pidiéndome le diera la contestación después que lo pensara. Pero como yo, tratándose de un hombre honrado, en este asunto nada tengo que decir, toca y pertenece hacerlo a nuestra hija, pues me creería condenado si por mi mandato se casara contra su voluntad. A ella y a tí, pues, corresponde le déis la contestación que me pidió...

Pasado un momento, señora Rita, con la voz algo alterada por la emoción contestó:

—Por mi, tampoco tengo nada que decir. Es mi sobrino y mi sangre y lo tengo también por honrado.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

Y si tu no quieres contrariar a tu hija, ¿lo haré yo, que la parí... ¡que conteste ella!...

A señora Rita se le aguaron los ojos.

Pero Angelica nada decía, y con la cabeza y la vista bajas todo se le iba en pasar de unos dedos a otros los alfileres del manto que aún tenía en las manos. De cuando en cuando levantaba la vista para observar a sus padres, procurando no fijarlos en Ramón, por lo que éste, pálido como la muerte, ahogábase en un pelo

Sr. Domingo algo receloso rompió el silencio, y dirigiéndose a su hija, cariñosamente, procurando endulzar el acento de su voz, le dijo:

—Nada, hija; si Ramón no te agrada para esposo, no tengas empacho en decirlo, pues por eso no puede él tener agravio ni contigo ni con nosotros...—Mirando al sobrino iba a añadir—pues hijo, ya...—pero aquí, Angelica, con premura—¡no, padre!—interrumpió—; yo si quiero a Ramón, y si es del agrado de ustedes, yo con todo mi gusto le corres...

—¡Bendita seas!—gritó el muchacho brincando nervioso de la silla, y sin darse cuenta quedóse ante su prima mirándola entusiasmado. Luego se arrojó al cuello de señor Domingo y con voz alterada por la emoción—¡Dios se lo pague, tio, Dios se lo pague!...

Reflexionando agregó:

—¡Pero si esto no me toca, sino la bendición!...—y se arrojó arrodillado besándole las manos repetidamente, demostración filial que practicó también ante la tia, quien se permitió besarlo, acción que observó

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

Blasa desde la puerta adonde había llegado para recibir órdenes para la cena. Aunque quiso retirarse apresurada, pues el respeto a los amos no le consentía la curiosidad, señor Domingo; que la vió estas demostraciones de prudente retirada llamándola la dijo:

—¡Entra buena Blasa, entra!... ¿Sabes tú lo que pasa aquí?

—¡Yo, amo ni lo pretiendo, pues yo que soy!...

—¡Tu no lo pretendes, pero tu lealtad merece que lo sepas!

Sabrás que Ramón desde esta noche es el esposo prometido de Angelica...

María Blasa, risueña, aunque queriéndole brotar las lágrimas, miró a unos y a otros, abalanzándose como resorte libre de presión hacia el cuello de Angelica, a la que colmándola de abrazos y besos le decía: —¡este sí, este sí que es un hombre lial y de buena gente!...—¡pero amita—reflexionando—, que al pronto no lo sepa la gente ruin y invidiosa!...

—No tengas cuidado, Blasa—dijo Ramón—, que basta con que lo sepamos los cinco y no más.

Y efectivamente, tal disimulo supieron guardar en sus amores Angelica y Ramón Patricio que el público no vino a darse cuenta de ellos hasta la festividad del Corpus del año próximo, como luego verá el lector en la siguiente descripción.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

La fiesta del Corpus en 1817

En este año celebrábase la festividad del Stmo. Corpus Christi a 5 de Junio, y desde el Domingo de Pentecostés, 25 de Mayo, habíase fijado por la Justicia Civil el acostumbrado bando, al toque de los clarines del Cabildo y Regimiento y de la voz del Pregonero.

En dicho bando, además de decirse que la fiesta se celebraría en la Parroquia de Ntra. Sra. de la Concepción, por ser año impar y corresponderle, según la concordia aprobada por el Señor Emperador Carlos V, confirmada por el Señor Felipe V, ordenábase la concurrencia de los gremios con sus respectivos pendones, el enjalbegado de las casas de las calles reales, el barrido por los vecinos de los tramos de testera correspondientes a sus casas etc. etc.

Ygual prevención habíase tomado por parte de la Autoridad Eclesiástica, la cual, ejercida por D. José Ramos, Canónigo de Canaria, en calidad de Vicario, por los notarios de la Curia había hecho fijar su edicto en todas las Iglesias de la Ciudad, citando para la procesión solemne a todo el Clero estante y transeunte, comunidades de frailes, hermandades y cofradías.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

Conforme las Ordenanzas de la Isla correspondíale al Gremio de labradores, del cual en dicho año era Alcalde y Hermano Mayor Domingo Díaz, la corta y traída de los montes, del follaje y el enrame y adorno de las calles de la carrera procesional; y al efecto, con el viejo Cureña citó a todos los labradores para que concurrieran el lunes de la Pascua del Espíritu Santo a la fiesta de San Benito, Patrono del Gremio, y a la junta que el mismo celebraba en la Ermita del Santo terminadas que fueran la función, procesión y bendición de los sembrados, actos que tenían efecto en dicho día.

Con toda puntualidad concurrieron los labradores señor Francisco Canino Mayor, señor Diego, el hermano de éste, señor Pedro Patricio, señor Pepe Alvarez, señor Pepe Benítez, Francisco Domínguez, Antonio López, los Cañizales, de la Cruz, de la Yedra; los Núñez y los Caridades, de la Plaza de San Francisco y algunos más. Después de que cada cual tomó su porción de panecillos del Sto. para llevar a su familia respectiva, se acordó quienes habrían de ir al monte público para el corte de la rama, se designaron las caballerías y las carretas que la habían de transportar al lomo de la Concepción, quienes la habían de estancar, y finalmente las carretas y yuntas que entapizarían la carrera, con sus respectivas cuadrillas y capitanes directores.

Desde la madrugada de la noche del Domingo siguiente notábase gran algazara en el Tanque de abajo, barrio de San Juan, San Francisco, Cruz de la Yedra y calle Empedrada, porque en todas las casas de labran-

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

za reuníanse los jóvenes que de cada barrio habían de ir al monte, y todo era sacar carretas, yuntas y caballerías, aparejarlas y cargarlas con las hachas y cuerdas, operaciones que practicaban vestidos con los trajes de faena más viejos y deteriorados porque el breñal del monte se los desgarraba. Rompieron la marcha dando rijijides, charlando, riendo y cantando a las muchachas que medio adormitadas salían al ventanuco a verlos pasar camino a los altos bosques adónde marchaban alegremente, pues si bien los esperaba un día de ruda brega y de sudores, también tenían la esperanza de buenas y abundantes raciones de pan, queso y vino, y mucha sería la desgracia si no lograban echarle el guante a un carnero ú obeja machorra, que sacrificada, descuerada y dividida en trozos y caldeada a las llamas pendiente de una vara de acebuche, la transportaban a las tripas entre trago y trago del tintillo.

Efectivamente, a cosa de las cinco de la tarde, al paso lento de los bueyes subían por el Lomo de la Concepción once carretas abarrotadas de rama alta y baja hasta los topes, acompañadas de varias caballerías, también cargadas de follaje, y de una numerosa escolta de jóvenes que con las ropas destrozadas y las cabezas calientes rejijiaban de una manera atronadora, y dando brincos y tumbos descargaban la rama haciendo una tonga monstruosa por la cual subían y bajan dando volteretas toda la chiquillería de la Ciudad, que como por bando salía a recibir a las carretas y a aumentar la algazara de sus conductores y acompañantes.

Al amanecer del día martes siguiente, dormido el

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

vino y descansados los huesos del estropeo, la misma pléyade de jóvenes del día anterior, en traje de faena pero no roto y desgarrado, con sus podones limpiaban las gajadas que habrían de adornar la carrera procesional, fijas en el piso de trecho en trecho y separadas como una vara de las paredes de las casas, formando con el desbroce un montón que las mujeres deshojarían en la tarde para formar la masa que se había de extender por el suelo.

Según limpiaban las gajadas, llevando la cuenta de su número iban cargando con ellas las carretas, y a cosa de las doce varios de los jóvenes, con dos o tres yuntas conducíanlas a dichas calles depositando una carretada en cada centro de las distintas cuadras.

La faena de la tarde revestía otra tonalidad de chistes y bromas, porque reunidas las jóvenes de los referidos barrios labradores, comandadas por mujeres de asiento y todo crédito, sentadas ante el montón de rama corta comenzaban el deshoje de la misma y su división en pequeñas porciones luego de separar los palos de la hoja. Pero como gente joven nunca anda en paz, entre el rancho de afeitadores de gajos y deshojadoras de rama rompíase un contínuo tiroteo de pullas y dicharachos que no sólo a ellos y ellas hacía pasar gratamente la tarde, sino a más de un vejete aristócrata que a la sordina dejábase acercar cuando no más sea para recordar con desconsuelo sus tiempos mejores.

En esta faena estaban cuando al atardecer apareció señor Domingo Díaz entre los trabajadores, no sólo para proporcionarles el brindis prometido cuanto para

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

dar órdenes y repartir la gente que a la siguiente mañana, en tantas cuadrillas cuantas eran las cuadras de casas de las calles susodichas, habían de fijar la rama alta, retirándose luego que lo determinó y que dejó a Cureña y a otros varios hombres para la vigilancia de la rama que los chiquillos hurtaban si quedaba sin guarda.

Cuando aún no aclareaba la aurora del día miércoles, ya el ruido metálico de las barras al rebotar sobre las piedras del pavimento despertaba al vecindario de las casas limítrofes, y a cosa de las diez de la mañana hallábase estacada la rama alta, pues entre las distintas cuadrillas estableciase emulación por acabar primero, entre la bulla y algazara por parte de las vencedoras y la bulla y rechifla hacia las vencidas.

Terminada esta parte de su cometido, los del gremio retirábanse a descansar hasta la tarde en que se cargaban las carretas, no más que hasta la mitad de las estacas, del follaje menudo y las flores.

Al repique de las dos de la tarde, el Capellán de la Ermita de San Juan, que tenía los honores de serlo del poderoso Cabildo insular, de manteo y bonete y con la bandera del Sacramento, de damasco rojo, caballero en una mula bien enjaezada y precedido del Pregonero y clarines a pie y de los ministriles del Corregimiento montados si no en briosos corceles por lo menos en caballos paperos, recorrían la carrera procesional practicando la ceremonia de invitar al noble pueblo a las fiestas, para lo cual en las tres plazas de la Ciudad, callados los clarines, el Pregonero, luego de remon-

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

darse el pecho de las escorias de las heces del vino embutido, a voz en cuello gritaba: «De orden y mandado de la M. N. y Leal Ciudad de San Cristóbal de La Laguna de Tenerife, y de su Cabildo, Justicia y Regimiento, se convida a éste noble vecindario de caballeros hombres buenos y escuderos, para la sacra solemnidad de Jesús Sacramentado»; después de cuya ceremonia regresaban a las Casas del Consistorio, donde los señores Regidores, quien de casaca con casaca al cuerpo, y quien de uniforme militar con él a cuestas, todos esperaban a los clarineros que con los maceros o reyes de armas les habían de acompañar a las solemnes Vísperas.

Interín el Clero, acompañado del Cabildo celebraba la función de Vísperas que comenzaba con la conducción procesional del Stmo. Sacramento desde el Sagrario del Comulgatorio, recorriendo las naves laterales del Templo, hasta el trono del Altar Mayor donde lo dejaban expuesto, y terminaba con la Reserva, el bullicio crecía en las calles porque los gremios de panaderos y molineros las llenaban de los artefactos para la iluminación de la verbena de la noche, la que, como de las clásicas, a más de los farolillos que en las ventanas de tal cual casa linajuda lucían, y de las bujías de sebo que en las de otras de menos fuste colocaban por atrás de los vidrios en las partes altas, todo debido a la iniciativa particular, componíase por parte de estos dos gremios en la colocación en cada cuatro esquinas de un barril de los de harina libre del género pero lleno de maraballas rociadas de alquitrán, y en el tendido

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

de ganiguillos de barro cocido provistos de estopa y menos que mediados de este negro y pegajoso líquido, por el centro del piso de las calles y a tramos como de a tres varas, cuyos depósitos se incendiaban a una al comienzo del repique que en todas las Iglesias anunciaba el fin de los solemnes Maitines; focos luminosos que simulaban un enorme rosario en el cual los barriles hacían las veces de *glorias* o *pater noster* y los gánigos de *aves Marías*.

Pero más que en las calles, el bullicio y la fiesta notábase y subía de punto en el Lomo de la Concepción, donde el gran montón de hojas verdes lo terciaban como pila de mescla o mortero con flores de retama amarilla, hojas de rosas, marañuelas y florecillas blancas de guaidiles y poleos, cuyo aroma y fragancia embalsamaba el ambiente por lo que las estrujaba el constante manipuleo.

A la postre y a la vista de señor Domingo y de los primates del gremio las once carretas fueron cargadas repartiéndose la mezcla de rama y flores por cuenta y medida entre todas, dejándolas al cerrar la noche completamente dispuestas con sus sogas de traba para el tendido del follaje del día siguiente, disipándose la concurrencia cada cual a sus respectivas casas para la cena, a fin de estar libres a la hora de la iluminación.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

La gran solemnidad

En el día de Corpus, al repicar del Alba una hora antes de aclarar el día ya la esquila de las Iglesias llamaba a los fieles a Misa, y como en este día se esperaban muchas ocupaciones los templos llenáronse de gentes deseosa de cumplir con el precepto para luego quedar libre de esta obligación.

Desde las siete, por uno y otro lado de la Ciudad grupos de curiosos y curiosas dirigíanse al Lomo de la Concepción para ver subir a las carretas a las muchachas labradoras que habían de distribuir el follaje por el piso de la carrera, las cuales ataviadas con todo lo mejor de la caja de cedro donde guardaban las galas, aunque la mejor de estas fuera la frescura de los pocos años y en muchas de ellas la belleza de raza, todas acudían muy dispuestas desde los barrios extremos, acompañadas de sus padres y hermanos y la que tenía novio custodiada por él a honesta distancia, pues entraba en las leyes de la etiqueta de aquellos tiempos que entre novios, mientras el Cura no les pusiera el yugo, cuanto más se querían de más lejos se miraban, a no ser que la boda estuviera ya concertada, que

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

entonces el novio ya tenía ciertos derechos, entre ellos el de servir a la novia, directamente y en público, acto que valía tanto como una escritura de esponsales; siendo el primer servicio que prestaba el prometido y futuro esposo, si el caso lo pedía el de ofrecer la mano derecha a su novia para que usara de ella como de estribo si tenía que montar a caballo o en carreta, y ¡guay del galán que en un lance de honor de esta especie no tuviera las fuerzas suficientes para sostener con garbo sobre su mano el peso de la que había de ser su mujer, porque si tal pasaba, el augurio era de lo más pésimo.

Para el desfile de las carretas destinaban las parejas de bueyes más hermosas y escogidas, a las que limpiaban a trapo hasta brillarles el pelo y enjaezaban con collares de luengos esquilones y lazos de cintas de vistosos colores en la cornamenta.

Los muchachos más guapos y bien plantados de la clase, ataviados con calzones de cordón y chalecos de colores sobre camisa y bragas de lienzo del país, al que la madre o la hermana, con paciencia de Job, había sacado los hilos para hacer las randas y los complicados bordados, completaban su indumentaria con el sombrero de pelo de conejo, de larga ala y copa cónica, un poquito ladeado, y con el zapato de codobán y botín de vivos y pespuntes que les cubrían pies y piernas. Estos mozos, con la pulida vara de hijada en la una mano y apoyado en el *leito* el otro brazo, frente a las yuntas esperaban tranquilos a que el Alcalde y los demás primates del Gremio dieran la voz de marcha.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

Pero estos, por el pronto sólo se ocupaban en guiar a sus respectivas carretas las cuatro o cinco jóvenes que habían invitado para que subieran a ellas y desde lo alto esparcieran el follaje y flores, operación—la de la subida de las muchachas a las carretas—que era espiada por la gran concurrencia de gente, porque en ella no sólo se manifestaba el garbo de los mozos del uno y del otro sexo, sino que se revelaban algunas novedades de nuevos futuros casamientos que servían de materia para comentarios en muchos días; pues al llegar las muchachas al pie de las traseras de las carretas, una a una iban subiendo a estas tirando mano a la soga de trabá que sujetaba la rama y haciendo estribo en la mano que desde tierra le ofrecían, sentándose ufana sobre el mullido ramaje después de arreglarse las sayas con toda honestidad.

El servicio de ofrecer la mano para estribo prestábalo siempre un hermano de la joven, y en defecto de este su padre u otro pariente de edad provecta, a no ser que aquella ya estuviera prometida en matrimonio, que entonces serviale de escudero el futuro marido, por fuero de ley, pues aunque hasta el pie de las carretas eran acompañadas por sus novios y amigos, a ninguno, fuera de los indicados, le era permitido hacer dicho servicio.

Aunque Angelica hacía ya tres años que no iba en las carretas, para lo cual buscaba siempre algún pretexto, pues no gustaba de exhibiciones, en este año en que su padre era Alcalde del Gremio creyó no se podía excusar, y así, convidando a cuatro amigas suyas, desi-

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

dióse a concurrir, a cuyo efecto todas cinco ataviáronse con los trajes clásicos de media y chinela de seda, sayas de cordón de menudas listas de colores, camisola de lienzo fino muy rizada y cerrada al cuello y muñecas, justillo de tafetán trenzado con cordón de seda, mantilla blanca con anchas cintas de razo y sombrerito pequeño de castor, y finalizaron el adorno de sus personas aderezándose con los buenos collares de perlas o corales, de los cuales pendían sendas cruces de oro y pedrería, y con pendientes y sortijas de algún valor.

Bien por lo completo de sus trajes o porque el bondadoso semblante de Angelica más que su belleza diérale fama y atracción, lo cierto fué que, al presentarse su grupito seguido de Domingo Díaz y de varios amigos, entre los cuales encontrábase Ramón Patricio, que lo era de verdad, y Domingo Peñafiel que lo quería parecer, pues su mucha vanidad no consentía en darse por vencido, lo cierto fué, repetimos, que un murmullo de aplauso salió de los labios de los presentes. Pero como la hora se acercaba, señor Domingo encaminóse con su hija y sus compañeras derecho a la carreta que habían de ocupar, dándoles prisa para que subieran sin tardanza.

Cuando ya estaban arriba sus cuatro amigas, Angelica tomó la soga y preparóse a la subida; y como viera que su padre no le ofrecía la mano, creyéndolo distraido le llamó la atención a lo que el señor Domingo, sin darse por entendido, en voz alta y dirigiéndose a Ramón Patricio dijo:—¡Pero Ramón! ¿qué haces que no ofreces la mano a Angelica?... eso ya te toca a tí.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

Ramón, mirando a su futuro suegro dióle a entender con los ojos cuanto le agradecía aquella atención, pero a Angelica costóle la asoradera mayor de su vida, lo que no fué obstáculo para que Ramón Patricio desempeñara con todo garbo su cometido, quedándose al pie de la carreta como para darle a entender a todos que allí iba una cosa muy suya.

El bueno de señor Domingo, que con la mayor naturalidad del mundo había fijado los ojos en Peñafiel para ver el efecto que aquel acto le hacía, remachándole inconscientemente el clavo preguntole:—¿qué te parece de esto, ahijado?...

A lo que el interrogado apenas si dijo «bien»; y como había dado a entender que sostenía relaciones con Angelica, y muchos lo tenían por de contado, observando comenzaban a dibujarse sonrisas burlonas, corrido apresuróse a dejar libre el campo antes que el lance tuviera otras más desagradables consecuencias.

En este momento, ocho de la mañana, las campanas sonaron alegres en acordado repique. Y como el público allí reunido y las carretas y carreteros sólo esperaban a esta señal, lo mismo fué romper el repique que los mozos que ante las yuntas estaban, tirar de las *hijadas* y estas romper a paso lento la marcha, una tras otra, en medio de un atronador rejijide y escoltada cada carreta por un grupo de hombres de distintas edades, pero que todos ellos llevaban algún interés, o en el vehículo, o en la pareja de bueyes que lo arrastraba o en la carga viva que en lo alto del follaje conducía, pues en esta carga convergían el amor del padre,

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

el cariño del hermano y del pariente y el amor esclusivista del novio que se recela hasta del aire que corre, por confiado que se demuestre.

Era la última carreta de la recua la en que iba Angelica, pues por el cargo de Alcalde que ostentaba su padre correspondíale este puesto en el desfile porque había de ejercer el honor de ser la primera en esparcir el follaje, y así fué que en cuanto luego de dar vuelta al pié de la torre se encontró frente a la Puerta Mayor de la Parroquia, Angelica, que aún no había podido desplumar del todo el pavo que su padre le hizo coger al ordenar a Ramón Patricio la ayudara a subir a la carreta, dispuesta, lo mismo que sus compañeras, echóse atrás las puntas de la mantilla, y tomando porciones de la mezcla de rama y flores sobre que iban arrellenadas, comenzaron a extenderla desde lo alto del carretón por los costados y parte trasera para que en el avance las pisadas de los bueyes y las ruedas no la estropeara, razón por la que también la poca gente que atrás de la carreta las seguían se recogió a las aceras al igual que la mayoría de la numerosa concurrencia que acompañaba presenciando esta operación.

Como la calle era ancha, por mucho que Angelica y sus amigas de faena hicieron por economizar la mezcla en el alfombrado, según la prevención que se les había hecho, cuando llegaron frente a la casa del Mayorazgo de la Torre se encontraron sentadas en los tablones de la carreta.

Advertido esto por un fornido mocetón, gañán de los manchones por más señas, que con dicha misión

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

marchaba junto a la carreta distribuidora del follaje, a impulso de sus hinchados carrillos dejó oir la ronca y atronadora voz de un *bucio* o caracol marino, a cuya señal pararon las carretas para que la vacía en que iba Angelica se adelantara y colocara a la cabeza de todas, y la que entonces resultaba la última en el orden del avance prosiguiera la operación interrumpida por aquella.

Repitiéndose con todas las demás carretas la misma señal de caracol, parada y traslado, y cerca ya de las nueve y media terminaron el recorrido de la carrera y regresaron al Lomo de la Concepción, y si bien con aquellas vacías, con más entusiastas y ruidosos regijides.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

La procesión

En tanto que en el amplio Templo de Ntra. Señora de la Concepción se celebraba con grave y pausada solemnidad, por la clerecía de las dos Parroquias de la Ciudad y asistencia del Cabildo de la Isla y de numerosos fieles, la gran función religiosa del día, veíase cruzar las calles a los jóvenes milicianos uniformados con zapato bajo y media blanca de lino o lana, calzón a la rodilla y ajustada chupa con aldetes, todo de blanquillo almidonado, con gorra de tarjeta de paño negro, de cuyo pico delantero pendía la borlita de lana del color distintivo de sus respectivas compañías, los cuales se dirigían al cuartel situado en la calle del Agua junto al palacio de los Nava, donde los Jefes y Oficiales, entre estos Domingo Peñafiel, que lo era por obra y gracia de señor Domingo Diaz, los esperaban para la formación.

Por varios otros lados de la Ciudad abríanse paso los distintos Gremios que con sus estandartes, sus alcaldes y sus oficiales se encaminaban hacia el Templo de la Concepción, no siendo de las corporaciones que hacían menos bulto por las calles la de los Frailes de San Francisco con su Orden Tercera de Penitencia, la

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

de los Agustinos con sus hermandades de Cinturados, de Ntra. Señora de Gracia y del Nazareno, la de los Dominicos con la del Rosario, y la de los Recoletos del Monte de San Diego.

Pero a la chiquillería vocinglera atraíanla los gigantes mascarones de «La Tarasca», «La Vicha» y «Los Papahuevos», que situados desde por la mañana frente a los graneros del Cabildo junto a la Ermita de San Miguel, donde se guardaban estos armatostes durante el año, esperaban a la «Danza de Machachines» para precederla.

En efecto, a las diez y media toda esta mojiganga subía por la calle de la Carrera antecedida de una turba de rapaces que gritaban como unos condenados, y al poco rato, al batir del cuerpo de tambores y a los acordes de los pífanos, con otra turba de chicuelos mayorcillos que con agudos silbidos y con pretenciones de ejército de las avanzadas seguían el paso delante de señor Toribio el Tambor Mayor, que con su bastón hacía mil molinetes, marchaban en la misma dirección las cinco compañías del Batallón de La Laguna, llevando al frente, a caballo a su joven Coronel don Cristóbal de Salazar, Conde del Valle del mismo apellido, quien acampó cuatro compañías en el Lomo, desde la casa del Conquistador hasta el término del frontis de la de los Balois, y la quinta y última, de veteranos desde el pie de la torre de la Iglesia hasta la casa de los Calderines.

Dadas las once, D. Domingo López Gironi, uno de los Escribanos Mayores del Cabildo, acompañado de un

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

Alguacil y de Antón Caldera, el Pregonero, salió a la puerta del Templo y colocóse en la pretilada de la torre, siguiéndole luego los pasos Don Martín de la Coba, Notario de la Curia de la Vicaría, con el Alguacil de corona Diego de Escala, quienes no traspasaron el umbral del Templo para no perder la jurisdicción, funcionarios todos que habían de ordenar la procesión en lo Civil y Eclesiástico en sus fueros respectivos.

Sacando el Ginori un papel fuéle diciendo al Pregonero el orden del llamamiento, y éste, con voz bronca y pausada empezó a gritar:

—¡¡«Los gigantones», «La Tarasca», «La Vicha» y «Los Papahuevos»!!...

A cuya voz estos fenomenales muñecos comenzaron a desfilar abriendo calle en fuerza de gesticular con los brazos y de «La Tarasca» asustar a la chiquillería con la abertura de su descomunal boca y con los berridos que daban los dos tíos que por abajo de las grandes sayas le conducían.

Tras esto el Pregonero dió la voz a la Danza y sus Machachines, quienes comenzaron a bailarla en torno del palo o lanza donde pendían las cintas y al compás que marcaba el tamborilero con los golpes en el parche y con los arpegios de la flauta.

Luego llamó al Gremio de laneros o sombrereros, que en número de unos ocho o diez, con su Alcalde Juan González y con su estandarte de San Severo, estaban allí todos provistos de capas de barragán.

Siguió a este el de zapateros con sus Patronos San Crispín y San Crispiniano, en cuyo estandarte lucía la

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

pata de cabra, la cuchilla y el brucete; luego el de pedreros con San Roque, aunque este Santo no conociera el oficio, lo cual no era óbice para que en el estandarte figurara la cuchara y el martillo de cabeza.

Después seguíale el de los sastres con la imagen de San Andrés, que sólo por lo de cojo podía ser Patrono de gente que se gana la vida sentada, y en pos de éste el pulcro y aristocrático Gremio de carpinteros, que se preciaba de que a él pertenecía desde el escultor al aperador de arados, con su San José, Carpintero de Nazaret, que tuvo la fortuna de contar con el mejor de los aprendices conocidos; y por último, el hidalgo y ejecutoriado Gremio de labradores, con su Patrono San Benito Abad adornado con sendos ramos de doradas espigas; terminando aquí la misión del Escribano Ginori y su adlátere el Pregonero para dar lugar a la del Notario y Alguacil de la Iglesia.

Y así fué por qué Diego de Escala, con voz atiplada empezó a gritar:

—Cofradía de Santa Rosalía..., de San Antonio de Padua..., de San Lázaro..., de San Juan Evangelista...—etc., etc., hasta que tocando el turno a las hermandades, llamólas también por su correspondiente orden, parándose un poco para anunciar con esforzada gravedad a las dos Sacramentales, pues tras ellas aparecieron las hermosas y artísticas andas de plata o gran Custodia que traía al Santo de los Santos, a cuya vista sacerdotes, militares y legos, hombres y mujeres, chicos y grandes, todos a una doblaron las rodillas para adorarle, ofreciéndole el Clero sus himnos

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

y loores y los militares rindiendo armas y banderas, sin que nadie se incorporara interin no pasara la Soberana Majestad de Jesús Sacramentado triunfante sobre su refulgente trono, por abajo de cuyas cuelgas o caídas movíanse los peones cargadores y a la vista ocho sacerdotes, cuatro del Clero Secular y otros tantos del Regular, a los cuales había invitado el Cabildo de la Isla por medio del otro Escribano Mayor del Consejo, ofreciendo a cada uno una rica estola de brocado que para esta ceremonia guardaba la Corporación entre sus muchas y ricas alhajas.

Así como al trono antecedíale el Hermano Mayor del Santísimo con el guión Sacramental, seguíalo a poca distancia el palio de respeto llevado por turnos de seis individuos de las distintas hermandades asistentes, interpolados unos con otros, quienes igualmente conducían por los costados del trono los seis grandes faroles de plata que completaban su decoro, prestándole guardia de honor, con los fusiles terciados, el cuerpo de gastadores que lo cerraba por la parte de atrás del trono el atlético Cirilo Valerio, su cabo, con sus largas patillas rubias y su marcial continente, envuelto todo este conjunto en la perfumada nube del humo que se desprendía de los seis incensarios que blandamente batían otros tantos sacerdotes que con estola al cuello los llevaban delante del trono.

Tras el palio, los ministros oficiantes cerraban las largas filas del Clero Regular y del Secular que por afuera de las hermandades marchaban por el uno y el otro lado del trono, a lo largo de la calle, y tras de

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

aquellos el Dr. Delgado, Canónigo de Canaria y Vicario del Partido, acompañado del Doctor Vizcaino, Teniente de Vicario, y del Notario don Martín de la Coba, entidades que componian el Tribunal Subalterno Eclesiástico, al que seguia el que en la Ciudad representaba al del Santo Oficio, compuesto del P. Maestro Verde, del Orden de San Agustín, en calidad de Comisario, con los familiares D. Sebastián Antonio Alvarez y Don Carlos Benavides y el Alguacil Domingo de la Columna, de golilla y vara alta y negra encasquillada en plata.

Cerraban los Tribunales, el Cabildo de la Isla presidido por el Corregidor Quintín y Aznar y por el Alcalde Mayor Dr. Suazo, y aunque solamente iban en dicho Cabildo los Regidores D. Juan Colombo, los dos Guerras, (D. Fernando y D. Lope) y D. Luis Román, como con estos tambien marchaban D. José Jacinto de Mesa, de hábito de Caballero de Calatrava, y D. Gaspar de Aponte, con el de Santiago, y los títulos de Castilla Villanueva del Prado, San Andrés, Guizla y Torrehermosa, la Corporación estaba bastante lucida, máxime cuando en aquel año los maceros estrenaban togas nuevas de damasco carmesí, galonadas de oro, y grandes sombreros de copa alta forrados de la misma rica tela.

En último término marchaba el Batallón de Milicianos, los jefes y oficiales con sus sombreros de pico y sus morriones colgados a la espalda, y los soldados la gorrilla de un botón de la pechera; tanto porque hasta aquella fecha estaba vigente el aforismo sanitario de que «sol de Corpus y agua de Viernes Santo no hacen daño», cuanto a que aún no había llegado por las

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

puertas del Ministerio de Guerra y Marina ningún Weyler que se atreviera a dar a los militares título de compadres del Stmo. Sacramento y de los Reyes de España.

Por las aceras seguía diseminado el paisanaje del sexo fuerte, y en apiñada comparsa el de devotas del bello, que por sus vistosos trajes de variedad de colores formaba un gran jardín asaz movido y atrayente.

Con todo este aparato y este séquito, la procesión hizo su carrera entre el ruido de las campanas de los templos y de los cañones disparados desde lo alto de la montaña de San Roque, percibiéndose en medio de esta desordenada música el acompasado y melodioso canto del *Pange lingua*, entonado por las cuarenta o cincuenta voces de la Clerecía, alternado con el del *Tantum ergo* que lo cantaban en las paradas o descansos de cada cuatro esquinas, acompañado con los armoniosos acordes de un pequeño órgano que a este fin transportaban a manera de silla gestatoria los dos sepultureros de las dos parroquias y situaban en los lugares correspondientes junto con la banquetilla que servía de asiento al organista y que era llevada por un chicuelo, vestidos aquellos escarbadores de fosas con sus ropones de bayeta grana y este con lo que mejor Dios le diera.

Al estampido de un último cañonazo rebasaba la Custodia el umbral de la Puerta Mayor de la Parroquia de la Concepción, y luego de que el Preste bendecía con el Augusto Sacramento a los fieles, desperdigábase el concurso cada cual por el camino que más corto se le hiciera.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

Cuando este comenzaba a salir del Templo, ya en las calles de la carrera procesional no quedaba ni un gajo ni una mata de rama, pues todo el adorno forestal pertenecía por consueta a la pobretería, que llevaba a sus casas para el fogón la leña, y del ramaje aprovechábase la gente menuda para combustible en las hogueras de San Juan y San Pedro, no sin que la emulación en la *refatiña* según iba pasando la procesión dejara de producir buenos y contundentes mojicones y tal cual variscasillo que hacía cantar a más de uno por los gallos que empollaban en sus juveniles cabezas.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

LA VENGANZA

Antes de terminarse el día sabíase ya en toda la Villa de arriba que Ramón Patricio, el indiano, era el novio de la linda Angelica y que la boda se celebraría pasadas las trillas, cosa que puso de mal humor a Pedro Patricio que ya contaba con las onzas del hijo para comprar más tierras y con el trabajo del mismo bajo su mando y autoridad, para continuar la brega del afán de agenciar.

Pero si al viejo Patricio contrarió en alto grado el concertado matrimonio de su hijo, no menos mortificó en su vanidad a Domingo Peñafiel, a quien el público lo creía despedido por Angelica, pues con su grado de Capitán en las Milicias con su riqueza, que ya comenzaba a adquirir aunque no con limpios procedimientos, y con su gentil figura, creíase todo un personaje imposible de que se le resistiera ninguna mujer por honrada que fuera y menos que lo pospusiera a otro.

Peñafiel propúsose desbaratar el matrimonio dejando correr la lengua y frecuentando la casa de su padrino con una asiduidad irritante y empalagosa, todo lo

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

que cortó Ramón Patricio de un modo muy fácil, porque lo que tenía de bonachón y formalote teníalo de malas pulgas cuando entendía se le quería burlar. Así fué, que sabiendo los pasos de Peñafiel acechólo una noche, y después de una seria explicación metióle el resuello en el cuerpo, pues Domingo, como ruín, era fanfarrón, y el valor no era tampoco la cualidad que lo distinguía.

Dejó Peñafiel de frecuentar la casa del padrino Domingo Díaz por temor al bruto de Ramón, como él decía. Pero por no dar su brazo a torcer iba a ver al padrino al campo donde sabía tenía sus faenas, siempre haciéndose el encontradizo y como por casualidad, pues ya decía que regresaba de esta o de la otra diligencia o ya que había salido a distraerse.

María Blasa, que nunca perdía a Peñafiel de vista y que lo que no sabía lo adivinaba, al observar que este había dejado de visitar la casa, aunque Ramón Patricio nada dió a conocer, entendió que este y no otro había cortado aquellos cumplidos impertinentes; y como Blasa le guardaba su rencorcillo por lo que hiciera sufrir a la amita, luego que lo vió desquiciado de la casa y con la plaza ocupada por otro de su agrado, no pudiendo sustraerse al placer de la venganza cuando se le presentaba oportunidad echábale sus puyas que eran otras tantas saetas para el orgulloso Peñafiel.

Pero el Diablo, que no duerme para hacer de las suyas, aprovechó la ocasión de la siega de aquel año.

Ya llevaba Domingo Díaz cerca de dos semanas en esta faena, y un día Sábado, a las once de la mañana,

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

mirando desde un altillo lo que aún quedaba por segar, dijo malhumorado:

—¡Vaya con el Diantre y con el calor!... Todavía tenemos que venir el lunes para un pegote que aún ha de quedar.

Juan Cruz, que era uno de los segadores de los dos ranchos que Domingo tenía, parando la faena asomóse al altillo, y luego de extender la vista y calcular el campo de trigo, propuso:

—Amo; si trae un barril de vino fuera de la cuenta, hoy lo acabamos.

—¡Qué han de acabar!

—¡Que lo acabamos, digo! Traiga una buena dafia, y yo le imprometo que al oración no hay espiga tieza.

Los demás segadores, al oir la conversación, fuéronse tambien al altillo, y sin parar mientes en lo que quedaba por segar, gritaron:

—¡Venga el barril y venga la dafia, y al avio!...

Al volver a empuñar las hoces, Juan Cruz, que hacía de capitán de uno de los ranchos, dió órdenes:—tú, Toribio, con tu rancho de la cabezada pa cuentra de nosotros, y nosotros parriba. A la mitad se pone un palo pa ver que rancho llega más pronto.

Tú, Ambrosillo, vete a la suerte de seña Pepa López y dile a Lucas que si acaban templano venga con el rancho ayudar que hay dafia y barril de vino... ¡Eh, puñales... cada uno a su puesto, y corriendo, que antes de apuntar hemos de segar pa dos rolleras!...

Tiraron de las hoces, y sin hablar, con afán acometieron al trigo.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

Aunque dejaban el rastrojo un poco alto y de los brazados se escapaban muchas espigas, como el rancho de espigadoras pagadas era numeroso, Domingo Díaz pasaba por todo, y animándolos a voces, el trigo caía tronchado con tanta rapidez que no siendo bastantes los atadores él mismo, recordando los tiempos de su juventud púsose también a atar para así darles avío.

Efectivamente, cuando a las doce llegaron las mujeres y los chicos con la comida de los segadores y espigadoras, ya las dos rolleras estaban formadas al uno y otro lado de la suerte; y como en aquel momento llegara tambien María Blasa con la comida del amo y con el vino de regla para los segadores, señor Domingo ordenóle que se volviera enseguida, mandara un barril de vino y preparara una abundante merienda para la dafia.

Antes de terminar la hora que se da para la comida levantóse Juan Cruz y empuñando la hoz, dijo:—¡muchachos, a segar, que si sobra tiempo ya descansaremos, que mañana es domingo!

A esta nueva excitación de Juan Cruz, con nuevo afán, como dos huracanes, los dos ranchos precipitáronse sobre la mies hiriéndola cuanto podían, y al cuarto de hora de lucha a todos los segadores trapeábanles las camisas y los calzoncillos empapados de sudor, pero más que a ninguno al gigante de Juan Cruz, por lo que, gritándole a su mujer que con un pequeño niño que ya tenían habían ido a llevarle la comida:—¡Grigoria, váyase a casa, lleve a Antonillo y dejéselo a la agüela y güelva con una camisa y unas bragas.

Antes de las tres llegó un mocetón con el barril de

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

vino en una mula, aparición que fué recibida por los segadores con agudos regigides, y a las cuatro comenzaron a aparecer los hombres de los otros dos ranchos invitados, pues ya habían terminado la faena en su campo, ayuda que bien recibida y bien bebida fué de mucho provecho. Pero considerando que con dicha ayuda se terminaría en comodidad, para concluir sin tanta fatiga tomaron algún respiro.

Casi al mismo tiempo que María Blasa y la otra criada llegaban al campo con las cestas de la abundante merienda que en la casa se había preparado, apareció a caballo Domingo Peñafiel, quien echó pie a tierra, ató la caballería y se fué a dar con su padrino sentándose con él al socaire de una rollera.

Cuanto Blasa lo vió díjole con socarronería:—¡Oh, señor Dominguito; cuanto tiempo hace que no va por casa!...—y mirólo con ojos burlones que bien podían hacer las veces de puñales.

Luego, María Blasa, dejando las cestas cubiertas al cuidado de señor Domingo y del perro Verdino que la había seguido, fuese a espigar con las demás mujeres.

Señor Domingo explicó entonces a su ahijado el afán de aquella brega, y este, so pretexto de animar a la gente se levantó, se introdujo entre los segadores, y acercándose a Juan Cruz, a quien dió una palmada en la espalda, dijo:

—¡Ola, capitán! ¿se bebe como se suda?

Juan, que ya tenía la vista encendida por efecto del vino y de la fatiga, tiróle mano a una corba según estaba agachado, contestando:

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

—Sí, Sr. Dominguito; ¡caray, se bebe y se suda!

Pero como Peñafiel se inclinara y le hablara al oido, el gigante, poniéndose erguido miró para María Blasa, y venteando con las anchas narices, restregóse la lengua por sus encendidos labios y volviéndose a agachar murmuró:

—¡Puñales, señor Dominguito!.., ¡quién pudiera!...

Continuaba la brega y el afán, y aunque Juan Cruz la seguía notábasele que a cada palabra que en secreto le decía Peñafiel, parando la labor erguíase, miraba hacia las espigadoras y resoplaba como toro bravío.

A cosa de las seis, la última espiga enhiesta caía por la hoz de Juan Cruz, quien por un descuido al mirar a las espigadoras había cargado con la porra, lo cual produjo risas, aplausos y regigildes en segadores y espigadoras; uno de aquellos quitó de la cabeza de una muchachita pizpireta y sacudida un pañuelo de colores, y atándolo a un palo púsolo a guisa de bandera sobre la última rollera formada con los restos de la siega, a los pies de la cual y al socaire del viento se tendieron sobre el rastrojo en espera de la merienda, cubriéndose con las mantas para no enfriar el sudor los que no tenían ropa seca de muda.

Sentáronse también junto a ellos señor Domingo y Peñafiel, pero este quiso que Juan Cruz, que ya tenía camisa y calzoncillos limpios y secos, se tendiera a su lado; e interin Blasa y las otras mujeres ponían los manteles, las papas, pescado, pan, queso y frutas, Peñafiel no cesaba de hablar al oido de Juan Cruz, quien, con los ojos avisores seguía la operación y las

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

pantorrillas de María Blasa que por abajo del ruedo, el, como que estaba tendido en el suelo, descubría sin gran dificultad.

Señora Rita y Angelica habían preparado para el amo comida más delicada, pero sobre todo, el vino que le mandaron, que tras de ser bueno iba dentro de una botita hecha de un cuerno de buey adornado con casquillos y tirantes de plata, cosa curiosa y de mucha estima.

Listo todo, señor Domingo echó el envite y hombres y mujeres comenzaron a comer, a reir y a chancearse, menos Juan Cruz, que callado, sólo trataba de engullir a prisa y mucho, dándole de continuo prolongados besos al jarro que Peñafiel intencionalmente cuidaba de servirle acompañado de su correspondiente secreteo al oido a cada libación, que hacía brillar los ojos del gigante con un fulgor de bestia irritada en los instintos del bruto.

Y como todo tiene fin en este mundo, la merienda de la dafia tocó a su término ya oscurecida la noche. Pero como en la bota de señor Domingo quedara un poco de vino, Peñafiel, alegre, decidor y malo más que todo, al disimulo, de un papelito que sacó del bolsillo echóle algo que cogió entre los dedos y alargósela a Juan Cruz diciéndole:—vaya; para que pruebes del bueno.

A lo que Sr. Domingo añadió:—sí, dáselo que bien lo merece, que si no es él no acabo la siega esta tarde.

Peñafiel acercóse al oido del gigante, cuchicheóle, y luego, en alta voz exclamó:—¡bien por Juan Cruz!...

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

Las mujeres recogieron en las cestas los manteles y los barreños, y poniéndoselas a la cabeza emprendióse el viaje de regreso. Pero como Juan Cruz estuviera bastante bebido comenzó a cantar tendido boca arriba con voz cavernosa y lengua algo estropagienta; y aunque Gregoria, su mujer, con las demás le invitara a retornar, él contestó:—¡váyanse, puñales, que yo me quedo al fresco cuidando la rollera!

No le insistieron ni Gregoria ni ninguno otro, porque como lo veían cargado de vino y sabían que no lo gastaba bueno, dejáronlo considerando que nada importaba que allí la durmiera, y así, señor Domingo y Peñafiel a caballo y los demás a pie, caminaron hacia la Ciudad.

Cuando ya habían andado como unos docientos pasos, Peñafiel, dándose una palmada en la frente, preguntó:

—Blasa; ¿tú recogiste la bota?

—No, yo no; ¿y quien se la dejó a ese animal?

—Sí, me olvidé... pero él la traerá.

—¡Qué ha de traer!, que es capaz de romperla y quien oye al ama.

—Pues hija, si quieres vete por ella.

—Pues sí; si señor, si voy, y si usted no se la hubiera dado no tendría yo que ir.

Blasa, llena de ira dijo a una de las espigadoras:—toma Anemecia; llévame esta cesta—, y luego de entregársela partió en dirección al campo de la faena.

Entonces Peñafiel le gritó:

—¡Mira no te muerda Juan, o te pique!...

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

—A mí no me morderá. Si fuera usted...

Siguió camino arriba, entró en la suerte donde echado aún cantaba Juan Cruz sacando el bajón de su voz por lo alto del rítmico canto de los numerosos grillos que por el fresco de la noche dejábanse oir a distancia, y llegada a él, preguntó:

—Uye, tu, botija e vino, ¿aonde echaste la bota?

—¡Oh! ¿eres tú, Blasa? ¿y que quieres?

—¡La bota del amo, condenao, la bota!...

—¡Ah!, mírala, allí está—señalando a la rollera donde la había hincado y de la cual lucía su brillante fondo de plata.

—¡Traila!

—¡Cógela *tú* si quieres, seña soplona!

—¡Maldito vino, ¿no te verás jarto?...

Blasa se adelantó a recogerla, pero al pretender pasar entre Juan y la rollera, tiróle éste mano a un tobillo asiéndola fuertemente con aquellas manazas que bien podían hacer oficio de cepos.

—¡Suéltame, condenado!... ¡suéltame, borrachón!...

—¡Ja, ja, ja!... ¡júyete ahora!...

—¡¡Suéltame, perro!...

María Blasa, ya iracunda, sin reflexión quiso darle una patada con el pie que tenía libre, pero tomándolo Cruz con la otra mano hízola caer de espaldas a la tierra, entablándose entonces una agitada lucha entre la fiera cerril y la criatura humana, lucha en la cual ésta sucumbió de un modo brutal...

. . . . . .

En lo que la desgraciada mujer recogía la bota, la

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

bestia, relamiéndose murmuraba:—¡bien me lo dijo señor Dominguito, puñales... jigüe puya... como si lo estuviera viendo.

Al verse Blasa libre de aquel bruto corrió loca, delirante, y tanta fué su carrera, que llegó a la casa de los amos cuando todavía no habían entrado la caballería de Sr. Domingo y se despedían los últimos trabajadores.

La infeliz María Blasa, temerosa de que conocieran lo sucedido por el sufrimiento que en ella se reflejaba, metióse enseguida en su camarachón, y allí sola, a oscuras, dándose cuenta de su desgracia rompió a llorar procurando acallar sus gemidos para no ser oída.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

Confesión dolorosa. Remordimiento

En aquella para María Blasa triste noche, la infeliz mujer confió a señora Rita sus penas y desgracias, en medio de un acerbo llanto que casi no le daba tregua a decir las palabras.

La buena labradora, al enterarse de lo ocurrido y entender que todo tenía como única causa la refinada maldad de Peñafiel, y su sed de venganza, al pronto abrigó en su pecho la ira; pero reflexionando luego que el verdadero criminal no podía ser castigado como en su deseo quería, y entendiendo que de la publicidad del crímen solamente resultaría la deshonra de la víctima, decidió callarlo y poner los medios decorosos necesarios para encubrir la infamia. Consoló a María Blasa como pudo, dándole esperanzas que ella no tenía pero que por de pronto proporcionaban treguas para reflexionar con más calma.

Como primera providencia tomó la resolución de despedir de la casa a Juan Cruz, aunque tenía el con-

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

vencimiento que no él sino el vino y los malos consejos habían sido la causa de lo sucedido. Más esta su determinación no tuvo motivo para realizarla porque Juan Cruz no apareció al trabajo de la casa en dos días seguidos, y al tercero sólo apareció Gregoria desolada, llorando y diciendo que su Juan se había vuelto loco, pues llevaba dos días sin comer y que en la noche la había castigado, y que luego furioso, rompiéndose la ropa salió huyendo y gritando que lo iban a prender.

Con la nueva quedóse Rita aterrada, convenciéndose de la certeza de la relación de Gregoria, porque en aquel momento entraba Domingo Díaz que regresaba de la era y confirmó lo relatado, añadiendo que Juan Cruz iba corriendo camino del monte dando gritos y con la ropa despedazada, y que los peones de la era no pudieron atajarlo porque de cada manotada los despedía derribándolos. Que él iba a dar parte a la Justicia para que enviara gente a cogerlo no fuera cosa que el infeliz se matara o hiciera alguna otra barbaridad.

Todo aquel día hubo gran revuelo en la Villa de arriba porque a la gente todo se le iba en relatar la locura de Juan Cruz, aumentando los hechos y corriendo noticias de que si se hallaba en el monte de la Mina o en las Montañas.

A cosa de las diez de la noche, los vecinos que fueron en persecución del loco tragéronlo atado, con retenidas y con muchos golpes de palo en las costillas, porque enfurecido al no poder hacer uso de las manos defendíase a dentelladas.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

Conducido a su casa aisláronlo en un cuarto cuyas puertas atrancaron con fuertes barrotes.

El miserable loco, rendido de cansancio, de hambre y de fatiga, tiróse en el suelo y se durmió.

Cuando despertó al otro día, abalanzose hambriento a la comida que allí le habían puesto, pero tan pronto ingirió el alimento se le desarrolló un fuerte calenturón que volviéndolo a excitar alarmó a la pobre Gregoria obligándola a huir, y al temeroso vecindario a conducirlo amarrado a la cárcel, donde puesto en el cepo ya pudo ser lidiado sin temor a sus acometidas.

Más de un mes pasó el desdichado loco entre la vida y la muerte maldiciendo en su delirio a Peñafiel y tapándose la cara horrorizado cuando la imaginación le representaba el espectro de su víctima.

Al fin los accesos de la fiebre que lo exaltaban fueron más tardíos, y cuando esta lo abandonó siguióle un estado de abatimiento y laxitud que a veces dió lugar a otro periodo de lágrimas y pesar que lo redujeron al esqueleto y la piel. Pero no estando ya furioso sacáronlo de la cárcel, y aunque fué a su casa, abandonóla pronto para vagar por los campos donde se pasaba los días y las noches, acercándose a las casas a pedir comida cuando el hambre lo obligaba, dando cada día más pruebas de cordura, pues a ratos prestaba ayuda en las labores del campo, hasta que por impulso propio se recogió a su casa, y si bien estaba siempre taciturno y no ponía los pies en la mansión de Domingo Díaz, a nadie hacía daño alguno.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

Preparativos de boda

A los pocos días de la fiesta del Corpus en que, según queda dicho, se había publicado de un modo oficial el compromiso de Ramón Patricio y Angelica, el maestro de carpintería Antonio Domínguez y el mampostero señor Ventura, con sus correspondientes oficiales y peones trasladáronse a la morada de señor Domingo Díaz para dar la última mano y poner los perfiles a la fábrica de la nueva casa, la que junto a la primitiva de sus padres y en parte de ella, el rico labrador venía construyendo hacía años a partes y por temporadas con la idea acariciadora de tener a su única hija cerca de sí cuando esta tomara estado, pues lo mucho que la amaba no le permitía dejarla ir a vivir fuera del techo paterno

Por su parte, señora Rita, aunque estaba bastante abundante de ropas de cama, mantelería, y de las demás del tragín de una casa de la categoría de la de estos hacendados labradores, pues tres cajas de cedro estaban repletas de sábanas, tohallas y otras varias piezas, entre ellas desde la creyuela y el alimanisco

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

hasta el lienzo fino del país, cuyo material había pasado por sus hacendosas manos, bien en la linasa de la semilla o en los últimos puntos que constituían las piezas en que estaba empleado, a pesar de todo esto, repetimos, creyóse en la necesidad de completar el ajuar de su hija, según ella decía, aunque realmente sólo era aumentar el depósito de piezas de ropa que poseía, porque si el presente podía satisfacerlo con holgura y comodidad, su carácter previsor hacíala mirar todo en corta cantidad para el porvenir. Así pues, en el cuarto de costura dos mujeres no daban reposo a la aguja, luciendo al poco tiempo sobre una gran mesa la pila de sábanas de creyuela, los forros de almohadas con largos encajes y faralanes, y otras cien prendas más que solo las mujeres de gobierno saben darle el valor que se merecen y la ocupación precisa a que con acierto las destinan.

Tambien a señor Domingo tocóle su parte en esta revuelta casera, porque su gobernosa Rita con tiempo encomendóle la parte del papeleo en la Vicaría, pues como lista que era no echó en olvido que la estancia de Ramón en Cuba, y su parentesco con Angelica hacía se necesitaran otras formalidades más que las ordinarias; y así fué, porque al hablar señor Domingo con el Beneficiado Acosta y Brito, este manifestóle se necesitaba para la celebración del matrimonio, además de la declaración de libertad y soltería, del señor Ramón Patricio, la dispensa del cuarto grado de consanguinidad con que los novios estaban ligados. Pero estas dificultades, si lo fueron sólo afectaron al tiempo, porque

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

como don José Acosta y Brito, además de Beneficiado de la Parroquia era a la vez Vicario Foráneo del Partido, su amidad con el rico labrador dispensó a este de muchos pasos, allanándole el camino hasta poner en sus manos los expedientes de forastería y parentesco para que los remitiera a la Curia eclesiástica de Canaria, donde habían de recibir su terminación, encargándole al tiempo de entregárselos que procurara encomendarlos a una persona de influjos para su pronto despacho.

Con esta advertencia, pensando el padre de Angelica que nadie le podría valer mejor que su amigo D. Alonso de Nava, con los papeles encaminóse a la casa de este prócer y le expuso el caso, a lo que con toda voluntad fuéle prometido que descuidara el asunto, pasando luego el Marqués a darle la enhorabuena por la boda de su hija y conversando con él del Gremio y de otros asuntos públicos de la época, saliendo nuestro labrador confiado y satisfecho de la aristocrática morada, no tanto por el valimiento de su amigo, que era mucho, cuanto porque los acreditados prestigios de su palabra empeñada dábanle la justa fama de cumplido caballero de que en justicia disfrutaba.

Efectivamente, al mes no cumplido, a las Oraciones de un día de Agosto, con un criado de la casa del Marqués recibía señor Domingo Díaz una carta, un pliego con papeles y un gran paquete; y como ya no se veía bien, señor Domingo, sin dejar marchar al mensajero, a quien hizo sentar y esperar, pidió luz y calándose las gafas abrió la carta, y aunque leyó para

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

sí, nosotros también lo haremos con el fin de referirla al curioso lector:

«Laguna, 29 de Agosto de 1817.

Sr. D. Domingo Díaz.

Mi amigo y dueño: tengo el gusto de remitirle los papeles de su encargo, que acabo de recibir del administrador de Canaria, que los envia por el barquito de Agustín Roque, cuyo hijo Juan los trajo a esta Ciudad. Como verá, viene todo despachado según se pedía, con el aditamento de no haber costado nada; y como usted pudiera creerse que el obsequio es cosa mía, para que sepa a quien tiene que agradecerlo, me permito incluirle la adjunta que recibí con ellos.

Interin yo pueda ir a saludar a su esposa y a la niña Angelica, hágame el favor de presentar a esta en mi nombre ese pequeño obsequio para su boda, tributo muy debido de mi aprecio a sus virtudes y al que me merece toda su familia.

Sin más sabe es su favorecedor y amigo

q. b. l. m.

Villanueva del Prado.»

La carta a que esta del Marqués hace referencia, decía:

Canaria, 24 de Agosto de 1817.

¿Cuándo los amigos tendrán confianza con los

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

amigos? ¿cuándo llegará a entender el Sr. Marqués de Villanueva del Prado que el Obispo de Canaria desea encontrar oportunidades para poderle servir? ¿De que medios se valdrá este Obispo para hacerle entender que es el mismo Manuel Verdugo y Albiturría que con tanta familiaridad trató en la Corte? ¡Vamos, Sr. Marqués!, que para no ser sorprendidos por su Administrador se necesitó toda la sagacidad de mi Secretario de Cámara que descubrió el secreto. Además, amigo mío, sepa que no entra sólo en este pequeño obsequio la mucha correspondencia que debo a V. S., que tambien ayuda el aprecio que le tengo a su amigo y protegido Domingo Díaz, cuyo tipo simpático, franqueza campechana, piedad sincera y caridad sin orgullo, me chocó en gran manera cuando hice en la Santa Visita la junta de vecinos de la Villa de arriba, para animarlos a la terminación de la Capilla Mayor de la Parroquia de la Concepción, por todo lo cual bien merece entienda que su Obispo no lo olvida, y mucho menos si viene abrigado aunque *ab ocultis* con el manto de tal protector.

Deseando que a toda la apreciable familia la mantenga Dios Nuestro Señor en Su Santa gracia y perfecta salud, se repite

Amigo y S. S.

Manuel, Obispo de Canarias.

Sr. Marqués de Villanueva del Prado.

Cuando Domingo Díaz leyó las dos cartas, se quitó las gafas, fué a su alcoba, y tomando un peso duro

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

púsolo en la mano del criado, diciéndole «toma esto para tí, y dí al Sr. Marqués de mi parte que ya pasaré a darle las gracias personalmente por lo muy reconocido que le vivo».

El portador, a quien el contacto del duro en la palma de la mano lo tenía fuera de sí, tan pronto le dieron la libertad, dando gracias a medias retiróse a toda prisa no fuera cosa que el labrador se volviera atrás y le pidiera la vuelta; pero cuando se convenció de que nadie venía en sus alcances, todo se le iba en mirar la moneda y meterla en el bolsillo, porque la pasión de recrearse en ella veníale al mismo tiempo que el temor de que alguien pudiera arrebatársela de las manos.

Más interín el criado corría a toda prisa a la casa de sus amos, Domingo Díaz, volviéndose a calar las gafas llamó a señora Rita y a Angelica y les leyó las cartas; y como aún no había abierto el paquete, conociendo el deseo que en las dos mujeres se había desarrollado y además el que él tambien sentía por descubrir su contenido, díjolas:—Vaya; desanden eso y vamos a ver que es lo que regalan a Angelica—, la que no haciéndose de rogar descubrió en una caja de cartón un gran chal de seda de color rosa con bordaduras en los extremos, y en otra cajita pequeña que venía en el centro unos pendiente de oro de peregrina hechura, con piedras topacios que dejaron encandiladas a las mujeres y que a Díaz hizo exclamar:—Este regalo está medido por la persona que lo hace... es mucho hombre este Sr. Marqués.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

En la visita nocturna que diariamente hacía Ramón a la casa de su novia después del día del Corpus, participó de la satisfacción de la familia por el obsequio recibido, y en el cónclave de aquella noche quedaron asentados los puntos siguientes: Que la boda, Dios mediante, se celebraría el sábado dos de Octubre, que era el día de Angelica. Que esta escribiría una carta de agradecimiento al Marqués, para la que daría el borrador el P. Maestro Armas, Dominico, amigo de la casa y pariente de Sra. Rita, y que cuando la tuviera escrita Domingo iría a verle y él sería el portador, porque como el Marqués estaba enfermo de una pierna, de la que padecía a largas temporadas, y que solo le permitia pasear en coche (único que entonces rodaba por las calles de la Ciudad) no era cosa de esperar a darle las gracias cuando viniera a verla, según prometía.

Por último convinose en que al siguiente día se le llevarian los papeles al Sr. Beneficiado para que sin prisa los fuera arreglando para el tiempo prefijado.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

Una boda de labradores ricos

En los últimos días de Septiembre la casa de Domingo Díaz ofrecía un trajín de gente que entraba, salía y se quedaba. trajín que duplicó y aún triplicó al mayor que en ciertas épocas ofrecía en ella la labranza; y como el lector entenderá, era su causa que a las últimas operaciones de la recolección en aquel año uniéronse los preparativos para la boda de la «amita» con Ramón Patricio. Y aunque estos quehaceres proporcionaban risa y alegría, no dejaba de llamar la atención que señora Rita y María Blasa no estaban tan contentas como debieran estarlo, pues a la legua conociaseles que hacían esfuerzos por aparecer regocijadas.

Sin embargo, a estos síntomas, que no pasaron inadvertidos para Domingo, Angelica y Ramón, no se les dió mayor importancia porque el padre atribuyólos a la preocupación por la suerte de Angelica, esta al temor que pudiera cansarle el que el amor al marido les mermara el cariño que les tenía, y Ramón al miedo que les pudiera infundir el recelo de si él en algún día le ocurriría poner casa aparte. Así pues, a señor Do-

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

mingo todo se le iba en alabar al futuro yerno, y por lo tanto en demostrar su contento. Angelica, por su parte, siempre que se le ofrecía oportunidad reconvenía a su futuro delante de señora Rita y de Blasa, diciéndole que lo abandonaría si trataba de separarla de ellas; y por último, Ramón protestaba de que solo la vida de familia era su ideal. Pero como nada de esto era obstáculo para que los sucesos corrieran a su realización, la víspera de S. Miguel presentóse el Párroco en la casa de nuestro labrador y le tomó los dichos a los novios, y al día siguiente desde el coro de la Parroquia el sochantre echó a rodar a los dos muchachos publicando la primera y última amonestación.

A pesar de su tristeza, Blasa no paraba pie ni mano dentro de aquella casa, pues además de que con el enjalbegado todo el ajuar se removió, fregando, restregando y limpiando lo que a cada manipulación pertenecía, el avío de comidas túvola ocupada los tres días anteriores al casamiento, disponiendo y facilitando todo lo que pedían las dos cocineras que para hacer el gran comistraje se habían contratado exprofeso, viéndose en la noche del tercer día uno de los cuartos de la casa abarrotado de bandejas con jamón, pavo, gallina estofada, lechoncillos asados, natillas, manjar, etc., etc., amén de las que contenían los bizcochos, rosquetes, masapanes y otra porción de confituras, y una monumental tortada de alfeñique con que la monja Sta. Inés, prima de señora Rita, obsequió a prima y sobrina en la boda de esta.

En la madrugada del día dos de Octubre, todavía

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

de noche cerrada, Angelica, con su vestido de seda negro, corpiño azul, mantilla de blondas, airosa peineta y luciendo al cuello gran collar de perlas, y en las orejas los pendientes regalo del Marqués, con paso firme, acompañada de su padre y seguida de su madre y de Ramón que marchaba a su lado y de numeroso séquito de amigos y amigas de la casa fuése a la Parroquia en la que ya la gente de Iglesia le tenían preparada con gran lujo la Capilla del lado del Evangelio, en la que por motivo de la nueva fábrica aún permanecía la Imagen de la Patrona.

Quiso el párroco Sr. Acosta y Brito desposarlos por sí, pero terminada la nupcial ceremonia ofreció el altar para que los velara al P. Maestro Armas, como pariente de la novia, el cual, admitiendo el convite dióles las bendiciones nupciales, a las que acompañó el órgano y apadrinados por señor Domingo y por señora Rita, todos arrodilláronse sobre los cojines que estaban preparados al efecto, y allí recibieron los contrayentes la Sagrada Comunión, para lo cual se habían preparado con la confesión en la noche anterior, diligencia a la que fueron llevados después de las Oraciones por el señor Domingo.

Al salir de la Iglesia, cuando era claro el día, ya Ramón iba al lado de Angelica, y Pedro Patricio, que para este acto se había puesto de tiros largos, encargóse por comisión de señor Domingo de repartir la limosna entre los pobres que esperaban a la puerta del templo, única y magna diligencia que se prestó a ejecutar en la boda de su hijo, a pesar que antes que a ningún particular se le había dado cuenta del proyecto matrimonial, como así era justo.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

Cuando la comitiva entró en la calle Empedrada todas las puertas y ventanas de las casas encontrábanse ocupadas y de todos los labios salían bendiciones, pues la casa y familia de Domingo Díaz era el orgullo del barrio, y era general el interés por su aumento y prosperidad, pues considerábanla, y en esto no se engañaban, como la suya propia; así, que las muchachas, aunque la estación era escasísima en flores a porfía obsequiaron a los novios tirándoselas abundantes a su paso.

Al llegar a la casa, criados y serviciales recibieron a los recién casados y a su comitiva arrojándoles flores mezcladas con hoja de romero y poleo, teniendo en la sala de la casa nueva donde fueron recibidos, una gran mesa al centro que casi tocaba a los extremos del local, cubierta de blancos manteles y abarrotada de copas y vasos de distintos calibres, muchas botellas con líquidos de variados colores, porción de bandejas con dulces de todas clases y una fila de posillos de chocolate, por las orillas de la gran mesa casi unidas unos con otros, cuyo humeante y aromático olorcillo llenaba toda la sala.

Los convidados que eran muchos, fuéronse colocando en la larga fila de sillas que estaban junto a las paredes, tomando las de la cabecera del testero señor Domingo, su mujer y Pedro Patricio, teniendo el primero a su derecha al Beneficiado Acosta y Brito y su amigo el clérigo D. Rafael Hernández Cupido y señora Rita al dicho Pedro Patricio y al Padre Maestro Armas. Luego que los novios vieron a sus padres colocados en sus sitiales correspondientes, fuéronse a ellos, y puestos de rodillas les pidieron la bendición, que les fué

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

dada no sin lágrimas por parte de Domingo y Rita y sin inmutación por la de Pedro Patricio. Pero Angelica, siempre prudente y avisada, luego que se desprendió de los brazos de su madre volvióse a su marido y le dijo:

—Ramón, vamos a tu casa, pues ya que tu madre, por su padecer no ha podido venir, quiero que nos dé su bendición.

—Pero mujer, a la noche iremos, que no vamos a tener esperando a los señores.

—No; los señores pueden comenzar a refrescar y padre y madre los obsequiarán. Vamos, que cumplir con tu madre es un deber.

—Si señor, dice bien Angelica—añadió el P. Armas —y así, Ramón, dale gusto.

Conforme el aludido, dijo—bueno, vamos—y dirigiéndose a los presentes añadió—vayan ustedes refrescando, señores, que luego venimos.

Los nuevos esposos, acompañados de Pedro Patricio, fueron a la casa de este y cumplieron con el deber que allí los llevaba, atención que hizo llorar a todo trapo a la obsequiada suegra de Angelica, quien bondadosa y sufrida llevaba en paciencia la aspereza de genio de su hombre, porque no dejaba de conocer la compensaba la mucha honradez y laboriosidad de que estaba adornado, en las que pecaba por exceso, según se ha dicho.

Al llegar Angelica a su casa le dijo a Ramón—vete tu a la sala que yo voy a quitarme esta mantilla—y vivaracha dirigióse a su alcoba dando voces por Blasa con el pretexto de que la ayudara, pero en realidad no era sino para colgársele al cuello y desahogar en el

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

pecho de aquella leal mujer todos los sentimientos de gratitud y de cariño que la oprimían el corazón y que le pedían les diera expansión.

En efecto, tan pronto entró Blasa en la alcoba, Angelica, sin aún haberse desprendido de la mantilla abalanzóse a su fiel criada y estrechóla en sus brazos, y así unidas dieron suelta a las lágrimas, confirmando esto la antigua sentencia de no haber boda sin que estas traidoras de la alegría no aparezcan.

—Vaya, amita, vaya, no más llorar... Ahora ya el Señor me puede llevar como se lo pido, pues la veyo amparada con un hombre honrado y de mi gusto.

—¡No faltaba más! ¿Y por qué te quieres morir, boba?

—¡Gua, amita!, porque ya no jago falta a naidie, y amás de más estoy de pico; y pa ser disgraciada y pasar trabajos, más vale morir...

Y como un nuevo sollozo le viniera a la garganta fuése corriendo a la cocina.

Aunque a Angelica le chocaron las expresiones de Blasa, atribuyólo a no saberse explicar de otro modo, y luego que se arregló el tocado hizo su entrada en la sala, donde, aunque todos se encontraban ocupados, pues el que no tenía el posillo de chocolate en la mano tenía la copa o el dulce en la boca, nada de esto fué obstáculo para que un murmullo de aprobación saliera de todos los labios, apresurándose cada cual a obsequiarla y hacerla lugar ofreciéndole asiento; pero ella, dando las gracias complacida, fuése al círculo donde se hallaba su madre, besóla de nuevo y sentándose a su lado vióse rodeada de sus amigas y obsequiada por

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

Ramón y los suyos, llevándose, como reina de la fiesta, las miradas y las atenciones de los concurrentes.

Antes de que se cumpliera la hora, los invitados de más cumplido, entre los que se contaban el Beneficiado, el P. Maestro y el clérigo Cupido, despidiéronse deseando a los esposos eternas felicidades y fuéronse a sus ocupaciones. A las nueve de la mañana sólo quedaban en la casa los invitados de más intimidad y de la parentela de ambos consortes que habían de gastar mesa y mantel, que no por la intimidad y parentesco eran en corto número, aunque como era natural la mayoría hacíala en ellos la gente joven recien casada o en pretensiones de serlo, por lo que los unos estaban allí a cobrar la peonada que ya tenían ganada, y los otros a adeudarse más para el día en que les tocara pagar en su boda.

Cuando los muchachos se vieron libres de la gente de respeto tiraron de las guitarras, y después de afinarlas rompieron unísonas las dos que habían y una bandurria con la «Malagueña», que sacaba las ganas de cantar a la boca, y en cuyo canto lucieron sus voces más o menos afinadas hombres y mujeres con cantares alusivos al caso, pasando alegre el rato en canto, charla y libaciones, con algo de sólido de la abundante variedad de dulces, todo como aperitivo para la comida. Pero cuando la animación era mayor, callaron de repente las guitarras y todos fijaron la vista en la puerta de la sala por haber oido en ella un sonoro «Ave María Purísima», que casi a coro fué contestado con un «Sin pecado concebida».

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

Un paréntesis

La salutación habíanla dicho tres frailes franciscanos: el uno ya bastante anciano, pero fresco y de tes sonrosada, a pesar de las arrugas que le plegaban el rostro, y los otros jóvenes, morenos y pelinegros, cuya palidez hacíales más expresiva la mirada penetrante de los ojos vivos e inteligentes que les alumbraban la cara, las que como la del P. anciano tenían abrillantada por la reciente rasura.

Era el primero el P. Lector Palomo, ya jubilado en su honorífico empleo, y los segundos los hermanos Fray José y Fr. Miguel González, primos hermanos de Ramón y sus íntimos amigos, pues con él, en sus años juveniles, habían corrido tras los bueyes en los manchones, aguiciando los perros, luchando hasta molerse los huesos, amen de algunas pilladas corridas juntos, como las de comer fruta en lo ajeno y sacar algunas mazorcas de millo tierno en verano para asarlas con panascos secos y darse una tripada de lo lindo, con exposición de darle a ganar algo a D. Antonio el Boticario, que hacía unas purgas de siete cosas y jalapa virgen, que para retorti-

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

jos de tripas eran una bendición de Dios, pero que arrancaba un tabardillo como por ensalmo.

Causaba la presencia de estos frailes en la boda de Ramón, además del parentesco, un compromiso contraído, porque siendo visitado por sus primos a la llegada de la Habana, al ir al Convento pasado algún tiempo a pagarles la visita y a felicitarlos por haber recibido las sagradas órdenes del Diaconado, encontróse en la celda del Fr. José con el P. Guardián de la Casa, y corriendo la conversación dijo aquel.

—Mira, Ramón: si el Señor me deja cantar misa, como así lo espero, y P. Guardián me da licencia, te convido para padrino de mi misa nueva.

—Por lo de la licencia, hermano, concedida—dijo el Guardián.

Pero Ramón, callando un poquito, contestó:

—Bien, seré tu padrino y te acompañaré a la mesa en ese gran día, pero a condición de que el día en que yo me case con mi prima Angelica, tu y Miguel me habeis de acompañar tambien a la mesa.

—Eso, Ramón, no te lo puedo prometer porque no está en mi mano—, contestó el aludido, que quedó mirando al Guardián.

—Mire, hermano; ya sabe S. R. que por punto general, no debemos frecuentar esas fiestas; pero tratándose de la boda de su primo y en la casa que es, si para ese tiempo soy yo el Guardián de esta, desde luego tienen los dos mi licencia, siempre que el amigo admita una boca más de uno de los P. graves que los acompañe.

—Pues cuente S. P. que le cojo la palabra—dijo

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

Ramón—porque si Dios quiere, el casamiento será para San Miguel.

—Nada, amigo: lo dicho está dicho.

Hablado esto, el Superior se despidió dejando a ambos primos en buena conversación.

Y a este anterior compromiso es el que acudieron a cumplir los dichos frailes primos con el respetable anciano, que traía el cargo de fuerza moderadora.

Sin ninguna clase de empacho, los frailes franciscanos saludaron en orden y por orden de prelación, pues el viejo Lector jubilado, después de dar la enhorabuena a la novia, estrechar la mano a señora Rita y dar un abrazo a señor Domingo, volviéndose a Ramón púsole las manos en los hombros y le dijo:

—Vamos, muchacho: a seguir la honradez de la cepa de donde procedéis para que la bendición de Dios permanezca en tu casa. A cuidar a estos viejos, que como yo piden jubilarse, y ten presente que de lo que el Señor te de con abundancia no eres el dueño sino el administrador, que eso es de los pobres. No olvides que en esta casa hay prosperidad porque el pobre siempre ha encontrado en ella amparo, y ahora toma la bendición de mi P. S. Francisco, y a divertirte que es día de eso.

Dirigiéndose luego a Domingo añadió:

—¡Ea, amigo: nada de estar serio que no hay para que. Saque esa caja y venga un polvo, y bendigamos a Dios.

Los primos siguieron el orden de su preceptor, sólo con la diferencia que abrazaron a Ramón muy apretadamente, sobre todo el Fr. José, que era más vehemente que su hermano Miguel.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

Viendo el P. Palomo que las guitarras dejaron de sonar desde su entrada en la reunión, observando no seguían se levantó y dijo:

—Vaya, ya está hecho el cumplido. Ahora nos retiramos para que ustedes sigan en su fiesta con toda libertad.

—¡Cómo!... que, ya se van S. R.R?—exclamó señor Domingo.

—Vaya que sí, porque yo vine con la intención de echarles un cantar a los novios, y noto que con toda descortesía no se me quiere obsequiar.

Sonrióse y acercándose a un rincón donde había una de las guitarras, la tomó y dijo:

—Pero como no quiero pelear con esta gente, veré si yo me lo toco, yo me lo canto y yo me lo como.

Y diciendo y haciendo sentóse, afinó el instrumento, y luego de tocar con mucha precisión y maestría una sonata, que dejó admirados a los jóvenes aficionados, pues era un peritísimo tañedor, comenzó a tocar con igual perfección unas folías, y aunque con voz algo temblona cantó la siguiente copla:

«Miren los recien casados
A San José y a María.
Ellos le darán la mano
para llevar santa vida».

Volvióse a Fr. José y—¡Vamos, Fr. José, que no se diga que queda por los primos.

—¡Pero Padre!...

—Sí, hijo, sí. Dios Nuestro Señor siempre está con el que lo lleva presente.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

Quedóse el aludido un poquillo pensativo y luego salió con este cantar:

«Yo le doy los parabienes
A mis primos desposados,
Por ser de isleñas familias
De labradores honrados».

—¡Bien por Fr. José!—gritaron todos—Ahora le toca a Fr. Miguel.

—¡Ay, Padre; bien sabe Dios que yo quisiera complacer a todos, pero José y el mismo Ramón saben que nunca he podido hacerlo!

—Si, señor, si, cierto es,—dijeron a una los aludidos.

—Bueno, bueno: yo no quiero que mis frailes canten dando piñas. Cuando ustedes lo dicen, que anduvieron juntos haciendo ruindades, cierto debe ser.

—A ver, otro; luegito, que me canso—gritó entusiasmado cada vez más el viejo fraile.

Uno de los jóvenes presentes, que tenía facilidad para arguir (improvisar) levántose y con buena voz correspondió a la invitación cantando:

«Viva la gente de iglesia
que va de pata a la llana,
que no le estorba la sencia
a ser buena y campechana».

Cuando se terminó el cantar, el buen P. Lector paró de tocar y dijo en tono de formalidad al improvisador:

—No toco más porque este pícaro nos ha echado en cara que somos unos pobretes que no podemos gastar medias.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

Sonrióse y alargando la guitarra a uno de los tocadores, añadió:

—Vaya, hijos; tocad vosotros y divertios santamente.

Luego encaróse con señor Domingo, a quien puso una mano en el hombro.

—Domingo, esto ya no está para nosotros... Saca, saca otra vez esa caja de plata tan primorosa y dame otro polvo, que me parece lo he ganado bien ganado.

—No; antes os vais a tomar una copita.

—Eso si que no, porque me quitaría la gana de comer y quiero que sepais el buen diente que tiene un fraile de San Francisco cuando llega a una de estas, porque hijo, el hermano Fr. Cipriano el cocinero nos tiene de potages y papas y pescado, que creo que si no se enmienda nos lleva a todos al «De profundis».

Rieronse todos, y con la licencia del anciano reanudaron los jóvenes la tocata y el canto; pero a los pocos momentos entró señora Rita acompañada de Blasa y de otras sirvientas, diciendo:

—¡Ea!, marcharse todos a la sala vieja o a donde querais, porque hay que arreglar la mesa, que la hora de comer se acerca.

—Nada, Padre Palomo; vámonos—dijo Domingo—porque estas mujeres nos corren.

Tomando de la mano al fraile se fué con él, y tras ellos otros viejos más y los dos frailes restantes. Mas la gente joven que vestía bragas marchóse con las guitarras por la gran cocina al patio; y como se sentía calor en la dichosa sala vieja, unos de los concurrentes

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

dijo:—Los muchachos lo supieron hacer mejor que nosotros, pues se fueron al patio. Soy de parecer que nos vayamos allá.

Y diciendo y haciendo, levantóse, tomó dos sillas y salió en busca de la corralada, en la que las altas paredes de la casa proyectaba en aquella hora buena sombra, ejemplo que toda la plana mayor masculina siguió presurosa, interín la parte femenina se engolfaba en el trajín de desocupar la mesa, poner manteles limpios y aparatarla para la comida, contando los asientos por comensales, ocupación asaz difícil, pues siempre aparecía en la cuenta un nuevo personaje que la memoria, preocupada con el barullo, se había dejado olvidada.

Mientras las mujeres se gastaron su hora y media larga en todo este manipuleo, la parte de gente moza que se hallaba en el patio, como estuviera cansada de cantar y tocar las guitarras y con las cabezas algo calientes por las copillas, dos de ellos, Pepe Alvarez y Antonio Santiago, que estaban algo más alumbradillos, trataron de darse una lucha, para lo cual se agarraron como mejor pudieron, haciéndose con las fajas unos agarraderos al muslo, despojados de la chaqueta y del chaleco. Pero como Sr. Domingo viera que se iban a desgarrar la ropita buena que tenían, les dijo:

—¡Muchachos: esperaos que os vais a romper la ropa!

Y dirigiéndose a uno de los criados presentes, añadió:

—Ve, Tomás, y dile a Rita que mande tres camisolas y dos bragas de las del trabajo de ustedes.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

Cuando los luchadores oyeron esta orden empezaron a palmotear diciendo:

—¡Viva primo Domingo!... ¡Vivaaa!... ¡lucha tenemos!... ¡Caraita!, pero el suelo está duro.

—Nada: sacad unas cestas de paja molida y tiéndanla.

—Sí, pero resbala.

—No: si quitais los cañoncillos no resbalais, y sobre todo, más vale que lleveis un talegazo que no que os vayais a romper o a ensuciar la ropita.

En fin, todo se hizo como el rico labrador ordenaba, con el aplauso de viejos y de jóvenes, aunque de estos sólo cinco estaban dispuestos a darse un sobado de costillas.

Preparado todo, con gran alegría los primeros campeones fueronse a la gañanía, despojáronse de la ropa exterior, y poniéndose sobre la interior las camisolas y bragas salieron al improvisado terrero, y casi al minuto el Alvarez medía el suelo, pues a un desvío del Santiago, el vinillo que tenía en la cabeza no pudo resistirle el envite y contribuyó a su caída.

Sacó la cara por el vencido Pedro Clemente, quien también cayó por una palmada; y aunque protestó que había resbalado, la lucha dióse por buena por fallo de los viejos, en el que entraba el dictamen del P. Palomo y de Fr. José, a quien el hábito se le reía del desconsuelo por no poder echar una manita, pero que el respeto al Padre Lector le contenía a intentarlo.

En desquite salió Antonio, hermano del caído, jovencillo de apenas veinte años, que con un cango

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

dióle al vencedor Santiago una lomada soberana. Pero el chico, lo mismo fué ver caído a su contrario que tenderle la mano, levantarlo y darse un abrazo entre risas y bromas.

Salió en quinto lugar Felipe Abreu, afamado luchador que con sus 25 años estaba en la plenitud de su gallardía. Cuando el chico Antonio se vió delante de él, le dijo:—pero que voy yo a jacer contigo?—Mas sin cobardía agarróse haciendo todo lo que pudo, pues se defendió de un magistral desvío de su contrario, igualmente que de la levantada, por donde intentó tirarlo. Al fin, una agachadilla hízolo salir como una pluma.

Intrigado señor Domingo porque el buen rato durara, hizo salir a luchar con Felipe a sus dos criados, quienes, aunque diestros en el arte, también rindieron parias al vencedor.

Felipe que ya se daba por dueño del terrero, cuando levantándose el P. Palomo dijo:— ¡Eh, alto! Todavía, todavía no te des por victorioso, que aún me quedan mis dos frailes. ¡No faltaba más!... A ver, Fr. Miguel; quítese el capillo, recójase el túnico, y a la buena de Dios.

Esta ocurrencia produjo en los presentes una explosión de risa. Pero Fr. Miguel, sin desplegar los labios hizo lo que se le había mandado, recibiendo en pago de su obediencia una mediana costalada, efecto de una palmada, que, aunque bien recibida, no tuvo otro remedio que caer.

Cuando el viejo Lector vió en el suelo a su fraile,

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

limitose a decir:—¡que salga por cáida Fr. José, que a él le toca por hermandad de sangre y de hábito!

Este, a quien en la cara se le notaba el deseo de luchar, desde hacía rato—pues le retozaban dentro del cuerpo los recuerdos de sus tiempos de luchador—, no se hizo de rogar ni repetir la orden, y en cuanto agarró, con la viveza de caracter que le era tan peculiar, diole a Felipe unos cuantos pases escaramuceando, y al llamarlo a sí como a quererle echar una levantada, aprovechando la oportunidad de la huida de pierna que Abreu hacía, le tiró un desvío con tanta fuerza, que en lo que Felipe salía por el suelo, efecto de la engañifa, Fr. José caía por el otro lado. Y aunque se puso en pie a toda prisa para dar la mano a su contrario, éste se levantó asaz malhumorado; pero como en el momento estallara una franca risotada entre los viejos y nuevos, volvióle el buen humor como por ensalmo, y riendo también abrazó a Fr. José diciéndole:—ciertamente, Pepillo, que de los que están aquí sólo tu podrías tumbarme; pero está visto que me engañaste. ¡Ay!, perdona que te dije Pepillo, que si no eres Cristo Dios todavía, lo vas a ser lueguito.

En esto apareció en la puerta del patio la señora Rita gritando:—¡Eh! A ver si dejáis el juego y se vienen para acá, que ya están aquí el P. Armas y don Rafael, y la comida se halla en la mesa.

A cuya llamada los luchadores fuéronse a la gañanía para ponerse la ropa de que se habían despojado, y los frailes con los viejos al interior de la casa, mientras el Lector Palomo decía:—¡Qué dirá el Padre

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

Armas cuando sepa que los muchachos lucharon!... Pero él sabe que mientras los franciscanos somos la gente como del campo de la Iglesia, ellos, los dominicos, pertenecen a los caballeros.

Mientras los muchachos se arreglaban sus trajes, la gente granada, después de la ablución de manos reglamentaria iban tomando asiento en la mesa por el orden en que los acomodaban, y en el que se guardaban las categorías que la dignidad, la edad y las circunstancias pedían, porque los desposados ocuparon un extremo de la mesa, colocando Angelica a su lado a todas sus amigas, y Ramón a los suyos. En el otro extremo pusiéronse señora Rita y señor Domingo, haciendo acomodo a sus respectivas derechas a los convidados de uno y de otro sexo ya entrados en años, de forma que los religiosos y el clérigo eran los más allegados a señor Domingo, y las hermanas de Ramón las que estaban al lado de señora Rita.

Echada la bendición por el P. Palomo, como el más anciano de los sacerdotes concurrentes, comenzó el festín nupcial por una suculenta sopa de arroz, hecha con sólo caldo de gallina y menudillos de aves, servida en platos soperos al colmo, y tras ella el tradicional puchero donde la gallina guisada lucía las pechugas tajadas al lado de las lonjas de ternera, chorizos finos y grandes trozos de tocino, un colmo de garbanzas tiernas y mantecosas al paladar, todo mezclado con las papas peladas que amarilleaban en fuerza del azafrán; la buena col cerrada, de cuyo rizado urdimbre no se había desprendido ni una hoja, la batata, el

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

bugango y una que otra cebolla cabezuda; cuyo guisado comían rociado parcimoniosamente con sendos vasos de vino tinto de la Caldera de Tegueste y del Portezuelo.

Por entre el ruido de platos y cucharas y de la conversación de los comensales sentíase la algazara que formaba la gente menuda de estos y de otros conocidos, la que, regentada por María Blasa, de pírgano de palma en la mano, en la mesa que de ordinario se usaba en la cocina hacía su parte en el banquete, pues para dejar en libertad a las personas mayores, allí la acomodaron con acertada precaución.

Terminado el puchero, presentóse en su propia asadera, cubierto de ruedas de cebolla y de lascas de pimientos verdes, un hermoso mero asado al horno, con sus correspondientes papas en la salsa, al que se le tributaron todos los honores hasta dejarlo en el espinazo, siendo seguido de dos sendas fuentes con grandes bolas de carne mechada, cuya salsa, cargada de especias dieron la voz de alarma desde que las entraron por la puerta de la estancia, desfilando a continuación por la mesa pollos estofados, jamón, pastel de pichones, tostones asados con sus collares de cinta de seda y flor de trapo contraecha en la boca, un pavo con el vientre atiborrado de relleno de almendras, pasas y huevos, escabeche de sama, natillas, manjar, dulce, frutas, desde la pera real al higo chumbo, todo en tanta profusión y abundancia, que a pesar de haber entre los comensales puntos afamados por el lastre que necesitaban para estar debidamente estibados, al fin tuvieron que darse por rendidos, confesando ingenuamente

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

no caberles ni un gramo más de sólido ni un dedal de lo líquido, por lo cual tuvieron que contentarse con ver desfilar ante su vista todo aquel tropel de platos y oir el mal humor de cocineras y serviciales, que hubieran querido verles reventar.

Llególe su fin a la comida con la acción de gracias y el rezo por vivos y por muertos; luego volviéronse los hombres al patio para tomar fresco y charlar interín comían criados y serviciales. Como a la hora de reposo fuéronse despidiendo, tomando cada cual el camino a su morada de forma que al atardecer ya nadie extraño quedaba en la casa.

Pero si todos procuraron el descanso, señora Rita, Blasa, la criada Rosalía y los dos criados de la casa, dirigidos por el ama, diéronles las once de la noche haciendo platos y reparticiones de la balumba de dulces y comistrajes sobrantes, para obsequio a los amigos y conocidos, y desde el Marqués, a quien se le adjudicó la gran tortada que la misma Blasa llevó en una cesta a la cabeza, protejida por cañas y cubierta de una sábana limpia, hasta el fondo de los calderos, que fueron designados a las familias de los peones y serviciales de la casa, a mas de otras golosinas, todo fué repartido por aquella vigilante y prudentísima mujer, porque su discreción sabía dar a cada cual lo que en su atención y caridad sabía le correspondía.

En fin, a las once del día siguiente, llevados los obsequios a los agraciados, o avisados para que fueran por ellos, pues como el lector habrá entendido, los había de todos calibres, la casa de Domingo Díaz reco-

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

bró su normalidad, sin otra diferencia de lo antiguo que la de que Angelica y su marido ocupaban la sala y alcoba de la casa nueva, la que si por la fachada aparecía ser distinta morada de la antigua, por el interior era una sola casa con más amplitud y comodidad.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

Hechos intermedios

Durante los cinco meses que duró la locura de Juan Cruz, habíase realizado la boda de Ramón Patricio y Angelica, acontecimiento que fué todo lo celebrado que se deja dicho y que merecía la fortuna de los novios y su hermosa gentileza. Pero como en la cadena de la vida por cada eslabón de oro hay dos o tres de hierro puro, señora Rita tuvo un disgusto horrible al convencerse que María Blasa sería madre en tiempo no lejano; como no ignoraba que aquella desgracia se la produjo la defensa que hizo de Angelica, el agradecimiento y la compasión por la víctima subíale de punto partiéndole el corazón de pena. También la había afligido mucho la muerte del anciano Cureña, y más aún la de Antonillo, quien, como los lectores saben, fué el padre nutricio de María Blasa.

Sobre todas las aflicciones de señora Rita sobrenadaba la que le producía el estado de su querida Blasa, y así se le oía decir a solas: «¡qué le diré yo a padrino cuando en el Cielo me pregunte por la niña que me confió!... ¡Ay, Señor; tu bien sabes que no he

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

tenido culpa!... ¡tu sabes, Señor, que la quise casar!...

¡Pobrecita Blasa... salvó a mi Angelica pero se ahogó ella!... ¡Dios mío... Dios mío, iluminame, que la cabeza se me parte!... No, esto no puede seguir así. ¡Señor, alúmbrame!...»

La pobre mujer afligíase sin consuelo.

Al día siguiente llamó a su marido, a su yerno y a su hija, y encerrándose con ellos en su alcoba los hizo sentar y les habló de esta manera:

—Los he llamado porque yo no puedo ya resolver por mi, que si no fuera así bien sabe Dios que nunca les dijera lo que quiero comunicarles.

A María Blasa yo la recogí y la he criado, pero bien saben todos que me ha pagado con creces lo que por ella tengo hecho, porque no hay perro más fiel que lo que esa buena Blasa ha sido para la casa, pues no sólo ha trabajado con fe pagando y repagando la comida y vestido que la he dado, sino que el cariño que a ti, Angelica, te ha tenido, y lo que por ti ha hecho, no hay dineros para pagarlo.

El enemigo malo que bobos teníamos en casa y que ayudamos a ser gente, nos ha querido como cuervo sacar los ojos; pero no pudiendo llevar a cabo sus malas artes, porque Dios es padre de misericordia, se ha vengado en María Blasa, y la infeliz hoy se encuentra en cinta y será madre dentro de unos meses...

—¿Qué dices, Rita?...

—Lo que oyes, Domingo, que por desgracia es muy cierto.

—¿Pero quién es el pícaro sinvergüenza?...

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

—Ese secreto, Domingo, irá conmigo a la sepultura. El que cometió el hecho creo tiene la misma culpa que el cuchillo o la escopeta con que se mata, pues el verdadero culpable es quien maneja el uno o tira del gatillo de la otra. Lo que si puedo asegurar y jurar por mi salvación y por la Hostia consagrada (al oir esta expresión los dos hombres se descubren la cabeza), que el Señor me la deje recibir en gracia, es que María Blasa es inocente, y que si llega a ser madre es porque la desgracia así lo quiso y porque el malo se vale de sus secuases...

Angelica, que desde que su madre había descubierto el estado en que Blasa se encontraba, no hacia más que llorar, exclamó:

—Madre: si para casar a Blasa con el hombre que la ha perdido se necesita dotarla, dótela en buena hora que yo y Ramón somos gustosos en ello.

—¡Vaya que *sí!*—añadió Ramón—, *y sin* que se venda nada porque yo tengo dinero para el caso; pero si el pájaro es quien yo me figuro, ese querrá picar más alto.

—¿Y quién crees tu que es?—preguntó Angelica.

—Hijita, no quisiera condenarme, pero yo, Dios me perdone, no pondría la mano en el fuego por Peñafiel.

Señor Domingo, algo molesto gritó a su yerno:

—¿Qué estás tu diciendo?... ¿creen ustedes que yo no veo porque me callo?... ¡Pues sepan que lo tengo muy sabido y muy entendido, que en esta casa hace ya tiempo que no se puede ver a mi ahijado!...

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

Se levantó y quiso abandonar la alcoba, pero señora Rita, con mucha calma se levantó también y muy seria replicó:

—Siéntese, señor Domingo, para que oiga y no crea que su mujer obra por fantasías:

Sepa, señor, que si me he callado y no le he dicho nada hasta la fecha, ha sido por no disgustarlo, tragándome yo sola las pesadumbres, que así me tienen de enferma...

Su ahijado, sépalo si no lo sabe, es el hombre más malo que ha parido mujer. Usted no ignora que empezó con su labia, que tiene mucha, a enamorar a Angelica, y usted, que no es bobo, así lo entendió y no lo veía con malos ojos, pues con su labia también a usted lo tenía alelado.

Pero ese pícaro no tenía para con su hija las intenciones de un hombre honrado, y si no cometió con ella una picardía más de las ya cometidas y de las que suele, fué por María Blasa, que como un fiel perro lo vigilaba, porque sepa usted, señor marido, se quiso entrar en su casa, en esta casa, cuando todos dormían en ella, que si el viejo Cureña fuera vivo él lo podía atestiguar, bien que usted sabe que su mujer no miente ni levanta un falso testimonio...

Sepa, que al paso que quería tener amores con su hija, los tenía y los tiene con la sobrina de doña Antonia Manzano, con quien dicen se va a casar, y sepa que al mismo tiempo le hablaba a una hija del Escribano don Francisco Galgo, que todo esto lo vieron y oyeron estos ojos y estas orejas que comerán

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

los gusanos: Y por último, sepa también que quiso violentar a María Blasa, bien que ella le dió una paliza, y si su ahijado dijo que la enfermedad del brazo que ella le golpeó fué de una caída de la yegua de tío Lucas, esto fué una de las tantas mentiras con que acostumbra llenar la boca...

Y ahora, señor Domingo, que sabe todo lo que ha hecho su ahijado..., si quiere saque la cara por él, que si su mujer y su hija pueden levantar la frente, a Blasa se lo deben, que no a su ahijado bonito y conversador.

—¿Y por qué no se me había dicho eso a mí?— gritó señor Domingo rojo por la ira.

—Porque V. es un hombre que gasta poca salud, y todos los de esta casa primero comen tierra que darle a V. una pesadumbre...

Sr. Domingo se levantó, y recorriendo a grandes pasos la estancia gritaba:—¡pillo, pícaro, que por mi es lo que es!...

¡Bueno; pero si él no fué quien desgració a Blasa!, ¿que tiene que ver en el asunto?

—Tiene que ver, en que queriendo vengarse de Blasa y de mi, y de Angelica en Blasa, con sus malos consejos inclinó a que le hicieran el daño que la infeliz sufre.

—Pero bueno; ¿y quien fué el pícaro? ¿crees tu que yo no puedo obligarle a pagar?

Al que fué, sólo Dios del Cielo puede obligarlo, y ya dije que de mi boca lo sabrá la tierra; y como esto es así, unicamente lo que hay que pensar es en como no se abandona a esta infeliz porque en la casa ya no

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

puede estar muchos días, pues cuanto antes no se podrá ya disimular su estado...

Señor Domingo quedó pensativo. Al poco habló:

—Todo está arreglado. Aunque me han pedido la tierra y casa en que vivía Antonillo y yo pensaba dársela a Juan Evangelista, su hijo, para no botar a Tomasa, ya no se la doy; al muchacho que se quede donde está, que no está mal, y que Blasa se vaya con Tomasa, que a las dos les dejo la casa y la tierra, pues Blasa la hará y cuidará como un hombre.

—¡Dios te lo pague—dijo Rita abrazándolo—; me quitas un gran peso de encima, porque yo no sabía qué hacer de ella!

—Pero te advierto, Rita, que en lo que Blasa no esté ejercitada en la tierra vivirá en esta casa, pues todo el mundo sabe que Domingo Díaz, si no consiente picardías, tampoco abandona al que bien le ha servido.

Suspendióse el cónclave casero, señor Domingo llamó a Ramón y en baja voz le pidió perdón por el mal genio que había tenido, lo cual concedió Ramón besándole la mano, y Angelica, en cuanto tuvo libertad corrió a la cocina abalanzándose al cuello de María Blasa rompió a llorar, haciendo esta lo mismo porque desde luego comprendió que aquella secreta reunión y los sentimientos de su amita estaban relacionados con su triste desgraciada situación.

Separadas y consoladas por señora Rita, entre todas pusiéronse a practicar lo ordenado por señor Domingo, preparando el ajuar de lo que María Blasa habría de llevar a la casa de su madre de leche.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

Perdón y promesa de amparo

Juan Cruz seguía ensimismado en su taciturnidad, y aunque muchos reputábanlo por loco, cuando al ofrecer en venta uno de los pedacillos de terreno que había heredado de una tía suya no faltó quien quisiera comprarla, quizás con la esperanza de tomarla barata por efecto de su incapacidad. Más al llegar a tratarla convenciéronse de que el loco no era tal para sus intereses, y así, el que la adquirió tuvo que pagarla en su justo valor.

Desde que Juan Cruz, no sin lágrimas de Gregoria, realizó el trocillo de tierra, sin que pudiera decirse que rondara las casas de señor Domingo y de María Blasa, es lo cierto que espiaba a todos los que entraban y salían en ellas.

Por fin, una tarde en que observó que señor Domingo estaba en el campo, y con él María Blasa, y que Angelica y su marido también habían salido, considerando sola en la casa a señora Rita, encaminóse a ella, preguntó por el ama, llegó donde estaba, que fué en el cuarto de la costura, tiróse de rodillas

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

ante ella y comenzó a llorar con tanta angustia y sentimiento que la buena mujer, que al pronto se había asustado, conmovida también, díjole cariñosa:

—Pero Juan, ¿qué tienes? ¿qué te pasa?—; mas como viera que la criada, temerosa de que el loco pudiera hacerle daño, se había quedado en la puerta, ordenóla:—véte, mujer, y cierra la puerta que Juan tiene que hablar conmigo...

Notando que a pesar de lo dicho la muchacha dudaba en obedecerla repitióle el mandato añadiéndo:—¡vete, vete!, que ni Juan me hace daño ni yo le tengo miedo.

Cuando el gigante, que ya no lo era sino en la sombra, se consideró solo con el ama, volvió a reanudar su llanto diciéndola:

—¡Perdón, ama, perdón!...—estrechándole las manos, besándolas y humedeciéndolas con sus lágrimas.

—Vaya, Juan; cuéntame lo que tienes, dime lo que te pasa.

—¡Ay, ama... vusté lo sabe todo... yo sé que la pobre Blasa se lo ha dicho, porque ella no le calla nada, porque la quiere más que a la madre si la tuviera!...

—Sí, bien; todo lo sé.

—¿Y le parece bien lo que yo jise, que ni un ladrón saltiador de caminos lo hubiera jecho?

—*No ciertamente, que me pareció muy feo y muy malo.*

—¡Güeno, ama, pero creya que no fué Juan Cruz quien lo jiso; fué el saltiador de señor Dominguito,

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

que como a perro carnicero me estregó por las narices la carniza cuando me vió jarto de vino... y creya que me dió algo, porque el último vino era como azufre derretido!... ¡Y la disgracia de dir ella por la bota!... ¡Yo ama, yo no puedo vivir... yo tengo que dirme de esta tierra, porque si estoy en ella o lo mato o me mato yo, porque cuando veyo a los de la casa o voy por la calle, me parece que juigo decir, «¡al ladrón, al saltiador!...»

—¡Mire, ama; yo vendí ya la huertilla de mi tiya, y sin que nadie lo sepa me voy a embarcar; pero no quería dirme sin pedirle perdón, ama, por la judiada que jise... ¡y que me perdone, y que me perdone Blasa también, que ella y tuitos saben que Juan Cruz es animal, pero no jase en su tino mal a naidie!...

¡Hay, ama; tenga misericordia de un disgraciado!... ¡Perdóneme, ama!...

Juan Cruz volvió a llorar como un niño.

Señora Rita, conmovida contestó:

—¡Si, Juan; yo te perdono porque sabía que tu eras incapaz de hacer daño, y Blasa también te ha perdonado.

Juan Cruz lloró con más fuerzas.

—¡¡Qué dice, ama!!... ¿qué Blasa me perdonó?...

—¡Si, Juan; ella también te ha perdonado, porque yo la llevé a confesar y el que es cristiano perdona!

—¡Ah, sí, ama; yo también fí, y eso es lo que me tiene vivo; pero aunque perdone a señor Dominguito, cuando me acuerdo o me veyo tan derrotado me entra una jerventina!...

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

—¡Juan, debes embarcarte!

—¡Sí ama, si; me quito de esta tierra, pero quijiera me impromitiera que abrigue a mi Antonillo y le mate la jambre si lo viera jambriento, y que a mi Grigoria la agasaje!

—Juan, vete seguro, que ni Antonio ni Gregoria pasarán hambre mientras yo viva.

Con demostraciones de gratitud y conmovido hasta derramar lágrimas, el gigante se despidió de señora Rita, la cual, abriendo una caja de cedro sacó de ella media onza, que entregó a Juan diciéndole:

—Toma para que compres la comida que has de comer por el barco. ¡Pero Juan, no bebas, pues tu cabeza no es para vino!

—¡Ama; yo ya no bebo más que agua; el ama sabe que yo en mi vida no he gastado un rial en vino. Si me he emborrachado ha sido cuando me lo daban!

—¡Bueno, Juan; que el Señor y la Virgen vayan contigo!...

Salió el gigante con los ojos inchados por el llanto, pero más tranquilo y respirando con más libertad que antes, pues la noticia del perdón del ama y de Blasa fué bálsamo para su lacerado corazón, que aunque de ruda corteza, como se ha visto, tenía fibras de mucha delicadeza y hermosura.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

Todo llega

Señora Rita, a quien bien se la puede llamar la mujer fuerte del Evangelio, venía decadente de salud hacía ya mucho tiempo, siendo reemplazada en las faenas de aquella casa por su hija Angelica, la cual, a pesar de tener ya dos hijos, cada día descubríanse mas en ella las grandes dotes que para el buen gobierno había adquirido al lado de su madre, pues a esta discreta mujer no le impidió ni el que fuera hija única ni el acendrado cariño que la profesaba para educarla con severidad prudente y fructífera.

La delicadeza de salud de señora Rita obligóla a guardar cama, y cuando lo creyó oportuno, no haciéndose ilusiones sobre su estado quiso disponerse como buena cristiana a una próxima muerte, llamando a su confesor y animando ella misma a su familia para que el acto de la administración de los Sacramentos no les impresionara, confesóse contrita y recibió al Señor con fervorosos anhelos.

A los dos días de administrársele el Viático, un síncope privóla del conocimiento y las señales de un

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

próximo fin presentáronse con la lentitud aterradora de una larga agonía. Pero a la mañana del día siguiente la enferma, cuyo lecho rodeaban sus familiares y protegidos, se incorporó, y restregándose los ojos como si no viera bien, preguntó:

—¡Domingo!... ¿donde estás?

—Aquí estoy, mujer—, respondió el llamado, quien en toda la noche no había abandonado la cabezera del lecho.

—¿Y Angelica?...

—¿Pues no me ve, madre?—, dijo la afligida hija.

—¡Miren, no se asusten... he visto a mi padrino que me decía: «¡ven, Rita; el Señor te tiene ya tu puesto!», y desapareció... así, pues..., voy a morir prontito!...

—¡Jesús, madre, las cosas que V. dice!

—¡No hija... estoy segura!... ¡Tráeme los niños.., no me quites este gusto!...

Ramón, que también estaba allí presente, salió y volvió inmediatamente con sus hijos, uno en cada brazo, y colocólos sobre la cama.

Señora Rita los besó he hizo sobre ellos la señal de la Cruz. Llamó a sus hijos Angelica y Ramón, les tomó las manos, y mirándolos de hito en hito les dijo:—¡quiéranse mucho como buenos esposos... y críen bien a sus hijos en el temor de Dios y serán felices!

Atrajo hacia si a su hija, la abrazó y dió su bendición.

—¡Ahora te toca a tí, mi buen Domingo—aña-

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

dió—; toma mi último abrazo y mi último beso!... ¡Ven acá..., mi buena Blasa...; para ti también queda!...

María Blasa estaba llorando arrodillada cerca del lecho. Cuando la llamó la enferma corrióse y se puso al alcanse de sus manos, pero esta le ordenó que se levantara y la abrazara, y con ella entre los brazos dirigióse señora Rita a Angelica y le dijo:—¡no quiero que la abandones... ni a su hija... ni a Antonio... el hijo... de Juan Cruz, pues le prometí... al padre que no... le de... dejaría que pasara ham...—y no pudo terminar porque agotadas sus fuerzas dejóse caer en la almohada perdiendo de nuevo el conocimiento y entrando en el período agónico, rodeada de los seres que le eran más queridos, que anegados en llanto presenciaban los últimos momentos de aquella buena mujer, santa y piadosa cristiana.

Cuando el ruido del estertor cesó, el viejo Domingo Díaz nervioso se incorporó y mirando atentamente el cadaver de su Rita, con piedad le cerró los ojos y llenóla de besos la frente, exclamando:—¡todo ha terminado!... ¡He cumplido con mi obligación!... eran las 9 de la mañana del 12 de Mayo de 1822.

Alzó luego la voz como en sus mejores tiempos, y ordenó que salieran todos menos Angelica y Blasa, añadiendo: que el cuerpo de su mujer solamente lo verían quienes lo habían visto y no otros.

Tras la vela del cadáver siguió el entierro y otro corto insidente cuyas descripciones merecen capítulo aparte.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

El duelo

Muchas eran las personas interesadas en la vida de señora Rita para que la noticia de su muerte no corriera como el relámpago por toda la Villa de arriba y llegara a la Parroquia, y así fué, pues sin que la casa diera aviso ya las campanas tocaban a muerto pidiendo a los fieles oraciones y sufragios por su alma.

Entre los doloridos contábanse por mucho el Sacristán, Campanero y los serviciales menudos de la Parroquia, porque la buena de señora Rita no sólo los remediaba por los días de la Patrona, Pascuas y otras festividades, y obsequiaba con el cesto de papas o el almud de grano en las cosechas, o el cesto de higos pasados por Finados, sino que cuando les veía con cara de ayuno forzoso, porque el oficio no corría, remediábales caritativamente la necesidad.

Agradecidos a todo esto, en justa correspondencia, tan pronto se enteraron de la triste nueva los dichos Campanero y Sacristán personáronse en la casa dolorida a ofrecer sus servicios, los que aceptados por señor Domingo que también estimaba a estos serviciales de la

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

Parroquia por su mucha honradez, encomendóles todo lo concerniente a los funerales y sepelio, encargo que se propusieron hacer con cuanto rango pudieran, supuesto sabían los merecimientos que la Iglesia debía a la difunta, y la carta blanca que Sr. Domingo les diera para que lo dispusieran a su gusto, por parecerle a este poco todo lo que por su Rita se hiciera.

Como Sr. Domingo, por su calidad de hermano de la Sacramental tenía derecho a que la Corporación asistiera al entierro de su esposa y le facilitara el féretro y paramentos de su uso, entre el Sacristán Domingo Martín y Pedro Folías el Campanero dispusieron en la sala de la casa una capilla ardiente pocas veces vista, porque si la obligación les facilitó el aparato de la Sacramental, con el permiso de los Párrocos y de los Mayordomos, el agradecimiento permitióles alfombrar la sala y ponerle crucifijo y candeleros de plata, hecho todo con tanta actividad que a las dos horas de fallecida ya estaba colocado el cadáver en el ataud y catafalco rodeado de cirios y luciendo el hábito franciscano.

En la tarde de este día repitióse la seña de campanas en la parroquia de la Concepción, oyéndose también en la de los Remedios o nueva Catedral y en las torres de los Conventos de la Ciudad.

El Campanero Pedro Folías, interín el Sacristán ponía en la Iglesia los paramentos y preparaba los recados para las misas del siguiente día, paseaba la Ciudad citando sacerdotes, comunidades de Religiosos, Hermandades y pobres para las nueve y media de la próxima mañana, hora en que habían de comenzar los Oficios fúnebres.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

Arriba, en la casa mortuoria, Sr. Domingo, su yerno Ramón y varios de los amigos íntimos que acudieron al duelo velaban el cadáver. En la cocina, algunas mujeres conocidas de la casa, dirigidas por la inconsolable María Blasa—pues Angelica no estaba para nada—manipulaban, ya aliñando gallinas para hacer caldo, ya haciendo cocimientos de hiervas calmantes para refrigerar a los doloridos, ya, en fin, preparando los ingredientes de las viandas de la cena de aquella noche y comida del siguiente día, comida que tenía que ser abundante porque las muchas relaciones de la casa hacían presumir sería grande la concurrencia al entierro.

Domingo Díaz, que por su misma pena no olvidaba nada de lo que creía útil para bien del alma de su Rita, dirigiéndose a su yerno dijo:

—Mira, Ramón; dile a Juan Tomás y a Andrés que albarden las dos bestias y pongan las sogas de lazo, y tu, vete al granero y mide diez fanegas de trigo del montón de la derecha al entrar. Para que te ayuden llévate a Pedro Catalina o a otros de los que andan por la casa, que de seguro no faltará gente por las gañanías y la cocina. De paso dile a Blasa que venga acá, y cuando Juan y Tomás terminen de albardar las bestias que tambien se llegue aquí.

Dos de los amigos de Ramón, jóvenes como él, al oir dicho encargo ofreciéronse a ayudarle, para lo cual fuéronse con él quitándose de paso las chaquetas y así estar más libres en el manejo de la cuartilla y del arrayadero.

A poco presentóse Blasa, quien, al ver el cadáver de

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

señora Rita, algo que se conmovió; pero haciendo un esfuerzo quedóse serena y a media voz preguntó:

—¿Para que me quiere, amo?

—¿Qué pan tienes en la casa?

—Pues habrá como unas ocho libras más que menos, pero ya tengo el jorno encendido, y Rosaliya, Grigoria y Blasillo el de Sidora están amasando nueve almudes de jarina.

—Bien; pero eso no es bastante...

—Pero jeche cuenta el amo que en la noche aún toavia se puede jacer otro amasijo, bien que no será sino de media fanega, pues me parece no queda en la caja más jarina.

—No; ese amasijo no se hace, que bastante batahola habrá. El que está empezado no hay otro remedio que echarlo al horno... Dime: ¿qué peones hay por hay?

—¡Güa amo... hay tantos!... Está Policarpio, está Juan el de Rosa, Antonio...

—Bueno; coge a cuatro de esos, que vayan al granero y lleven cuatro fanegas de trigo, una a mi comadre Primores, otra a la Caraqueña, otra a Catalina Díaz y la otra a Rosita, y que me las hagan en pan para mañana. Con uno de los muchachos que te parezca mandas en una cesta treinta libras a los pobres de la cárcel y otras tantas a los del Sto. Hospital, y que les diga encomienden a Dios a mi Rita...

Señor Domingo no pudo continuar porque atascándosele la voz rompió a llorar, y Blasa, viéndose perdida en su esforzada serenidad dió media vuelta y se alejó de la vista de su amo.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

Ramón entró con los medidores y tras estos los serviciales de la casa, quienes a la vista del cadáver mohinos descubriérose y santiguáronse reverentes quedando silenciosos.

—Miren, muchachos—les dijo señor Domingo—; pónganle tres fanegas de trigo a cada bestia, y tú, Andrés, vas a Sto. Domingo y dejas una de mi parte a los Padres y les dices que se las mando para el «pan del día» y que encomienden a Dios a mi difunta. Después vienes a las Monjas de la Plaza y dejas otra con el mismo recado, y por último vas a las de Sta. Clara y dejas la tercera. Tú, Juan Tomás, vas derecho a San Francisco, luego a San Agustín y después a San Diego, y en los tres sitios das el mismo recado que he dicho a Andrés. ¿Os olvidaréis?..,

—Pierda cuidado el amo que no se nos dirá en olvido.

—Pues bien; váyanse en paz y no se detengan.

Ya a la media tarde comenzaron a llegar a la casa visitas de más cumplimiento, observando todas la etiqueta de estilo, pues hombres y mujeres, al entrar en la sala arrodillábanse, rezaban un Padrenuestro, se levantaban y besaban los pies al cadáver o hacían la demostración de besarlos, y luego, dirigiéndose a Sr. Domingo y a Ramón, que se ponían en pie lo mismo que los concurrentes, cuando entraba alguien, estrechábanles la mano diciendo todos la fórmula reglamentaria «Dios les de mucha vida para que hagan bien por el alma de la difunta», hecho lo cual las mujeres salían en busca de Angelica y los hombres tomaban asiento. Permanecían un rato sentados, en silencio o cruzando tal cual

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

palabra en voz baja, y luego abandonaban la casa con un nuevo estrechón de mano a los doloridos.

Entre los visitantes contáronse el Beneficiado Acosta, Rector de la Parroquia y confesor que había sido de la muerta, y algunos de los graves PP. de los Conventos, quienes dieron el pésame por sí y por sus respectivas Comunidades.

Anochecía ya cuando señor Domingo llamó a la sala a su hija y a los criados, y de rosario en mano, que llevó de su alcoba, dijo:

— Ya que esta es la última noche que pasamos con Rita, vamos a rezar el Tercio, pues mientras Dios la tuvo en mi compañía ya sabéis que nunca dejamos de rezarlo.

Esta reflexión afligió a los presentes, pero como si la plegaria Mariana fuera un lenitivo, según la iban prosiguiendo el efluvio de la resignación fué apareciendo en todos los semblantes.

Terminado el rezo, Angelica rogóle a su padre se recogiera al lecho que le tenían preparado, súplica a la que tambien se unió Ramón, y a la cual, él, resignado, contestó:

— Sí; lo haré como lo pedís, porque sé que en lo que yo descanse el cuerpo vosotros me cuidaréis a la muerta, y además, porque tengo mañana que hacerle un obsequio.

Pero como al recogerse a su alcoba Angelica le dijera que no quería se quedara solo, sino que le había de acompañar Andrés, el criado, por si se le ofrecía alguna cosa, aunque al pronto Sr. Domingo no consintió en la compañía, al fin, por dar gusto a la hija aceptó el ofrecimiento.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por UI-PGC. Biblioteca Universitaria, 2009

Un tipo de los que se perdió la especie

Cuando Andrés, uno de los dos criados de la casa, cenaba en la cocina, recibió orden de Angelica para que se quedara en el cuarto del amo por si en la noche se le ofrecía a este algo. El muchacho, al oir esto, levantó la vista fijándola en la *amita*, que de Blasa a todos se les había pegado el dictado, retratándose en su semblante primero el asombro y luego la satisfacción por la confianza que de el se hacía.

Este Andrés, cuya cara si no tenía nada de notable tampoco presentaba jeta de repugnancia, y que era igual a otros tantos Andreses que han andado por el mundo, y que ya lucía un bigotillo en el que la navaja barbera aún no se había regodeado; como otros más había seguido la carrera de peón jornalero en la casa de labranza de Sr. Domingo Díaz y de la difunta señora Rita, empezando por los cursos preliminares de zagalillo para la ayuda de coger la hierba, llevar la comida a los gañanes, correr los recados y otras ocupaciones por el estilo, las

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

cuales dábanle derecho a llenar la barriga de gofio y potaje, pescado y papas y pan abundante por los carnavales, las Pascuas y Concepción, amén de media mantilla todos los años y la ropa de desecho de Sr. Domingo, recortada a su medida por Blasa o por otra peona, y si a mal no venía hasta por las propias manos de la difunta señora Rita.

Pero todo esto no era nada si se comparaba con el agasajo de los amos, porque si bien sintió más de una vez en las narices algún soplamocos muy lucido si de su boca se le ocurría salir alguna palabrilla mal sonante; tambien es verdad que no lo dejaban sin su camisa y calzones limpios los Domingos, que le compraron los primeros zapatos para las fiestas, que lo cuidaban cuando estaba entermo dándole sus tazas de agua y sudores y usando cama, y sobre, que lo limpiaron y mondaron dentro de la clase, pues a más de enseñarlo a rezar, como a todos los demás serviciales, el ama, que Dios tuviera en gloria, habíale metido en la cabeza la Doctrina Cristiana, y después que la supo lo llevó a confesar mientras fué muchacho, e interín no supo ir por su pie y con solo el mandato de ella. Y así fué que de zagal, ya hombrito, a la primera vacante por casamiento de su antecesor pasó a criado de la casa para el servicio y cuidado de las bestias caballares, sin perjuicio de usar de la azada, la vara de rejada o la rabiza, si la necesidad de ejercitarlas lo pedía, ocupaciones en las cuales lo cogió la muerte de señora Rita, a quien, como tantos otros, queríala con afectos de madre.

Al encontrarse honrado con la confianza de acompa-

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

ñante del amo, aunque la cena le estaba gustando por lo extraordinaria y porque el disgusto que realmente sentía no le impedía el apetito que produce los pocos años, apresuróse a terminarla cuanto antes, y no bien rezó el padre nuestro a las Animas, oración a la que lo habían acostumbrado, tomó su manta y fuese a la puerta de la habitación de Sr. Domingo pidiendo licencia para entrar.

Otorgada esta por el amo empujó la puerta, y de sombrero en mano dijo:

—Santas y güenas noches nos de Dios—, y recordándole la barriga que estaba acabado de cenar, y viniéndole a la memoria la difunta, a quien todos, empezando por la hija, tomaban la bendición luego de la cena, acercóse a la cama de señor Domingo y añadió:

—Echeme su bendición, amo—, acción que a este le hizo aguar los ojos por el recuerdo y al acceder a lo que le pedía, acompañóla con dos o tres palmaditas cariñosas sobre la crespa greña de la cabeza, al mismo tiempo que le decía:

—¡Pobre Andrés... ya no tienes quien te atienda y cuide!...

Andresillo algo que se atarugó, pero repuesto de la emoción replicó:

—¡No amo; entoavía Dios nos lo deja a vuesa merced y a la amita pa remedio de los probes. Vaya; el Señor lo jizo, conformémonos todos!

—¡Sí, hombre, sí; yo estoy conforme!

—Bueno, amo; llévese esta vez por mi, aunque soy nuevo: jaga por dormirse, y a la paz de Dios que bien lo necesita.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

—Sí, Andrés. Mira: enciende la mariposa y apaga la vela, y hay tienes ese cabezal que te aprontó Angelica. Ponlo en la estera y acuéstate y duerme tu tambien; pero cuando te recuerdes allá a la madrugada, si por acaso me durmiere, llámame que tengo una diligencia que hacer.

—Güeno, amo; duérmase descuidiao que yo lo llamo, pues como sabe, todos los diyas lo jago pa ayudar a Juan Tomás a echar de comer a los güeis.

Amo y criado hicieron por agasajar el sueño, pero al uno el disgusto y al otro el honor del cuidado confiado, no les permitió cerrar los ojos, aunque ambos, por consideración recíproca se mantuvieran callados y casi sin moverse por más de una hora, oyendo el lejano murmullo de los que velaban el cadáver, quienes en dos tandas habían ya cenado cargando el baul según era la pena sentida.

A cosa de las diez y media, cansado señor Domingo de la posición que guardaba, aunque procurando no hacer ruido sentóse en la cama, y tomando la caja del tabaco sorbió un polvo por centécima vez en las horas de hondo pesar que llevaba sufridas.

Como Andrés lo sintiera y observara sentóse también en la estera, y algo sobresaltado dijo:

—¿Tiene algo, amo?

—No, hombre, no; sino que no tengo sueño.

—Pues si le parece, jablemos algo pa ver si le entra alguillo de soñera.

Señor Domingo sonrió al entender la cariñosa idea del muchacho.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

—¿Y de que quieres tú que hablemos?

—¡Gña! de lo que quiera el amo; de los gñeis, de la siembra de las papas, de la carreta vieja, que hay que echarle un léito nuevo...

—Mira, Andrés: todo eso se acabó ya para mí. Eso y lo que se ofrezca lo hablarás de aquí adelante con Ramón y con Angelica. Yo ya no me he de ocupar de más que de mi Rita y de aprontar el viaje para ir a dar con ella, y de hacer bien por su alma, y así, desde hoy voy a empezar, que para esto quiero que me llames a cosa de las tres, que ya tengo hablado a Rafael Cupido para que antes del día me diga Misa que quiero recibir a Dios por el alma de mi Rita.

Andrés quedósele mirando fijamente y pensativo. Luego preguntó:

—Pero, diga, amo; ¿y recibir a Dios le es gñeno al alma?

—Vaya que si, Andrés; es lo que más le aliviará sus penas si el Señor la tiene en ellas. ¿Qué, tu no lo sabías?

—En gñena fe que no.

De nuevo quedóse pensativo mirando a su amo quien al verlo así, preguntóle:

—¿Que estás pensando?

—¡Qué!, que yo llevo comido mucho pan al ama, y que si eso le es gñeno y el amo quijiera... yo tambien recibiya a Dios.

—Vaya que si quiero; pero que lo hagas como debes, con toda voluntad.

—¡Gña, señor!... yo si lo jago es con veluntad y en gñena fe que si yo pudiera cargar con las penas del

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

ama... más que me atucharan!...; pero carricio, el desavivo será que tan templano no hay clérigos en la Iglesia.

—Sí que lo hay. ¿Pues no me oiste que le hablé a Cupido para que me confesara y me dijera una Misa? Yo le diré que te confiese también a tí y lo hace.

Andrés reflexionaba rascándose la cabeza.

—¿Qué tienes?—le dijo señor Domingo.

—¿Qué tengo?... que ese D. Rafael es un clérigo muy jilandero, que saca la jebra más fina que tía Pepa Castora, porque escarba pa'quí, escarba pa'llí le deja a uno las rodillas entumidas, que bien me acuerdo de una vez que el ama, que esté en gloria, me llevó a confesar con él, que cuasito me da una fatiga; porque yo díjele de corrido tuito lo malo que había jecho, pero él dispués, muele que muele sobre lo mesmo, cuasito no me larga.

Sonrióse señor Domingo y dijo:

—No, hombre; Cupido es bueno, y eso te lo hizo para que hicieras una buena confesión y no recibieras a Dios en pecado.

—Güeno; si es ansina, seya. Y amás, que si es favor pa el ama, más mejor es el que cueste.

—Bien, Andrés; si estás determinado a recibir a Dios, bueno será que nos callemos para que pensemos en las faltas que tengamos cometidas, no sea cosa que vayamos a confesar malamente. Además, me parece que voy a coger algo el sueño.

—Güeno, amo; güeno. Sí, duérmase, duérmase.

Ambos tendiéronse de nuevo alcanzando los dos conciliar el sueño. Y aunque señor Domingo despertó antes de una hora, sintiendo que Andrés roncaba, para

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

no despertarle agasajóse y consiguió que Morfeo le volviera sus caricias.

Así como a las dos y media despertóse Andrés alarmado. Se levantó sin hacer ruido, fué a ver la hora en un reloj de pesos que en el corredor pendía de la pared, y observando la que marcaba se dirigió a la gran cocina donde tenía su caja. La abrió con la llave que sujeta por un cordón de uno de los ojales del chaleco guardaba en un bolsillo del mismo, sacó sus zapatos nuevos, los botines, una camisa y unos calzones blancos, y tomando un trozo de jabón del poyo y una arpillera limpia que pidió a Blasa, fué a la gañanía, colocó sobre una cesta los objetos que llevaba, y en una balsa que acomodó en el suelo con los calzos necesarios para que no se moviera hechó agua de un barril de los que llenos estaban sobre el poyo del patio. Luego de cerrar la puerta y quitarse chaleco y camisa, comenzó el lavado de su cuerpo con un enjabonadura de medio arriba y estregones de arpillera, con tanto afán ejecutadas que el cuerpo le echaba chispas, siguiendo luego la misma operación en la otra mitad de cintura abajo hasta los dedos de los pies.

Cuando se encontró limpio de cuerpo vistióse los calzones, pero no la camisa por miedo a estrujarla, y con alguno que otro pugido calzóse los zapatos y los botines, terminado lo cual se puso la blanca camisa de hilo de la tierra y regresó a la cocina para terminar su arreglo con los calzones y chaleco de cordón y la chaqueta de paño y el sombrero de pelo de conejo.

Cerró la caja y encaminóse al cuarto del amo para

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

llamarlo, pero cuando llegó ya se lo encontró levantado y vestido y con su capa de paño azul y sombrero de castor.

Diéronse recíprocamente los «buenos días», criado tras amo marcharon a la sala a rezar arrodillados ante el cadáver de señora Rita, y después de saludar a Ramón y a los cinco amigos que lo habían acompañado en la vela, señor Domingo dijo:—bueno, hasta luego. Nosotros venimos pronto. Vamos, Andrés—y se dirigieron amo y criado a la puerta de la calle.

Aunque ninguno de los que allí estaban se atrevió de pronto a preguntar a señor Domingo adonde iba, Ramón, preocupado con aquella salida trató de seguirlos, pero uno de los observadores, más avisado tranquilizólo diciendo:—apuesto a que tu tio adonde va es a oir Misa, pues para ir a tirarse a un pozo no tenía que llevar a Andrecillo—razonamiento que apoyado por los demás devolvió la serenidad de ánimo a Ramón.

Amo y criado tomaron calle Empedrada abajo dirigiéndose a la Parroquia de la Concepción, cuya puerta ya estaba abierta y en uno de sus confesonarios esperando don Rafael Cupido.

Sr. Domingo hizo un poco de oración y acercándose a su confesor dió comienzo el Sacramento de la Penitencia, contándole de paso al Sr. Cupido la pretensión de su criado y como se la había expuesto.

Acercóse luego Andrés, extrañando al terminar que en aquella ocasión don Rafael no jilara por lo fino ni escarbara, sino que antes al contrario mas bien parecía afligido el buen clérigo, sin poderse explicar el mucha-

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

cho por que al final le había dicho que a las buenas acciones y a los corazones generosos y agradecidos el Sr. les reservaba un gran premio.

Al poco salió don Rafael al altar a celebrar la Misa ayudado por el Sacristán, y al tiempo oportuno amo y criado acercáronse a la barandilla y recibieron la Sagrada Comunión. Y como en la Iglesia aún no había sino solamente tres o cuatro viejas madrugadoras que al oir el toque de Misa se apresuraron a concurrir, allí permanecieron los dos penitentes arrodillados hasta que fenecida la Misa, el clérigo, volvió al altar de manteo para dar gracias, el cual, así que lo hizo dirigióse a ellos diciendo:—vamos, Domingo; ya es tiempo de ir a casa que el día está aclarando.

Levantóse señor Domingo, haciendo lo mismo Andrecillo, y acompañados del clérigo y luego de tomar todos agua bendita en la pila del lado de la puerta Chica salieron por esta en dirección a la casa del labrador donde don Rafael rezó un responso ante el cadáver de señora Rita.

Los actos que señor Domingo acababa de practicar fueron como un bálsamo a su atribulado espíritu, pues con mucha serenidad dijo—ahora, Rafael, vamos a desayunar—encaminándose al interior de su casa para ordenar a la criada que pusiera a la mesa tres pocillos de chocolate.

A poco rato la paciente y heróica María Blasa avisaba al amo estar ya servido, y este tomó de la mano al Sr. Cupido y lo condujo a la mesa haciéndolo sentar. El tambien se sentó, pero quedóse mirando a los lados

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

como buscando a alguien, y luego, dirigiéndose a Blasa, que con los ojos encarnizados por el llanto y la falta de sueño de pie allí estaba esperando para servirlos, dijo:—llámame a Andrés que lo necesito—. Presentóse este y su amo habló le cariñosamente—siéntate, hombre, para que te tomes esta tasita de chocolate—, a lo que el alelado muchacho, extrañado de la invitación, con ojos espantados miraba al clérigo, al amo y a Blasa,—que tambien quedó algo suspensa—, y a todo lo que le rodeaba; quiso como disculparse, pero entonces Sr. Domingo, sonriéndole añadió:—¡válgate Dios, Andrés!... ¡acabamos de estar juntos e iguales, y tu mejor vestido que yo, en la gran mesa del Señor, servidos por D. Rafael, y ahora te parece mucho estar todos tres en esta *miserable y humilde!*... ¡Vaya, *Andrés: siéntate, hijo,* que no tengo otra cosa mayor conque pagarte lo que has hecho por mi Rita!...

El Sr. Cupido, que era hombre de los llorones, entusiasmado apoyó su brazo derecho en el hombro de Domingo Diaz, diciendo:—¡bien, Domingo; muy bien. Haces el oficio de Dios Nuestro Señor. Eres cristiano! —Y volviéndose a Andrés:—¿no te dije, hijo mío, que el Señor recompensa a los que son agradecidos?... ¡Ya lo ves: siéntese V. y acompañe a su amo!...

Al chocolate, aunque dulce y sabroso, quizás Andrés hubiera preferido una buena pelota de gofio, tanto porque la barriga le pedía algo de más volumen, cuanto a que no andaba ducho en la forma de tomarlo, pues era la segunda vez que en su vida lo probaba, y así al tomar el primer sorbo algo que se escaldó, quizás más

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

que por su natural torpeza por el azoramiento que le causaba la compañía, a pesar de la satisfación que con un poquillo de vanidad le proporcionaba el agasajo, porque por el rabo de ojo no dejaba de percatar los celillos de los otros criados y serviciales de la casa.

Lo ocurrido fué causa de sanos y substanciosos comentarios en toda la Villa de arriba.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

El entierro

Terminado el desayuno, señor Domingo dijo:—ahora vamos a la sala a acompañar a Rita para que Ramón y los otros muchachos desayunen también, que los pobres aún no han plegado los ojos en toda la noche.

Allí estuvieron los tres hasta que Ramón regresó de la cocina a la sala, oportunidad que aprovechó D. Rafael Cupido para despedirse de suegro y yerno y marchar a su casa.

A cosa de las 8 comenzó a llegar gente de Tacoronte y de otros pueblos cercanos, que lejanos parientes o conocidos de la difunta y de su marido concurrían a pagar su peonada, como entonces se decía, volviendo a reanudarse lo del rezado del *Pater noster*, el besado de los pies del cadáver y el obligado «Dios le de vida para que haga bien por el alma de su difunta».

Cerca de las nueve apareció la Comunidad de Santo Domingo con su Prior a la cabeza, a quien se le abrió de par en par la puerta para que entrara a la sala, la que luego de cantar un responso a *medio tono*, ante el féretro rompió filas, y mientras el Prior saludaba a

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

señor Domingo y tomaba asiento a su lado para esperar la llegada de la Parroquia, los otros frailes se acomodaban como podían por otros lados, siempre graves, circunspectos y ceremoniosos.

Llegaron luego los Agustinos, que repitieron igual ceremonial que los Dominicos, aunque no con tantos alambiques, recalando los últimos los Franciscanos de la Ciudad y de San Diego del Monte, cuyas Comunidades llegaron unidas por haberse encontrado en el camino, y cuyos miembros, cantado el responso y hechos los obligados saludos, viendo la casa llena de gente, sin inmutarse ni dárseles un ardite la poca comodidad en el descanso fuéronse unos al corral y a la huerta y saliéronse otros a la calle a sentarse en el duro suelo o bien a tomar parte en las conversaciones de los corrillos donde hermanos, parientes o conocidos hablaban de las operaciones presentes de la labranza, de las pasadas o de las que estaban por venir, siendo frecuente ver en ocasiones como esta que un fraile de capucha se dirigiera a un campesino de mano callosa y tez tostada por el sol, y bajando la cabeza con humildad dijérale, «déme su bendición, señor padre», a lo que el interpelado, serio, contestaba «la santa bendición de Dios te acompañe» al mismo tiempo que con la mano que el fraile besaba en el dorso hacía la señal de la cruz, y luego, como si recordara la dignidad sacerdotal de que el hijo estaba revestido, quitándose el sombrero decía con fe, «ahora el Cristo de Dios déme la suya», acción que por el fraile era correspondida dejándose besar por el autor de sus días la palma de la mano que

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

por lo regular en aquella mañana había estado en contacto con el Cuerpo de Cristo Sacramentado.

A las nueve y media, un doble de campanas dejóse oir en la torre de la Concepción anunciando que el Beneficio salía de la Iglesia, y a poco vióse desembocar por la calle Empedrada el estandarte de la Hermandad Sacramental, la Cruz Parroquial y la clerecía que con los caperos de cetro y bajo la jefatura del Beneficiado Acosta y Brito, que oficiaba de Pluvial, iban por el cadáver para trasladarlo al Templo y darle cristiana sepultura.

Llegó el cortejo a la casa dolorida, y con canto solemne empezaron los Oficios de encomendación de alma y principio de los funerales; pero al ir a tomar el féretro, Domingo Díaz, que aunque muy pálido y afectado manteníase firme en pie a la cabecera de la difunta, sin premura dijo:— ¡esperarse un poco!—, y bajándose besó la frente del cadáver, y como si este pudiera oirle hablóle al oido—¡Rita, dile a tu padrino que me agencie otro puesto para mí!—, con lo cual y no pudiendo resistir más retiróse a su alcoba cerrándose por adentro, al tiempo que en toda la casa las mujeres levantaban el grito entre ¡ayes! y sollozos, algazara que se reprodujo durante el trayecto hasta la Iglesia en muchas de las casas por donde pasaba el cortejo fúnebre, y principalmente en las bocacalles adonde la pobretería acudía para ver el cadáver, pues como iba descubierto querían mirar por última vez la faz de quien tanto bien les hiciera.

Depositado el féretro en el túmulo que rodeado de

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

luces habían preparado en la Parroquia, continuaron los funerales diciéndose durante ellos varias misas en los distintos altares del Templo, y terminada la solemne, con el mismo aparato anterior y rodeado el ataud por pobres con hachones encendidos fué conducido al cementerio, donde con las ritualidades de estilo se dió tierra al cadáver, viéndose entre la gran concurrencia que le acompañó personas de todas las clases y condiciones sociales, pues en el cortejo iba desde el Marqués de Villanueva, que, protector por la Corona del Gremio de Labradores, era gran amigo y apreciador de las virtudes cívicas y morales de Domingo Díaz, de don Jacinto de Mesa, don Domingo Lenar y otros personajes de cuenta, hasta el pobre peón jornalero para quien el acomodado labrador era padre y amigo.

Vuelto el clero y el acompañamiento a la Iglesia, uno de los beneficiados, de estola, despidió en la puerta a los doloridos rezando un responso por la finada y deseando larga vida a los vivos, terminado lo cual salió a la Plaza de la Antigua el duelo y por ante él desfiló toda la comitiva, cumplimiento que no impedía la reglamentaria visita, para la cual quedaba abierto el plazo desde la terminación de los funerales hasta el día en que la casa dolorida salía a la Misa del duelo, por lo que este se trasladó seguidamente a la casa mortuoria donde ya Domingo Díaz, más serenado, con santa resignación recibió y devolvió los cumplidos, en tanto que María Blasa, Andrés y Juan Tomás, por la puerta del corral, con grandes cestas de panes y buen bolso de monedas de cobre, íbanlos repartiendo entre una nube

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

de pobres que de toda la Ciudad, y aún de los campos contiguos, habían acudido por la esperada limosna.

Cuando las visitas del momento de terminado el entierro se despidieron, Domingo Díaz dió orden para que la comida se pusiera en la mesa, pues tenía a la vista gran numero de amigos y de conocidos forasteros que no podía dejar marchar sin agasajarles. Tal era el número de comensales, que aunque las mesas se alargaron con el añadido de otras, aparecieron completamente llenas en la primera tanda presidida por Díaz, su hija y su yerno.

En silencio, que así casi continuó hasta su fin, comenzó el agape funerario, pues sólo se sazonó a su término con una ligera conversación a media voz. Entonces, uno de los más caracterizados por la edad se levantó, lo que todos imitaron, y con palabra reposada dió gracias a Dios rezando las oraciones, y en igual tono tres Padre nuestros por la difunta, tomando por último un pedacito de pan del que partido estaba en la mesa y besándolo reverente por la corteza depositólo donde lo había tomado, diciendo: «Gracias sean dadas a Dios por todo», ceremonia que practicaron tambien los concurrentes, concluido lo cual todos se despidieron dando lugar a la segunda mesa en la que criados, medianeros peones y demás serviciales de la casa repararon sus fuerzas.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

Nueva vida

Pasados los días del duelo, la familia de Domingo Díaz salió a Misa, después de la cual los convidados y los que por sí se convidaron al desayuno se marcharon a sus quehaceres.

Cuando en la casa no quedó más que la familia y sus serviciales ordinarios que habitaban bajo el mismo techo, señor Dominga Díaz llamólos a todos a la gran cocina, y sentado en el sillón de baqueta que en ella acostumbraba ocupar, y con su nietecillo sobre sus rodillas, habló de esta manera, dirigiéndose en primer término a su hija y a su yerno:

—Miren, hijos: hasta hoy he procurado trabajar no solamente para conservar lo que mis padres me dejaron y lo que Rita trajo a la casa, sino también para aumentarlo por el afán de tener más que dejaros y contar con que poder remediar una desgracia. Para mí ya todo ha terminado en esta vida. Todo ha de ser para ustedes el día de mañana, pues tómenlo desde hoy. Porque no os ofendáis os digo que ya siento que el cuerpo ha perdido las fuerzas y el ánimo el humor para el trabajo.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

Ahora, a vosotros toca el continuar esta faena, que a mí solo disgusto me daría el seguir. Yo sólo me reservo la suerte del Peñón para tener con libertad con que dar una limosna si me ocurre, y con que pagar a Andrés, para que me sirva y acompañe hasta mi muerte, por si quiero dar un paseo, pues si os digo verdad, siento miedo a salir solo.

Encarándose con el criado añadió:

—¿Qué; no te gusta acompañarme?... Mira, hombre; poca guerra te daré. La muerte creo no me anda lejos...

El muchacho, por toda contestación dió un berrido, y tirando por la puerta del patio afuera metióse en la gañanía, donde se le oía el llanto, en el cual también los presentes a esta escena acompañaron, lo que obligó a señor Domingo a exclamar:

—¡Vamos; está visto que con esta gente no se puede hablar con formalidad!...

Pero Ramón, que estaba colorado del esfuerzo que hacía para aparecer sereno, dijo:

—Tío: si me deja hablar yo diré mi razón.

—Sí, hombre, dí lo que quieras.

—Bueno: V., tío, es muy dueño de hacer lo que guste; pero si V. trata de practicar lo que dice, yo me llevo a mi mujer y a mis hijos, porque no quiero que se diga que V. se desherede en vida y que yo y su hija nos regodeamos con lo suyo a sus ojos. Si V. quiere descansar de las faenas, santo y bueno es; como hasta aquí, yo haré lo que pueda, pero con su orden y con sus consejos. En la casa no ha de haber más bolsa que la suya, y de aquí no hay quien me apee.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

—Pero hombre, ¿tú no sabes que yo nunca guardé un cuarto ni supe lo que era una llave en esta casa, sino que todo eso lo tenía tu tía?

—Si señor, ya lo sé; pero si V. necesitaba cuatro o diez o lo que fuera, como que era suyo le pedía las llaves, con toda libertad lo tomaba, y si se acordaba se lo decía, y si no, ella no le preguntaba.

—Bien, hombre; pero para eso me reservo la suerte del Peñón.

—*Pero si no quiero que se reserve nada, sino que* su hija, si V. no quiere tenerlas, guarde las llaves como las guardaba tía; que V. se las pida cuando le venga en gana y tome lo que quiera, porque todo es suyo y usted el amo de todo.

Como recurso supremo de su perorata, Ramón, dirigiéndose a su mujer y a los criados, añadió:

—Y si esto no está en razón, que lo digan todos estos.

—Tiene razón amo Ramón—contestó María Blasa, a lo que los demás aludidos unánimes asintieron.

—No, hijos, no; si han de tener pesadumbre, no he dicho nada. Pero te digo la verdad, que yo hubiera querido descansar a tener que pensar en la lidia de la labranza, y por eso me hice cuenta que con la suerte del Peñón tenía para pagar a Andrés por sus servicios y para una limosna si si me ofrecía.

—¡Válgalo Dios, padre... como si para tener a su servicio a Andrés hubiera necesidad de tener bolsa aparte!... dijo Angelica.

—Nada, hijos: no he dicho nada. Cada cual a sus ocupaciones y siga a su paso la carreta.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

El cónclave terminó aquí.

Andrés por encargo de todos, dedicóse al servicio inmediato del amo, quedándose en habitación contigua a la de este, sin perjuicio de echar mano al primer trabajo que se presentara en la casa o en la labranza. Y aunque Angelica le puso cama, nunca jamás la usó, pues decía que vestido y con su manta tenía bastante, y que la estera y el cabezal estaban más blandos que el suelo de la gañanía donde siempre había dormido.

Pero el recado que señor Domingo dió a su mujer para el padrino de esta, a lo que aparece fué bastante eficaz, porque la salud del antiguo labrador fué decayendo visiblemente, a pesar de los cuidados y mimos que todos le prodigaban y de los esmeros de Andrés por servirle bien y a gusto, a todo lo cual el anciano Domingo Diaz sonreía agradecido, al paso que con triste gracejo decía:

—¡No te canses, Andrés; es que Rita me está llamando!...

Y así fué, porque a los ocho meses no cabales de la muerte de señora Rita, la casa volvía a estar de luto por la pérdida de Sr. Domingo, por quien Andrecillo lloraba sin consuelo. Pero no habiendo olvidado que el muerto le había enseñado que para los difuntos el mejor obsequio era recibir a Dios, en la mañana en que su amo amaneció cadáver fué a la Iglesia y ofrendó su alma al Señor recibiendo en memoria de su protector los Sacramentos de la confeción y comunión.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

Veinte años después

Muchos y variados acontecimientos sucedieron a los personajes de nuestro Ovillo ó Novelo durante este largo período de tiempo: Peñafiel casó con la sobrina de doña Antonia, lo cual no fué obstáculo ni por parte de él pero ni aún de doña Cecilia para que con éllos compartiera la hija del Escribano Galgo la habitación.

Como se ve, por lo dicho y con este ancho ventanal para el campo de la *moral*, no llamará la atención si decimos tambien, que la casa de Peñafiel fué de las más ricas y hacendadas de entonces, y su prole en uno y otro huerto varia y numerosa.

El gigante Juan Cruz llegó a Cuba y procuró matar sus remordimientos y su nostalgia de la patria con el constante trabajo, pero este matólo a él llorando al terruño perdido y al hogar abandonado en fuerza del destino.

Tambien Ramón Patricio, a pesar de ser joven, pagó a la muerte el humano tributo, y Angelica, en la mitad de la vida encontróse viuda rodeada de una corona de seis hijos y al frente de su casa de labranza,

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

que como la mujer fuerte del Evangelio regía y gobernaba con rara discreción, continuando la obra benéfica de sus antecesores en amparar y favorecer al pobre desvalido.

Blasa, con su hija María, joven hermosa y fuerte, seguía como la yedra adherida a la casa de sus amos, la cual tambien frecuentaban Gregoria, la mujer de Juan Cruz, y su hijo Antonio, trabajando en las faenas de ella, donde cifraban el principal puntal de sus existencias.

Más de una vez, al ver Angelica la gentileza de María y la predilección que por ella demostraba Antonio, que si no tenía la agigantada estatura de su padre, era fuerte y recio para el trabajo, más de una vez, repetimos, pasóle por la mente la idea de que aquellos jóvenes podían formar una bella pareja y una casa honrada. Y como su conciencia la decia que estaba en el deber de proteger a María y procurarla amparo, decidió en su ánimo acercar a los muchachos para que la frecuencia en el trato pusiera en la obra que meditaba la primera piedra.

Como Angelica, en sus frases y palabras no escondiera sus nobles intenciones, no le extrañó poco conocer en María Blasa una decidida oposición a su proyecto. Pero si respetó el dictamen de esta, continuó con la firmeza que ponía en sus decisiones su protectora labor.

Mas como viera que María Blasa, sin hablar mal de Antonio porque no tenía de que, se oponía con mayor decisión al intentado plan de boda acariciado por ella con tan buena fe, para cortar de raiz todo estorbo, en

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

una mañana llamó a su habitación a Blasa, y encerrándose allí con ella emprendió la siguiente conversación:

—Vamos a ver; quiero que me contestes a lo que te pregunte: ¿Antonio Cruz es hombre formal?

—Sí, señora; por tal lo tengo.

—¿Es trabajador?

—Hasta hora lo es en güena fe.

—Pues bien: que otra cosa pides para tu hija?

—Pues güeno; un hombre formal y trabajador, pero que no sea Antonio.

—¿Y por qué no ha de ser Antonio el marido de María?

—Porque no quiero.

—¿Pero tiene el muchacho alguna caca, tiene casta de negro o algún otro defecto?

—Nada de'so; es blanco, y es más que María, porque tiene padre y madre.

—¡Pero Blasa, por Dios! ¿qué razón tienes para esa terquedad?

—¡Razón, más que toda esta casa!

—¿ Y se puede saber?

—¡No señora; y cuando yo no la digo a mi ama, es que no la puedo decir.

—Pues si tu no la puedes decir, porque eres buena, pero terca, ¡ellos se casarán, porque lo digo yo!

—¡Eso sí que no, ama; mientras yo pueda no se casarán, y si es preciso, más que el corazón lo deje pegado en el chaplón de esa puerta, yo y mi hija nosvamos!

—¡¡Pero mujer tenaz!!—gritó Angelica incomodada—¿qué quieres? ¿qué le pase a María una desgracia?

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

—¡Yo no quiero que se disgracie; pero antes que casarse con Antonio, que sea cien veces disgraciada!

Angelica, en el paroxismo de la ira, se levantó de su asiento y dijo:

—¡Pues te prometo, que quieras tú o no quieras, estés viva o estés muerta, los muchachos se casarán... y se casan... está dicho!!...

Al ver Blasa la molesta actitud de Angelica, palideció hasta el amarillor de la cera, de la muerte, y encontrándose desfallecida, dejóse caer sobre una silla rompiendo en amargo llanto, cuyas lágrimas surcábanle las arrugas que ya se dibujaban perfectamente en su tostado rostro, curtido por el trabajo y la fatiga.

Admirada Angelica del estado de María Blasa, quedóse ante ella contemplándola en silencio.

Cuando la atribulada mujer desahogó algo su pena, cubrióse su rostro, que le coloreaba de vergüenza, y luego de dar un fuerte suspiro, dijo:

—¿El Señor quiere que pase esta vergüenza?... ¡seya! Sepa el ama, que yo quiero y estimo al muchacho, pero él no puede casarse con María porque son hermanos.

—¡Qué dices, Blasa!

—Lo que uye.

—¿Y ese era el secreto de Madre y el tuyo?

—Si, señora; ese era el secreto.

—¡¡Jesús, Jesús!!... ¡no quiero pensarlo;... ¡Virgen María!... ¡de la que me libraste!... ¿Y tu hija lo sabe?

—María no lo sabe. Nadie más lo sabía que el ama, que Dios tenga en gloria, y el padre. Los dos están muertos. Solo yo queda que lo sepa.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

—¡Ah, mujer bruta!... ¡Sí... mujer bruta!... ¿Y si te hubieras muerto?... ¿nunca habías pensado en esto?

—¡Jesús, ama; tiene razón!... ¡Que lo sepa todo el mundo!... ¡Señor, bien sabes que yo no quería ese pecado!

—¡No, no es preciso que lo sepa todo el mundo! ¡Basta conque lo sepan ellos, que ni ella ha de querer la deshonra de su madre ni él la de su padre!

—¡Ay, ama; pero a mi me da vergüenza!

—Eso queda de mi cuidado.

Angelica abrazó cariñosamente a Blasa y la consolaba diciéndola:—¡válganos Dios... y cuanto has sufrido, mi buena Blasa!...

Luego llamó a Antonio y a María para comunicarles el falta! secreto. Y si bien el primero se afligió mucho al escuchar lo dicho por el ama, María, por el contrario, más bien demostró alegría al saber que tenía un hermano, pues aunque estimaba al muchacho, según su propia confesión nunca había sido con idea de noviazgo.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

Al presente

Natural parece que el lector desee saber donde andan las puntas de las principales hebras que forman este Ovillo o Novelo canario. Y aunque sea a grandes trazos justo será complacerle.

Como supondrá, a la altura del tiempo en que nos encontramos, todo ha pasado para los protagonistas de la novela, porque toda vida se termina y agota.

La descendencia de Angelica se ha multiplicado y aún conservan parte de lo que fué patrimonio de su progenitora. Del de Peñafiel no queda ni el espacio de dos centímetros en cuadro donde sus descendientes puedan poner el pie.

Tambien existen las progenies de María Blasa y del criado Andrés, una y otra con algo que poner dentro del caldero sin necesidad de acudir a las puertas de nadie, si bien teniendo que sazonarlo con el trabajo personal, que hace más sabroso el bocado. Y aunque de los brotes de estas viejas cepas haya desaparecido la sencillez de costumbres que el tiempo se llevó entre los pliegues de su manto, descascarándolos de la corteza

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

modernista que ahora los cubre, aún se le ven las fibras del corazón ligadas con la hermosa trabazón de los buenos sentimientos.

¡Cuanto da que andar y desandar el ovillo de la vida!... ¡Y cuanta vuelta de hilado tiene un Novelo de Canarias!...

FIN DE LA NOVELA

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

Indice

Pág.

El Ovillo o el Novelo. 5
Un jallo 7
El Sr. Beneficiado 15
Desconsuelo 21
La Misa Mayor. 29
El Premio. 37
Veinte y tres años después 41
El gavilán. 47
La siembra 57
Se rompen las hostilidades. 65
Criada y ama. 69
Madre e hija 73
Madre, hija y criada 77
Desengaño 79
Explicaciones y desilusión. 85
Despéjase el horizonte. 93
Miedo y cinismo. 99
La lumbre de Satanás 105
Un nuevo personaje 113
El primo 125

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

Pág.

Explorando voluntades. 133
El golpe de gracia 139
La fiesta del Corpus en 1817. 143
La gran solemnidad. 151
La procesión 159
La venganza 167
Confesión dolorosa. Remordimiento. 177
Preparativos de boda 181
Una boda de labradores ricos. 189
Un paréntesis 197
Hechos intermedios. 211
Perdón y promesa de amparo. 217
Todo llega 221
El duelo 225
Un tipo de los que se perdió la especie. . . . 231
El entierro 243
Nueva vida 249
Veinte años después 253
Al presente 259

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009